

**VIOLENCIA JUVENIL: UNA LECTURA DESDE LAS REPRESENTACIONES  
SOCIALES EN ACTORES SOCIALES INTEGRANTES DE LA MESA DE  
RESILIENCIA EN LA CIUDAD DE MEDELLIN**

**ERNESTO SOLANO LEÓN**



**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS**  
**DEPARTAMENTO DE PSICOLOGIA**  
**MEDELLIN**

**2016**

**VIOLENCIA JUVENIL: UNA LECTURA DESDE LAS REPRESENTACIONES  
SOCIALES EN ACTORES SOCIALES INTEGRANTES DE LA MESA DE  
RESILIENCIA DE LA CIUDAD DE MEDELLIN**

**Trabajo de Investigación para optar al título de Psicólogo**

**ERNESTO SOLANO LEÓN**

**ASESORA:**

**Mg. LUZ ADRIANA MUÑOZ DUQUE**



**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS**

**DEPARTAMENTO DE PSICOLOGIA**

**MEDELLIN**

**2016**

## Contenido

Resumen.....	6
Introducción .....	7
1. Problema .....	12
1.1. Generalidades sobre la violencia juvenil en la ciudad de Medellín.....	12
1.2. Actores sociales y política pública en torno a la violencia: Caracterización de la Mesa de Resiliencia.....	14
1.3. Pregunta de investigación .....	16
2. Justificación .....	19
3. Marco de referencia .....	22
3.1. Antecedentes .....	26
3.1.1. Antecedentes investigativos sobre representaciones sociales de la violencia. ....	26
3.1.2. Antecedentes investigativos en Medellín.....	32
3.1.3. Síntesis de antecedentes investigativos.....	35
3.2. Referentes teóricos.....	37
3.2.1. Políticas públicas, construcciones representacionales y actores sociales. ....	37
3.2.2. Violencia.....	42
3.2.2.1. La violencia juvenil en Medellín. ....	43
Dinámicas de violencia en la ciudad de Medellín. ....	44
Los jóvenes y las violencias en la ciudad de Medellín. ....	59
3.2.2.2. Perspectivas teóricas sobre la violencia.....	62
Perspectivas psicosociales sobre la violencia. ....	68
Enfoque ecológico del desarrollo y legitimación de la violencia. ....	73
3.2.3. Teoría de las representaciones sociales.....	78
3.2.3.1. Definiciones y elementos generales de las representaciones sociales. ....	84
Procesos de la representación social: anclaje y objetivación.....	89
Grupos sociales como ámbito de representación.....	91
3.2.3.2. Orientaciones teóricas y metodológicas en representaciones sociales. ....	95
Modelo procesual o sociogenético.....	97
Modelo estructural o de núcleo central.....	97
Modelo sociodinámico o sociocultural.....	98

3.2.3.3.	El modelo estructural o de núcleo central. ....	99
	Estructura de las representaciones sociales.....	101
	Funciones de las representaciones sociales.....	102
	Metodología de la investigación en el modelo .....	103
4.	Objetivos.....	105
4.1.	Objetivo general.....	105
4.2.	Objetivos específicos .....	105
5.	Método.....	106
5.1.	Tipo de investigación.....	106
5.2.	Diseño .....	108
5.3.	Categorías analíticas preliminares .....	111
5.4.	Participantes.....	113
5.4.1.	Criterios de inclusión y exclusión.....	115
5.4.2.	Muestreo .....	116
5.5.	Plan de recolección .....	117
5.5.1.	Cartas asociativas.....	119
5.5.2.	Elecciones sucesivas por bloques. ....	120
5.5.3.	Entrevista semiestructurada. ....	120
5.6.	Plan de análisis de los datos.....	121
5.6.1.	Codificación abierta y axial. ....	121
5.6.2.	Técnicas asociativas y elecciones sucesivas por bloques. ....	124
5.6.3.	Establecimiento de hipótesis e integración de categorías. ....	126
5.7.	Consideraciones éticas .....	128
6.	Resultados.....	129
6.1.	Representación social de la violencia juvenil: Contenido .....	129
6.1.1.	Categoría A: Descripción.....	130
6.1.1.1.	La violencia definida: “violencia” y “violencia juvenil”.....	131
6.1.1.2.	“Manifestaciones” y “consecuencias” de la violencia .....	132
6.1.2.	Categoría B: Atribuciones causales. ....	133
6.1.2.1.	“Repetición y reproducción de comportamientos y patrones” – “Familia” ..	134
6.1.2.2.	“Vulnerabilidad del joven” – “Inequidad y falta de oportunidades” .....	138
6.1.3.	Categoría C: Prácticas.....	145

6.1.3.1.	“Familia” y “Educación” .....	146
6.1.3.2.	“Resiliencia” .....	147
6.1.3.3.	“Estrategias” .....	149
6.1.3.4.	“Percepción de otros enfoques” .....	151
6.2.	Representación social de la violencia juvenil: Estructura.....	153
6.2.1.	Acercamientos a la centralidad .....	154
6.2.2.	Hipótesis sobre la composición del núcleo central y red de ideas periféricas .....	154
7.	Discusión.....	158
7.1.	Limitaciones y oportunidades .....	173
8.	Consideraciones finales .....	177
	Referencias.....	180
	Anexos .....	192
	Apéndice A. Tablas.....	192
	Tabla 1. <i>Síntesis de antecedentes</i> .....	192
	Tabla 2. <i>Sistema categorial preliminar</i> .....	192
	Tabla 3. <i>Contenido organizado en categorías de segundo orden, familias de códigos y principales códigos</i> .....	193
	Tabla 4. <i>Resultados elecciones sucesivas por bloques.</i> .....	194
	Apéndice B. Figuras.....	195
	Figura 1. <i>Clasificación de las violencias según la OMS.</i> .....	195
	Figura 2. <i>Modelo ecológico del desarrollo humano.</i> .....	195
	Figura 3. <i>Sistema categorial final: contenido, categorías y centralidad.</i> .....	196
	Figura 4. <i>Hipótesis sobre la organización estructural de la representación social.</i> .....	197
	Apéndice C. Instrumentos.....	198
	Instrumento 1: Consentimiento Informado.....	198
	Instrumento 2: Carta Asociativa .....	199
	Instrumento 3: Guía de Entrevista .....	200
	Instrumento 4: Matriz de Elecciones Sucesivas por bloques.....	201
	Instrumento 5: Matriz de Elecciones Sucesivas por bloques versión online .....	202

## Resumen

La violencia juvenil constituye una problemática social de gran relevancia en la ciudad de Medellín, siendo actualmente objeto de política pública. La formulación de las políticas depende en gran medida de las agrupaciones de actores sociales que tienen algún interés o poder de decisión y pueden capitalizar recursos para intervenir sobre los problemas. La Mesa de Resiliencia de Medellín, un espacio coordinado por el proyecto Caminos para la Resiliencia y la Facultad Nacional de Salud Pública (FNSP) entre 2011 y 2015, agrupó a algunos actores sociales en torno a la promoción de la resiliencia como opción para intervenir en las problemáticas urbanas, de lo cual surge el interés por conocer cómo el entendimiento que estas instituciones tienen sobre la violencia juvenil condiciona o enriquece sus prácticas de intervención. La presente investigación se orientó a identificar las representaciones sociales sobre la violencia juvenil en actores sociales que participaron activamente en la Mesa durante el año 2015. Se propuso un diseño multimetodológico enmarcado en un enfoque estructural de las representaciones sociales. Los hallazgos permiten establecer la hipótesis de que las representaciones se estructuran tomando como núcleo central elementos de atribución causal sobre la violencia, resumidos en las unidades semánticas *repetición y reproducción de comportamientos, familia e inequidad y falta de oportunidades*, atravesadas por la forma particular como se configuran las conflictividades urbanas en la ciudad y la relación de la violencia con la cultura.

*Palabras clave:* violencia, jóvenes, representaciones sociales, política pública.

*Keywords:* violence, youth, social representations, public policy.

## Introducción

El presente proyecto surge a raíz de la participación en la *Evaluación de la Política Pública para la Prevención de la Violencia y la Promoción de la Convivencia en el Valle de Aburrá 2007 – 2015*, mediante un período de pasantía en la cual se observó que, a partir la gran diversidad en las creencias que fundamentan las acciones a nivel político y social, emergen igualmente estrategias en muchos casos disímiles para intervenir sobre las múltiples problemáticas de violencia existentes en la región. Tal experiencia llevó al establecimiento de una pregunta en torno a los procesos psicosociales que conforman el sustrato de la acción colectiva, más específicamente la forma en la cual se organiza para devenir en la formulación y ejecución de políticas públicas. Para André Noël Roth (2002), una política pública es, a grandes rasgos, una serie de directrices estatales, en mayor o menor medida consensuadas con la sociedad civil, a través de la cual se articulan las acciones colectivas que tienen como fin el mejoramiento de una condición social problemática. Roth (2002) muestra que el análisis de políticas públicas solo recientemente ha incorporado dentro de sí abordajes que contemplan los procesos de subjetividad y de conflicto que se llevan a cabo en y entre los diversos protagonistas del entorno de políticas públicas; de forma simplificada, para la perspectiva de Sabatier y Jenkins-Smith (1999) una política pública no es más que un sistema estructurado de creencias acerca de un problema determinado, sus causas y soluciones, que ha ganado de forma temporal una especie de puja por establecerse como directriz gubernamental entre otros tantos sistemas de creencias sobre el mismo problema.

Estos sistemas de creencias son esgrimidos por diversos actores políticos individuales o grupales, que no escapan a su condición de sujetos humanos que construyen y significan el mundo que les rodea, y que establecen un complejo de intereses, percepciones, explicaciones y

nociones de praxis en torno a las condiciones sociales objeto de política pública. Por tal razón se consideró utilizar el enfoque estructural de las representaciones sociales con el fin de dar cuenta de dichos procesos psicosociales. El grupo de actores escogido fueron los participantes de la Mesa de Resiliencia. Este espacio de discusión, inicialmente una estrategia de apropiación social del proyecto Caminos para la Resiliencia, agrupó durante los años 2011 a 2015 a una diversidad de actores sociales de Medellín y el Valle de Aburrá que compartían un interés por el enfoque de resiliencia y por articular trabajo en red con el fin de adelantar procesos resilientes a nivel de ciudad en diversas problemáticas sociales.

La problemática social de referencia corresponde, en este caso, a la violencia en Medellín, en función a la participación juvenil en las múltiples violencias urbanas, o conocidas como conflictividades urbanas, en palabras de Blair, Grisales y Muñoz (2009). La forma particular como se configuran las violencias en la ciudad afecta profundamente a los jóvenes, quienes interactúan con ella en formas que trascienden la tradicional separación entre agresores y víctimas, siendo afectados por un contexto de desigualdad, exclusión, inequidad, ausencia de oportunidades y a su vez constituyendo el principal mecanismo a través del cual se materializan y extienden las dinámicas violentas. Tanto la violencia urbana como las problemáticas de los jóvenes son actualmente objeto de política pública, y a su vez, constituyen algunas de las principales líneas de acción de los actores que constituyen la Mesa de Resiliencia. Este estudio, utilizando los recursos teóricos y metodológicos de las representaciones sociales, obedece a un interrogante acerca del sistema de creencias de estos actores acerca de un complejo aspecto de la realidad urbana de la ciudad de Medellín: la violencia y su relación con los jóvenes. La pregunta que guía este estudio es, concretamente, cuáles son las representaciones sociales que tienen los actores sociales de la Mesa de Resiliencia acerca de la violencia relacionada con los jóvenes,

identificando para ello elementos del contenido y planteando, desde el enfoque estructural (Abric, 2001a), una hipótesis acerca de la organización de dichos elementos en la estructura de la representación.

Las representaciones sociales de la violencia constituyen una temática en la que, durante la última década, se puede ver gran diversidad en las construcciones existentes en torno a las igualmente plurales modalidades de violencia. Violencia escolar, violencia de género, violencia urbana corresponden a las temáticas objeto de representación en los abordajes presentes en el estado del arte. No obstante, en la revisión de antecedentes no se encontraron estudios sobre la representación social de la violencia juvenil en específico. Tampoco se hallaron estudios enmarcados en procesos de política pública y en que participaran actores orientados a la intervención sobre la problemática. Los estudios revisados tienden a tener como participantes a protagonistas directos de las dinámicas de violencia y no a actores con otro tipo de relación con ellas. Por lo tanto, la presente investigación busca explorar, desde su elección de participantes, este vacío en el estado del conocimiento. De esta manera se pretende trazar un punto de partida para indagar la utilidad de las representaciones sociales al entender los fenómenos psicosociales implicados en los procesos de políticas públicas y en las tomas de decisión de los actores.

Los referentes teóricos escogidos son coherentes con esta finalidad. El análisis de políticas públicas actualmente posee enfoques que se dirigen a discernir los procesos representacionales y grupales que se dan en el proceso de su formulación, tales como el enfoque del discurso (Cejudo, 2008) y el *advocacy coalitions framework* (Sabatier, 1998). Estos enfoques, al entender la formulación de políticas públicas como procesos fundamentalmente cognitivos, discursivos e intergrupales, permiten pensar en la pertinencia del estudio de las representaciones sociales para ahondar en estos procesos. Posteriormente, se realiza un

acercamiento teórico al estudio de la violencia en la ciudad de Medellín, justificado en la necesidad de comprender el universo social de referencia de la representación, y una serie de abordajes psicosociales pertinentes a su especificidad socio-histórica. Por último, se exponen generalidades en torno a qué son las representaciones sociales, su importancia para la comprensión de procesos sociales y, particularmente, cómo el enfoque escogido (el enfoque estructural) entiende la forma como estas se organizan y cómo se debe proceder en la investigación sobre ellas.

La metodología de la presente investigación se diseñó basada en un proceder multimetodológico (Abric, 2001b), con una etapa de recolección que incluyó entrevistas, cartas asociativas y elecciones sucesivas por bloques, y una etapa de análisis en que se empleó codificación abierta y axial. Estos procedimientos fueron destinados a obtener una hipótesis exploratoria acerca de cómo tiende a organizarse la estructura de la representación social acerca de la violencia juvenil para los actores participantes. Se logró obtener un acercamiento al contenido de la representación agrupados en tres grandes categorías: la forma como los actores definen la violencia juvenil, las explicaciones causales a través de las cuales entienden el fenómeno, y el modo como consideran que debe intervenir sobre el problema. Igualmente, se pudo realizar un acercamiento a cuáles ideas tienden a ser más periféricas y cuáles tienden a centralizarse más. De acuerdo al análisis, las ideas y unidades semánticas que corresponden a la categoría de atribuciones causales, se encuentran fuertemente interrelacionadas. Los elementos que, para los actores, explican la violencia se resumen en las formas de interacción social reproducidas en la familia, la presencia de factores culturales e históricos que legitiman la violencia como un recurso válido para la solución de conflictos, y las grandes inequidades sociales y económicas y dinámicas de exclusión que son sufridas por los jóvenes de la ciudad.

Esto fundamenta en gran parte lo que los actores consideran que son las estrategias adecuadas para intervenir y el por qué consideran la resiliencia y la educación como aspectos útiles para transformar y prevenir la exposición de los jóvenes a la mayoría de formas de violencia. Por último, los aspectos descriptivos de la violencia ocuparon un lugar secundario; tales aspectos descriptivos se constituyeron de las ideas de los participantes acerca de manifestaciones de la violencia retratadas en el daño, el golpe y el maltrato, y tipos de violencia como violencia política, violencia urbana o violencia en las familias. En esta categoría es de resaltar que los actores no contemplan “violencia juvenil” como una tipificación, sino que entienden que hay diversos niveles y dinámicas de violencia que afectan e involucran a los jóvenes de formas específicas, debido a las condiciones de vulnerabilidad que los separan de otros grupos etarios.

## 1. Problema

### 1.1. Generalidades sobre la violencia juvenil en la ciudad de Medellín

De acuerdo a la Organización Mundial de la Salud, la violencia es en sus diversas y complejas manifestaciones una de las causas más importantes de deterioro de la salud pública a nivel mundial (OMS, 2003). La historia de la ciudad de Medellín se encuentra atravesada en todos los niveles, desde los universos cotidianos hasta las estructuras sociales, por algún grado o manifestación de la violencia. Más que una definición de violencia, resulta más acertado reconocer que existen *múltiples violencias* las cuales se entrelazan, son interdependientes entre sí y comparten muchos factores tanto en sus raíces como en la forma como se expresan (Duque, Sierra y Montoya, 2009). Una investigación realizada en el Valle de Aburrá señala que hay una fuerte asociación entre el riesgo de violencia y dependencia de las drogas, alcoholismo, tener pares con problemas, maltrato en la niñez, violencia intrafamiliar, trastornos de la conducta, irritabilidad, impulsividad; también se asocia a la falta de oportunidades laborales, crisis económica y micro-tráfico de drogas, y a factores familiares tales como falta de comunicación y afecto en el hogar (Torres de Galvis, Salas-Zapata, Sierra-Hincapié y Agudelo-Martínez, 2012).

Los jóvenes constituyen, en Medellín, la población con mayor exposición a este tipo de factores de riesgo. Si bien las problemáticas de violencia y agresiones afectan de forma transversal a la población, usualmente los varones jóvenes y menores de edad son los más frecuentemente afectados tanto en el lugar de agresores como el de víctimas (Previva, 2009). Ruiz y Vélez (2004) señalan que Medellín es una ciudad que se caracteriza por una estructura de inequidad que supone resquebrajamiento tajantes del tejido social urbano, de manera que determinan la constitución de entornos de vida marginales en los cuales no existen referentes de

orden estatal, llevando a una negociación arbitraria del orden entre actores armados que reivindican el control territorial, situación complejizada por las dificultades en estas comunidades para el acceso a servicios y oportunidades de desarrollo personal y económico. Esta situación impacta profundamente a los jóvenes que crecen en esos entornos, quienes experimentan de forma cercana, por un lado, frustraciones en el establecimiento de sus proyectos vitales, y por el otro, una simbolización de la violencia a través de procesos de significación que la legitiman como un elemento más de la realidad cotidiana (Blair, 2004).

Los jóvenes han constituido históricamente el recurso humano con el que las conflictividades urbanas, establecidas en la lucha de poder entre los diversos grupos de actores armados de la ciudad, adquieren una forma tangible. El estudio de Corporación Región (Gil, 2014) permite vislumbrar que, sin importar el tipo de actividades ilícitas, microtráfico, conformación de combos, sicariato, los actores armados urbanos aprovechan la falta de oportunidades y las diferentes formas de exclusión social de que son víctimas los jóvenes de forma que son incorporados a las redes de crimen organizado.

El Índice de Desarrollo Juvenil, en su dimensión *convivencia* mostró que las condiciones de convivencia a la que están expuestos los jóvenes tienen un efecto protector reducido en su desarrollo. El conflicto urbano interno que afecta a los jóvenes, especialmente a los pertenecientes a sectores marginados, sumado a la difícil situación económica y la exclusión social suponen desafíos considerables para intervenir sobre aspectos tales como la desvinculación social y la falta de confianza en las instituciones y en las estructuras democráticas; los hallazgos del Índice de Desarrollo Juvenil fundamentan la necesidad de diseñar e implementar una política pública que no centre su mirada en la juventud desde la

criminalización y la estigmatización sino desde el desarrollo de las potencialidades (Grisales, Márquez y Rojas, 2014).

El último decenio ha presenciado en Medellín una serie de procesos de acción colectiva en torno a la formulación de políticas públicas orientadas tanto al abordaje e intervención sobre la violencia como hacia el impulso del desarrollo de los jóvenes. El programa Previva (2009) de la Facultad Nacional de Salud Pública, por ejemplo, promovió la formulación de la *Política Pública para la prevención de la violencia y promoción de la convivencia en el Valle de Aburrá 2007-2015*; el Índice de Desarrollo Juvenil, a su vez, constituyó el principal insumo para la elaboración de políticas públicas tales como el programa Jóvenes por la Vida en 2013 y el proyecto Ícaro, orientados a impulsar el desarrollo juvenil a partir de una perspectiva de resiliencia ecológica (Grisales et al., 2014). Estas características contextuales en el establecimiento de políticas públicas establecen la necesidad de identificar la forma como la ciudad y los actores sociales presentes en ella se organizan en torno a una serie de problemas con el fin de establecer directrices de acción en torno a las condiciones sociales en mayor o menor medida problematizadas.

## **1.2. Actores sociales y política pública en torno a la violencia: Caracterización de la Mesa de Resiliencia**

En la ciudad de Medellín y su área Metropolitana, hay indicios de una percepción según la cual promover la resiliencia y el desarrollo positivo de los jóvenes reduce el riesgo de que incurran en lo que se entiende, desde un enfoque de salud pública, como conductas de riesgo para la vida: comportamientos sexuales de riesgo, drogadicción y violencia interpersonal. La resiliencia se refiere a un conjunto de procesos positivos de adaptación de individuos, grupos o comunidades a pesar de su exposición a adversidades significativas (Luthar, Cicchetti, Becker y

2000), en otras palabras, la capacidad para adaptarse al cambio y a los eventos adversos de forma flexible y sana (Catalano, Berglund, Ryan, Lonczak y Hawkins, 2004).

El enfoque de resiliencia se ha ido abriendo camino en el mundo a nivel de su inclusión en políticas públicas y en agendas de investigación. Esta perspectiva tanto teórica como práctica parte de que la resiliencia es un elemento que puede promoverse, potencializando a su vez el desarrollo positivo y convirtiéndose en un factor protector ante comportamientos de riesgo para la vida (Catalano et al., 2004).

Un número creciente de actores sociales de la ciudad de Medellín (escuelas, comunidades, instituciones, servicios de salud, servicios sociales) han establecido un interés o adoptado en mayor o menor medida el enfoque de resiliencia para intervenir sobre situaciones sociales de riesgo para la vida que afectan a los jóvenes, concretamente aquellas en las que hay considerables problemáticas de necesidades básicas insatisfechas, violencia, drogadicción y una población importante de jóvenes en riesgo.

La Mesa de Resiliencia, estructurada en la ciudad de Medellín y en funcionamiento durante el período 2011 y 2015 surgió como una estrategia de apropiación social del conocimiento del proyecto Caminos para la Resiliencia. El proyecto, ejecutado por la Facultad Nacional de Salud Pública tenía como principal finalidad el promover la formulación y ejecución de políticas públicas y programas de resiliencia en población joven y adelantar estrategias de promoción de la resiliencia en la ciudad de Medellín (Previva, 2013). La Mesa promovió durante 4 años la agrupación, discusión, reflexión y articulación de acciones conjuntas convocando abiertamente a la participación a una amplia diversidad de actores sociales (instituciones, organizaciones no gubernamentales, proyectos, oficinas, secretarías, voluntariados, estudiantes), de los cuales pueden identificarse un conjunto más o menos

constante de organizaciones que contribuyeron activamente al enriquecimiento de las discusiones en este espacio y en la articulación de estrategias para promover la resiliencia en la ciudad.

La recolección de datos de la presente investigación se sitúa durante la segunda mitad del año 2015, último año de actividad de la Mesa y momento en el cual los encuentros se orientaron a la discusión en torno a temas tales como la violencia, convivencia, resiliencia a nivel de ciudad y articulación del trabajo en torno a una serie de ejes. Las relatorías de la Mesa de Resiliencia de los meses de Julio, Agosto y Septiembre (Vásquez, 2015a; 2015b; 2015c) dan cuenta de un proceso en el cual se define la violencia en torno a una serie de ideas, conceptos y experiencias compartidas y se establece una tipología de violencias, siendo estas *directa*, *cultural* y *estructural*. Las sesiones giraron en torno a la construcción de un modelo de diagnóstico e intervención con el cual identificar los tipos de violencia presentes en cada situación social y qué estrategias de intervención deben seguirse en esos casos, basándose en un enfoque de promoción de la resiliencia.

### **1.3. Pregunta de investigación**

Visto desde un enfoque de políticas públicas, las agrupaciones de instituciones tales como la Mesa de Resiliencia se consideran una propuesta política: el conjunto de instituciones, organizaciones y personas que se asocian para intervenir en las problemáticas sociales constituye un grupo de actores que poseen unas creencias y cogniciones en mayor o menor medida compartidas acerca de las causas del problema y las formas como se debe intervenir en él, al igual que sobre las prácticas e intereses que van en concordancia con tales creencias y cogniciones. Estas cogniciones, así como las prácticas e intereses son, además de compartidas, defendidas ante otros grupos de actores, y consolidadas en espacios de disertación, negociación o discusión (Sabatier, 1998). Estos elementos llevan a pensar que los actores que participaron

activamente en la Mesa de Resiliencia lograron compartir, construir y organizar una serie cogniciones más o menos compartidas que condicionan su práctica y sus acciones políticas ante determinados problemas.

Esta forma de entender la acción política como orientada por cogniciones y creencias comunes que generan cierto sentido de grupalidad en los actores que las comparten hace relevante el uso de la teoría de las representaciones sociales para comprender la forma como estos actores entienden determinados problemas y establecen prácticas en torno a ellos, en este caso la violencia juvenil. Según Abric (2001a), las representaciones sociales son un conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes que, de forma organizada y estructurada, existen hacia un objeto determinado. Son colectivamente elaboradas y determinan objetivos y procedimientos específicos para los miembros de la colectividad en la cual se construyen, incidiendo directamente sobre el comportamiento social y la organización grupal, modificando en algunos casos el propio funcionamiento cognitivo (Jodelet, 1984).

Los antecedentes en investigación en representaciones sociales frente a la violencia juvenil muestran que la tendencia investigativa apunta a buscar conocer los contenidos y estructura de la representación en sujetos partícipes y víctimas de prácticas sociales violentas, en otras palabras, las investigaciones son protagonizadas por jóvenes escolarizados víctimas o agresores y el objeto de representación tiende a ser la violencia en general (Fernández, Revilla, Domínguez, Ferreira y Silva, 2013; Krause, Torche, Velásquez y Jaramillo, 2014; Mayora, y Castillo, 2014) o violencia escolar (Cocco, Bastos, Carmo, Sartori, dos Santos y Moraes, 2012).

Sin embargo no se han hallado hasta el momento investigaciones en las que participaran actores sociales influyentes en política pública y con intereses, creencias y poder de acción sobre la problemática social de la violencia juvenil. Lo más cercano a ello son dos investigaciones en

Brasil, una de las cuales indaga por las representaciones sociales de la policía civil de Recife en torno a la violencia urbana (Ferreira y de Souza, 2013), y otra sobre la representación de la violencia hacia la mujer por parte de personal asistencial de hospitales materno-infantiles (Cavalcanti, Gomez y de Souza, 2006).

Teniendo en cuenta las condiciones del contexto, las dinámicas específicas y las formas que toma en la ciudad, y la forma como afecta a los jóvenes; y considerando la Mesa de Resiliencia como un conjunto de actores sociales que realizan intercambios de reflexión y articulación para comprender las situaciones de violencia y emprender acciones de diagnóstico e intervención sobre la realidad social, se formula la siguiente pregunta problema: ¿Cuáles son las representaciones sociales que sobre la violencia juvenil tienen los actores sociales que participaron activamente en la Mesa de Resiliencia de la ciudad de Medellín durante el año 2015?

## 2. Justificación

La violencia es una problemática compleja de múltiples aristas, que en la ciudad de Medellín y en Colombia se mezclan con una gran variedad de factores sociales, políticos y económicos, tales como la inequidad, dificultad en el acceso a la calidad de vida, abandono estatal, y condiciones político-históricas tales como el conflicto armado (Ruiz y Vélez, 2004). En el marco de las políticas públicas dirigidas a la intervención sobre situaciones de violencia, y en aras de un posible posconflicto, se hace necesaria no solo una mayor comprensión del fenómeno de la violencia en sus múltiples determinantes y manifestaciones, sino también respuestas acerca de cómo actuar ante ella para su control y disminución.

El interés creciente por la resiliencia en las organizaciones del sector social de la ciudad, en el marco de la denominación de Medellín como una de las 100 ciudades resilientes según la Fundación Rockefeller (Rockefeller Foundation, 2015), y la presencia de proyectos que involucran la promoción de la resiliencia en la ciudad, originan un interés por examinar cómo tales organizaciones trabajan y desde qué comprensión de la realidad.

Los antecedentes, a su vez, muestran que la representación social de la violencia tiende a ser estudiada tomando como sujetos participantes a individuos o grupos que participan como víctimas y victimarios de las situaciones de violencia, mas no suelen integrar dentro de sí las representaciones de terceros que tienen algún nivel de influencia o poder de intervención sobre las dinámicas de violencia. Esto se hace relevante debido a que las instituciones organizadas generalmente son capaces de capitalizar rumbos de acción a nivel comunitario para la intervención en problemáticas sociales, a su vez que impulsan e incrementan el desarrollo de las capacidades de agencia que poseen las comunidades mismas. Igualmente, la representación de la violencia juvenil, en tanto tipo específico de violencia con características, determinantes,

manifestaciones y dinámicas que la diferencian de otros tipos, tampoco es constantemente objeto de estudio, más allá de los abordajes sobre violencia escolar.

Adoptando una perspectiva ecológica, la violencia es, tanto en Colombia como en la ciudad de Medellín, una realidad macrosocial que impregna las formas de relacionamiento y significación en una serie de niveles sucesivos y estructurales de la cotidianidad hasta llegar al individuo, el cual crece con unos modelos y formas de entender las relaciones sociales en las cuales la violencia tiene un lugar central y las reproduce. Barrero (2008) atribuye a los estados de violencia política y guerra psicológica la propiedad de reproducirse automáticamente en las formas de pensamiento, acción e interacción para la violencia misma. Los métodos de dominio y control, que Barrero (2008, p. 80) atribuye a la violencia política estatal y a los actores armados del conflicto, son compartidos por muchos otros actores violentos a diversas escalas en la sociedad colombiana, impactando en el desarrollo del sujeto de una forma particular, de modo que las dinámicas violentas del poder “circulan en forma de representación social y se concretizan en el cuerpo y la palabra del sujeto, integrándolo al orden social establecido”. Consecuentemente, este proceso de formación de hábitos hace que se naturalicen ciertas prácticas humanas tales como la exclusión y la muerte de aquello considerado diferente y potencialmente perturbador para los órdenes sociales establecidos (Barrero, 2003).

La pertinencia práctica de las representaciones sociales como instrumento de cambio se resume en que puede dar cuenta de los procesos de significación y construcción que se manifiestan en el comportamiento del individuo; Flament (1992, p. 137), en el prólogo editorial de la primera edición de *Papers on Social Representations* expresa que “los cambios sociales culturales requieren necesariamente cambios en las representaciones de los seres humanos que viven esas realidades”.

Se espera que esta investigación contribuya a aportar herramientas para dar cuenta de las características del sistema de creencias que guía las intervenciones de las instituciones y organizaciones caracterizadas por su interés en adelantar procesos resilientes, cuáles de estos elementos pueden estar teniendo un mayor impacto en la efectividad de los programas y contribuir así, desde la academia, a generar insumos para la discusión en torno a las políticas públicas orientadas a la prevención de la violencia y la promoción de la convivencia y contribuir desde el conocimiento a trazar vías para las transformación de las realidades sociales en las cuales la violencia ocupa un lugar transversal, potencializando estas opciones de cambio a partir de las subjetividades de las personas que las viven.

### 3. Marco de referencia

La estructura del presente marco de referencia se diseñó con el fin de establecer una contextualización del problema de investigación tanto en el campo del conocimiento al que es pertinente, como a la realidad social en que se desenvuelve, y articular elementos analíticos para la comprensión del problema. Este capítulo se compone de la revisión de antecedentes investigativos en representaciones sociales sobre la violencia y de los referentes teóricos escogidos para el presente estudio.

Según Briones (1988) todo marco teórico debe comprender la ubicación del problema en una determinada situación histórico-social, sus relaciones con otros fenómenos, las relaciones de los resultados por alcanzar con otros ya logrados, y a su vez, definiciones de nuevos conceptos, redefiniciones de otros, clasificaciones, tipologías, etc. El conocimiento a construir no constituye un hecho aislado; por el contrario, surgen numerosas relaciones y conexiones que lo convierten en un entramado de datos, valores, circunstancias históricas, económicas, sociales, culturales, políticas e ideológicas, que terminan por confluir en sistemas teóricos o conjuntos de conceptos que se utilizan para dar cuenta de un determinado aspecto de la realidad (Cerdá, 2000). Esto cobra mayor importancia en investigaciones que toman por objeto de estudio temáticas fundamentalmente subjetivas o intersubjetivas (como el caso de las representaciones sociales), en las cuales sucede que no solo la realidad a interpretar, sino también las condiciones de construcción de conocimiento están permeadas por las condiciones contextuales del universo social e histórico en el que tienen lugar.

Con esto en mente, se estructuró un marco referencial abordando las siguientes temáticas:

En primer lugar, son expuestos los resultados de la exploración de literatura, que permite vislumbrar cómo los estudios en representaciones sociales de la violencia tienden a diversificarse en la medida en que las investigaciones en cuestión se especializan en la representación de alguno de los tipos de violencia (violencia de género, violencia familiar, violencia escolar entre pares). Los antecedentes, a su vez, muestran una preferencia por las metodologías cualitativas y el hallazgo de atribuciones causales en la mayoría de acercamientos a la representación social.

En segundo lugar, se expone el enfoque de políticas públicas a partir del cual se interpretan las circunstancias que dan origen al presente estudio. El análisis de políticas públicas busca explicar el proceso mediante el cual estas surgen, se transforman y ejecutan, esto es, la forma en que la sociedad y el Estado se organizan para intervenir sobre asuntos de interés social, concretamente los problemas sociales (Roth, 2002). Este proceso es mediado por una serie de aspectos psicosociales, a saber, la interacción entre los diversos grupos de actores, los cuales actúan según las creencias e intereses que tienen respecto a dichos asuntos. Esta breve digresión se justifica dado que los actores sociales participantes del estudio forman una agrupación en mayor o menor medida consolidada de actores que se acercan entre sí por el interés en la promoción de la *resiliencia* en la juventud, buscando discutir y reflexionar con el fin de articular formas de pensar, esfuerzos y estrategias en función a intervenir problemas sociales a nivel de ciudad, entre ellos, las distintas formas de violencia.

En tercer lugar, se presenta una exploración de las características contextuales asociadas a la violencia juvenil en Medellín seguida de una selección de perspectivas teóricas en torno a la violencia escogidas de acuerdo al problema. La violencia es un fenómeno presente en todas las circunstancias geográficas y épocas históricas, e inherente a una gran multiplicidad de ámbitos de la existencia humana, haciendo difícil la construcción de un único concepto. Las dinámicas

sociales que se asocian a la violencia se diversifican a tal punto que sus orígenes, manifestaciones, escalas, propósito y repercusiones difieren cualitativamente hasta dificultar la construcción de modelos explicativos integradores desde el punto de vista teórico. Todas las dinámicas de violencia difieren sustancialmente. Tal divergencia lleva a que en el marco de las ciencias sociales, el discurso se refiera no tanto a “la violencia” como a “las violencias” (Ferrándiz y Feixa, 2004).

Bajo esta lógica, la violencia juvenil está compuesta por dinámicas simbólicas y colectivas que la diferencian tangencialmente de otros tipos, como la violencia política, la violencia de género, la violencia intrafamiliar, entre otras, con las que incluso tiene relación; según Fernández (1998), la violencia juvenil se caracteriza por ser un asunto fundamentalmente grupal e identitario. En la ciudad de Medellín, la violencia relacionada a los jóvenes se conjuga con un entorno inequitativo y de conflicto social, político y económico que acentúa la vulnerabilidad de los jóvenes, marcado por un lado por factores tales como exclusión y desigualdad social y de oportunidades y, por otro, las dinámicas de control del territorio ejercidas por el crimen organizado, la herencia del narcotráfico y legitimación de la violencia instrumental (Riaño, 2006).

Esta especificidad socio-histórica no solo determina el carácter de esta violencia sino también el que esta sea construida y entendida por los participantes de la Mesa de Resiliencia de una forma característica. Los aspectos macrosociales que determinan la existencia de violencia juvenil en la ciudad, y sobre las cuales los actores sociales buscan intervenir, hacen parte de lo que llama Jodelet (2008) el contexto trans-subjetivo de la representación y terminan por influenciar la forma como los actores entienden la *violencia juvenil* en abstracto.

El último apartado se encuentra dedicado a la teoría de las representaciones sociales (RS), herramienta teórica y metodológica escogida para profundizar en los contenidos de la construcción intersubjetiva que el grupo de actores participantes realiza en torno a la violencia como problema. En palabras de Araya (2002), los estereotipos, opiniones, creencias, valores, normas en torno a un determinado objeto o asunto hacen parte de sistemas cognitivos en cierta medida compartidos que son construidos durante la interacción cotidiana y que guían la acción con una fuerza normativa. Tales sistemas involucran contenidos cognitivos, afectivos y simbólicos que orientan no solo el comportamiento sino las formas de organización y comunicación reflejadas en las relaciones interindividuales como intergrupales.

Araya (2002), justifica el estudio de las representaciones sociales bajo el hecho de que reconocer los modos y procesos de constitución del pensamiento social nos aproxima a la “*visión del mundo*” que las personas y grupos tienen, al sentido común que la gente utiliza para actuar o tomar posición ante los diversos objetos sociales. Según Abric (2001b) el abordaje de las RS posibilita, por ende, entender la dinámica de las interacciones sociales y aclarar los determinantes de las prácticas, ya que la representación, el discurso y la práctica se generan mutuamente. El uso de la teoría de las RS obedece a la intención de profundizar en cómo los actores sociales de la Mesa de Resiliencia entienden la violencia juvenil, a su vez cómo este proceso de construcción se relaciona con la posición que toman y las acciones que emprenden frente al fenómeno.

En la sección se exponen generalidades en torno a las representaciones sociales, su fundamentación epistemológica y su origen en el campo del conocimiento, seguido de una exposición de los conceptos centrales que componen la teoría, un resumen de las tres orientaciones paradigmáticas dentro de la misma, y un conjunto de críticas a la teoría a lo largo

de su desarrollo. Posteriormente se profundizará en la orientación paradigmática escogida, la orientación *estructural*, en la medida en que sus implicaciones teóricas y metodológicas son las que más se adecúan a la finalidad y alcance de la presente investigación.

### **3.1. Antecedentes**

#### **3.1.1. Antecedentes investigativos sobre representaciones sociales de la violencia.**

La construcción del estado del arte para la presente investigación se propuso inicialmente identificar investigaciones recientes disponibles sobre representaciones sociales de la violencia juvenil, tras lo cual se exploró cómo están estructuradas teórica y metodológicamente y cuáles son sus principales hallazgos, en función de su relación con el tema. Para tal efecto se definió una búsqueda en las bases de datos Redalyc, Scielo, EBSCO y Elsevier-ScienceDirect para identificar los aportes al problema durante los últimos 10 años (2006 – 2015), seleccionando solo los artículos disponibles a texto completo en los idiomas español, inglés y portugués. Los resultados sobre representaciones sociales de violencia específicamente juvenil fueron casi nulos. La violencia juvenil se manifiesta e inserta en otros tipos de violencia y condiciones de origen familiar, escolar, cultural, político y económico (Fernández, 1998), por lo cual se consideró pertinente realizar una nueva búsqueda eliminando *juvenil* de entre los descriptores.

En Latinoamérica, las investigaciones en cuanto a la representación de la violencia varían mucho de acuerdo con el contexto o el objeto de representación, y la población participante, siendo los temas predilectos la violencia urbana y la violencia en instituciones educativas.

La investigación antropológica de Oehmichen (2013), un acercamiento cualitativo desde el enfoque procesual y una metodología etnográfica, se dirigió a determinar la representación social de la violencia delincencial que tienen los habitantes de un barrio popular de México

D.F. Se pudo determinar que la construcción de la violencia delincencial se genera de las vivencias personales y colectivas, de la información que circula a través de la interacción cara a cara y de la que se transmite por los medios de comunicación. La representación predominante es que la situación de violencia no tiene solución, ya que los actores no se perciben a sí mismos como actores con capacidad de agencia para cambiar el estado de cosas.

La problemática ha crecido durante la última década en México, de forma que el emergente crimen organizado se articula con hábitos, valores y creencias favorables a la violencia y, según uno de los participantes, el ignorar y tolerar la violencia hace que esta escale poco a poco. Los habitantes son bombardeados por los medios de comunicación con imágenes televisivas y palabras que son reinterpretadas de forma individual, de manera que, en estos contextos micro-sociológicos, definen lo que es “creíble y aceptable” y lo que no lo es. Esta percepción contribuye a crear una realidad de inseguridad subjetiva, llevando a los ciudadanos a emplear medidas de protección como armas de fuego, puertas electrificadas y otros tipos de artefactos, y contribuyendo a la consolidación de una inseguridad objetiva. La población en cuestión carece de experiencias de organización ciudadana colectiva para enfrentar las problemáticas de violencia. Estas creencias, sumadas a la percepción de escaso poder ciudadano, hacen que se deposite en el Estado todas las atribuciones positivas y negativas (Oehmichen, 2013).

Además, la autora discute que el abordaje de la violencia en sí suele ser mucho más estudiado que el comportamiento colectivo ante la violencia, el cual contribuye a establecerla y perpetuarla, por lo que son escasos los estudios acerca de este tema (Oehmichen, 2013).

En Brasil, durante el período mencionado, se documentan cuatro investigaciones en representaciones sociales en violencia, de las cuales en dos de ellas participan jóvenes y se

ocupan del tema en función a la violencia juvenil mientras que las otras dos contaron con la participación de actores sociales con algún poder de influencia o asistencia sobre las situaciones de violencia. Cavalcanti, Gomez y de Souza (2006) realizaron una investigación desde la salud pública sobre las representaciones de la violencia sexual hacia la mujer en profesionales de la salud de un hospital materno. El acercamiento estructural llevó a la detección de núcleos de sentido que se agrupan en tres categorías: ideas de sufrimiento, desórdenes de comportamiento y acceso carnal forzado, sentidos que tienen como atribuciones causales las relaciones inequitativas de género, violencia urbana y culpabilización de la víctima. Como conclusión, se determinó que formar sobre atención diferencial según el género a los profesionales de la salud permitiría hacer del cuidado prenatal una vía importante para el reconocimiento e intervención de la violencia sexual hacia la mujer.

La investigación de Cocco et al. (2012) utilizó un diseño cualitativo desde el enfoque estructural, con participación de adolescentes entre los 16 y 18 años. El estudio identificó una estructura de cuatro núcleos figurativos y simbólicos de sentido: conductas antisociales, exclusión entre compañeros, autoritarismo de los profesores y contexto social y familiar. Otra investigación se realizó con agentes de la policía civil de Recife con el fin de determinar las representaciones sociales que tienen de la violencia urbana (Ferreira y de Souza, 2013). El estudio fue de tipo multi-metodológico involucrando trabajo de campo así como cuestionarios cuantitativos, se utilizó un cuestionario de asociación libre en entrevistas individuales, y los datos fueron analizados con Alceste. Según los hallazgos, el actor social caracterizado como una oficina de policía civil, considera la violencia intrafamiliar como la causa de la violencia delincencial. El proceso de objetivación de las representaciones se materializa de manera práctica en el *crimen*, mientras que el proceso de anclaje se da a partir de fenómenos observables

tales como la pobreza, la violencia y las drogas, por lo cual las prácticas sociales de esta entidad están encaminadas fuertemente a combatir el comercio de drogas.

Otra investigación en Sao Paulo, orientada cualitativamente y en que participaron jóvenes entre 14 y 17 años, comparó las representaciones de jóvenes violentos y jóvenes no-violentos (Fernández, Revilla, Domínguez, Ferreira y Silva, 2013). Esta investigación no hace específico el enfoque usado. Los hallazgos muestran que los jóvenes identificados por sus instituciones como “violentos” se caracterizan por tener visiones simplistas del mundo en que no conciben una resolución de conflictos que no implique la fuerza; por lo tanto, la utilizan y entienden como una estrategia defensiva y de identidad. Los jóvenes marcados como “no-violentos” son, por el contrario, más partidarios de mediar a través de la palabra. Además, tanto los jóvenes violentos como los no-violentos asumen la violencia como un contexto que anula la capacidad identificadora de normas e instituciones, pero que hipertrofia el entorno más cercano de los jóvenes, dado que la violencia es impuesta.

Una investigación en Venezuela, orientada cualitativamente bajo un método fenomenológico, y utilizando un diseño cualitativo se orientó a determinar la construcción que estudiantes de edades entre 6 y 13 años realizan sobre la violencia escolar (Mayora y Castillo, 2014). Esta investigación utilizó las representaciones sociales como uno de sus tantos referentes y no hay claridad sobre el enfoque utilizado. Su principal hallazgo permitió ubicar, para los estudiantes participantes, que la explicación dada la violencia se encuentra en las interacciones sociales que se reproducen en la familia y la escuela; el maltrato físico hace que expresen sentimientos de rechazo a su corporeidad, así como también entienden las acciones violentas como algo que aprenden como modelo de actuación de los adultos que se comportan agresivamente con ellos (Mayora y Castillo, 2014).

Por otra parte, una investigación en Chile, orientada cualitativamente bajo el enfoque procesual y utilizando procedimientos de teoría fundada en entrevistas a profundidad, buscó determinar las representaciones sociales de la violencia en jóvenes chilenos que han estado involucrados en situaciones de violencia como agresores (Krause, Torche, Velásquez y Jaramillo, 2014). Los resultados se organizaron en tres categorías: a.) contextos relacionados a la violencia. b.) violencia relacionada a la identidad social y c.) factores inhibidores y facilitadores, motivadores de la violencia y consecuencias. La violencia se encuentra fuertemente asociada a la reivindicación y conservación de la identidad grupal, en la medida en que consideran que están frente a amenazas a su identidad, lo que hace de la violencia un recurso reactivo. Para los jóvenes, la identidad no permanece estable en el tiempo, sino que se refuerza permanentemente a través de acciones. También, es entendida como un fenómeno de una ocurrencia ligada a elementos individuales tales como el autocontrol o la influencia de alcohol o drogas.

En Colombia, hay cierta diversidad en investigaciones de representaciones sociales sobre la violencia escolar y la forma como esta se construye en los niños. Una investigación sobre las representaciones sociales de violencia y paz de los niños y niñas buscó determinar la influencia de los medios de comunicación televisivos en las construcciones de los participantes (López, 2009). Los resultados mostraron que las representaciones de violencia de los niños están muy ligados a las figuras de autoridad representadas en los presidentes que ha tenido Colombia en los últimos años, así como a una idea de paz que se constituye en el exterminio de los “malos”, concretamente los grupos armados guerrilleros y paramilitares, a quienes representan con miedo y temor. La autora considera que estos estereotipos reproducidos en los niños reproducen el orden social (López, 2009).

Una investigación comparativa realizada en Bogotá en el año 2012, en que participaron estudiantes de tres instituciones educativas públicas, utilizó un enfoque procesual de las representaciones sociales con un diseño multimetodológico para determinar el contenido representacional de los estudiantes sobre la violencia en la escuela (Romero, 2012). Los hallazgos muestran que la violencia escolar es entendida por los estudiantes como un fenómeno de carácter social porque siempre hay un elemento de participación grupal en la violencia, es decir, la violencia se da entre grupos.

Igualmente, los estudiantes consideran que las características individuales, tales como la actitud, la voluntad y el juicio individual de los estudiantes son altamente influyentes. Las representaciones son diferentes entre hombres y mujeres, ya que los significados que atribuyen las mujeres suelen estar más relacionados a la agresión física que consideran característica de los hombres, y la necesidad de estos de “demostrar hombría” ante los demás; la violencia entre las mujeres se acompaña de formas de violencia más sutiles, tales como gestos y violencia verbal latente. Se observa también que a través de las tecnologías de información y comunicación también se ejercen fuertes formas de violencia tales como el matoneo virtual y la discriminación grupal (Romero, 2012).

La investigación de Ortiz-Molina (2011), desde un diseño cualitativo muestra que la violencia escolar también se da entre docentes, en los que están presentes conflictos relacionados con las jerarquías, compañeros y el clima institucional, así como la percepción de falta de realización o estrés crónico. En esta investigación, las representaciones sociales se utilizaron como un referente teórico y no se identifica el enfoque utilizado y solo se formuló una pregunta por el contenido de la representación social. La violencia entre docentes guarda relación con la violencia en los estudiantes, en la medida en que las situaciones de estrés e insatisfacción laboral

disminuyen su preocupación por el bienestar integral de los alumnos, reproduciendo estructuras de violencia (Ortiz-Molina, 2011).

### **3.1.2. Antecedentes investigativos en Medellín.**

La investigación en representaciones sociales sobre la violencia en Medellín es escasa, considerando la relevancia social de las complejas problemáticas de violencia urbana y la participación juvenil en ella. Se encuentran cinco tesis de grado, de las cuales cuatro corresponden a tesis de pregrado de psicología y una a tesis doctoral de salud pública.

La investigación doctoral realizada por Ariza-Sosa (2011a; 2011b) se orientó a identificar las representaciones sociales sobre la violencia de pareja de personas que han participado como víctimas o agresores. Las representaciones sociales fueron usadas como referente metodológico y teórico, entre teorías sobre discurso, sobre género, sobre violencia y epistemologías feministas, y no se explicita cuál fue el enfoque de representaciones sociales utilizado. En esta investigación no solo se entrevistó a los sujetos implicados en la violencia, sino que también se efectuó un análisis del discurso con artículos periodísticos que circularon entre el 2001 y 2008 en dos periódicos regionales, así como grupos focales en que participó el personal que atiende los casos de violencia de pareja en las instituciones de justicia, salud y organizaciones no gubernamentales que prestan atención psicosocial en la ciudad de Medellín (Ariza-Sosa, 2011b). En todos los frentes de datos, el análisis se realizó con los procedimientos de la teoría fundamentada y se armaron familias con los códigos más frecuentes.

Los hallazgos muestran que la violencia de pareja generalmente viene influenciada por el rol del hombre como detentador del poder doméstico y la legitimación del uso de la violencia para mantener el poder en el hogar, generando violencia dentro de la familia e inequidad de

género. Esto es complementado con condiciones socio-económicas en las que el hombre tiene mayor ingreso que la mujer. Igualmente, se observó que la violencia de pareja ha transitado de forma discreta de ser un asunto privado a un asunto de salud pública por los manejos de la prensa, y por la participación de ONG que defienden los derechos de las mujeres (Ariza, 2011a).

A través de la búsqueda en repositorios digitales de las universidades de Medellín se encontraron cuatro tesis de pregrado que abordan el tema de las representaciones sociales sobre la violencia.

En el año 2007, se realizó un acercamiento cualitativo desde el enfoque estructural para identificar las representaciones sociales del delito en población carcelaria femenina (Franco y Gaviria, 2007). Este acercamiento utilizó el análisis lexicográfico y la entrevista para determinar el contenido y la estructura de las representaciones sociales en las participantes. Las palabras más centrales del análisis fueron *cárcel*, *matar* y *robar*, así como también la palabra *miedo*, que están muy ligadas a una percepción práctica y no abstracta del delito, y a la significación dada a las experiencias personales. Los hallazgos se resumen en que las personas que participan en hechos catalogados como delito tienen entre sus representaciones atribuciones causales tales como la situación económica y el desempleo, así como falta de oportunidades de estudio y trabajo.

Ese mismo año, una investigación realizada en la Universidad de Antioquia, tomando como población a estudiantes universitarios, realizó un análisis lexicográfico desde el enfoque estructural, indagando sobre las representaciones sociales de la violencia y cómo matizan los juicios de los estudiantes (Caicedo, 2007). Para esta investigación, los vocablos con una frecuencia superior a 30 se establecieron como los elementos más centrales y los menores a 13 se consideraron como los más periféricos. Las palabras con mayor grado de centralidad fueron

*muerte, guerra y maltrato, agresividad, pobreza y dolor*, a partir de las cuales se determinaron las categorías de análisis de una serie de entrevistas a profundidad realizadas. Las atribuciones causales que los estudiantes hicieron con mayor intensidad acerca de la génesis de la violencia fueron razones económicas y político-ideológicas, la insatisfacción de necesidades básicas, maltrato en la niñez, y una gran atribución de responsabilidad hacia la universidad e instituciones educativas.

Una investigación posterior utilizó un enfoque procesual y metodología cualitativa (trabajo de campo a través de etnografía, entrevistas y análisis vía Atlas.ti) para determinar la representación social de *bullying* en estudiantes de primaria (Zapata y Pérez, 2010). El enfoque es histórico-hermenéutico, por lo que las representaciones sociales se utilizan como uno de los referentes conceptuales. El estudio muestra que las representaciones de los estudiantes están muy permeadas por la cultura “narco”, que implica que al otro no se le mire con posibilidades de acercamiento ni diálogo para resolver diferencias: para eliminar el problema es necesario eliminar al otro. Palabras cargadas de sentido condicionan acciones inmediatas, en frases tales como “uno se aprovecha de los más bobos”, “ustedes son bobos que se dejan pegar de esos manes”, “uno les pega para que sepan quién manda, para que respeten, para que copien”. Tal como expresan los autores,

(...) pegarle al otro es casi un deber autoimpuesto, porque detrás está la idea de que solo por medio de la intimidación hacia el otro y del temor que esto causa en él se va a conseguir el respeto, que no es algo ganado sino impuesto por la fuerza (Zapata y Pérez, 2010, p. 106).

Las dinámicas de violencia en el matoneo o *bullying*, de acuerdo con esta investigación, se mantienen porque las representaciones son compartidas por los agresores tanto como por las

víctimas, por lo que las situaciones de acoso escolar están sustentadas por parte y parte, y las víctimas son culpabilizadas externamente pero también incurren en la autculpabilización.

Esta investigación también incluyó la perspectiva de los docentes. En los docentes prima una representación que culpabiliza a las pautas de crianza, familia y contexto como las responsables de la falta de normas y valores en los estudiantes. La forma como los docentes optan por intervenir sobre el problema es puramente punitiva, solo a través del ejercicio coercitivo de la norma a través de faltas y sanciones (Zapata y Pérez, 2010).

Por otra parte, la investigación de Jaramillo (2012) indagó por las representaciones de la violencia escolar en estudiantes de grado séptimo de educación básica en una institución educativa de Medellín. En esta investigación, orientada de forma cualitativa, la teoría de las representaciones sociales se utilizó solo como uno de los referentes conceptuales para interpretar dibujos y narrativas. En estos dibujos y narrativas, los adolescentes participantes de 11 a 16 años muestran sus imaginarios y vivencias con respecto a la violencia y la convivencia. No se mencionó preferencia alguna por enfoque. Se halló que la percepción que tienen los niños ante la violencia generalmente proviene de formas inadecuadas de manejo de conflictos, por lo que este trabajo permitió generar una propuesta educativa para intervenir en la situación escolar.

### **3.1.3. Síntesis de antecedentes investigativos.**

La diversificación en el uso de la teoría de las representaciones sociales es notablemente amplia, a juzgar por las investigaciones contenidas en el estado del arte. Rouquette (2010) establece que uno de los rasgos más característicos de las representaciones sociales es su gran diversidad metodológica, que va desde lo fenomenológico hasta lo cualitativo matematizado, y que es común que varias disciplinas tomen total o parcialmente elementos de la teoría. En este

caso, se observan investigaciones realizadas desde la educación, la salud pública y la antropología.

La revisión muestra que en algunas investigaciones, la referencia a las representaciones sociales es tan ligera, que muchas no son conscientes del enfoque que utilizan, ya sea estructural o procesual, o por lo menos no se expresa por escrito, y no suele indagarse por procesos básicos de la representación tales como el anclaje o la objetivación; el enfoque en ocasiones puede inferirse en características del diseño y de si la pregunta de investigación es por el contenido y estructura, o por el proceso de elaboración de contenido.

El estado del arte en representaciones sociales de la violencia permite determinar que los resultados sobre el tema en la última década se pueden caracterizar por los siguientes rasgos:

- Los resultados suelen incluir atribuciones causales de la violencia, es decir, hechos a los que responsabilizan de la violencia, tales como la situación económica o sufrir agresión en la niñez.
- Las poblaciones generalmente son participantes que viven de uno u otro modo la situación específica de violencia y participan de ella como víctimas o victimarios, sobre todo en las investigaciones que indagaron sobre representaciones de la violencia escolar. Sin embargo, aparte de la investigación de Zapata y Pérez (2010), quienes optan por entrevistar docentes, no hay muchas indagaciones acerca de lo que actores sociales externos a las situaciones de violencia y que tienen alguna clase de impacto o poder de acción sobre ellas, han construido cognitivamente. Solo dos estudios (Ferreira et al., 2013; Cavalcanti et al., 2006) se orientan respectivamente a indagar las representaciones sociales de la policía civil sobre la violencia urbana en Brasil y del personal hospitalario que atiende casos de violencia sexual, y el estudio de Ariza-Sosa (2011), incluyó a

actores intervinientes en la violencia de pareja, tales como integrantes del sector salud, la Fiscalía, comisarías de familia y organizaciones no gubernamentales que promueven los derechos de las mujeres en la ciudad de Medellín.

- Las metodologías utilizadas son predominantemente cualitativas, siendo escasos los diseños que incorporan análisis lexicográficos u otros métodos cuantitativos, y en la mayoría de estos casos suelen ser técnicas auxiliares enmarcadas en un diseño cualitativo más amplio. Hasta el momento, ninguna investigación llega a un nivel explicativo, siendo siempre acercamientos que van desde lo exploratorio a lo analítico. Tales diseños, además, se caracterizan por involucrar una amplia gama de técnicas en cada investigación tanto para la recolección como para el análisis de la información, tales como el análisis de dibujos, entrevistas en profundidad, grupos focales, revisión de documentos en prensa, cuestionarios de diferencial semántico, y diversas modalidades de trabajo de campo. La teoría fundada ocupa un lugar privilegiado para el análisis de los datos cualitativos, apareciendo frecuentemente para el establecimiento de categorías de análisis.

La Tabla 1 en el anexo A enumera una clasificación en la cual se observa la representatividad de los enfoques y metodologías escogidos, siendo predominantes los estudios cualitativos.

### **3.2.Referentes teóricos**

#### **3.2.1. Políticas públicas, construcciones representacionales y actores sociales.**

Este aparte está orientado a clarificar el papel que juegan las estructuras de representación y los objetivos de acción colectiva, así como las relaciones entre grupos en el subsistema de políticas públicas. La pertinencia de las representaciones sociales se justifica en que los procesos

de cambio en las políticas públicas están mediados por procesos psicosociales en que están implicadas dinámicas de orden cognitivo tanto como de orden inter-grupal.

Las políticas públicas a menudo son definidas como el conjunto de respuestas sucesivas del Estado frente a situaciones consideradas como problemáticas (Salazar, 1990, como se citó en Roth, 2002, p. 26). No obstante, en los sistemas políticos neoliberales no se puede entender la política pública como una acción únicamente reactiva ni de exclusiva responsabilidad del Estado. La organización sociopolítica de los estados neoliberales, muy común en los estados latinoamericanos, relega paulatinamente gran parte de sus funciones a actores de la sociedad misma, estimula la participación de estos en la ejecución de las políticas públicas, pasando de órdenes de democracia representativa a democracias participativas, y generando un ambiente propicio para la transformación de políticas públicas (Vergés, 2010). André-Nöel Roth (2002) define una política pública como un conjunto conformado por uno o más objetivos colectivos considerados necesarios o deseables, y por medios y acciones que son tratados parcial o totalmente por una institución u organización gubernamental con la finalidad de orientar el comportamiento de actores individuales o colectivos para modificar una situación percibida como insatisfactoria o problemática. En otras palabras, el estudio de las políticas públicas consiste en examinar los objetivos, medios y acciones definidas por el Estado para transformar parcial o totalmente la sociedad, así como sus resultados y efectos.

Roth (2002) asimismo, explica que el análisis de políticas públicas ha presenciado durante los últimos decenios la irrupción de enfoques que, contrarios a la tradición objetivista, privilegian los procesos intersubjetivos como determinantes de la transformación de las agendas y acciones de política pública. El estudio de las representaciones sociales y el de las políticas públicas son compatibles en la medida en que varios de estos enfoques del análisis de política

pública cobijan la idea de que la formulación de las políticas obedece a un proceso de construcción intersubjetiva de conocimiento y de negociaciones de poder que se da a través de una dinámica fundamentalmente discursiva. Por esta razón, con respecto al discurso que se construye en torno a las políticas públicas, puede decirse que “tiene efectos no únicamente retóricos (es decir, no solo sirve para argumentar y convencer sobre determinadas políticas) sino sustanciales: incide en el contenido de las políticas públicas e influye en su proceso de agendación, diseño, implementación y evaluación” (Cejudo, 2008, p. 93). Estas ideas corresponden al enfoque constructivista de análisis de políticas públicas. Tal enfoque insiste en que las políticas públicas no son definidas únicamente por un marco institucional, las organizaciones que actúan en pos de ella, las leyes que la sustentan o los valores que la justifican, sino también por los discursos que se utilizan para definir los problemas, para legitimar decisiones, para presentar resultados y para comprender los procesos, por lo que asume como categorías de análisis las ideas, las normas y los argumentos compartidos que originan la acción social (Cejudo, 2008).

Ambas áreas del conocimiento convergen en que las relaciones inter-grupales son necesariamente mediadas por estas creencias, y que condicionan y son condicionadas por un discurso determinado, siendo cada grupalidad una apuesta distinta por un deber-ser práctico. Otro enfoque intersubjetivista, el enfoque denominado *advocacy coalitions framework* y traducido como enfoque de coaliciones promotoras, concibe la política pública como un ámbito que se caracteriza principalmente por dos elementos (Rubio y Rosero, 2010):

En primer lugar, las políticas públicas son sistemas de creencias de actores (generalmente élites políticas) que buscan traducirse en programas y acciones sociales. Tales sistemas de creencias contienen sus valores fundamentales, sus intereses y sus percepciones sobre el

problema social en cuestión, las relaciones causales, la magnitud del problema y la eficacia de los instrumentos de política pública destinados a su intervención y abordaje. Estas creencias poseen tres niveles, un núcleo profundo (fundamentos normativos y éticos que definen la filosofía bajo la cual se rigen los actores); un núcleo cercano (estrategias básicas y posiciones de política para el logro de las creencias del núcleo profundo); y unos aspectos secundarios (decisiones instrumentales, información e investigación requeridos para implementar el núcleo de política pública). Es decir, tanto los enfoques de política pública como el paradigma de representaciones sociales coinciden en que las creencias que condicionan las acciones hacia un objeto social tienen una estructura compuesta de elementos compartidos y sistemáticos con diversos niveles de centralidad (Abric, 2001a).

En segundo lugar, el proceso de cambio en las políticas públicas se lleva a cabo en un *subsistema* social en el seno del cual existen una serie de tensiones de poder entre grupos basadas en los sistemas de creencias. Este subsistema según Sabatier y Jenkins-Smith (1999) está constituido por todos aquellos actores involucrados en un problema social categorizado como problema de política pública. El subsistema se genera cuando los actores (presentes o latentes) perciben que un problema de política pública no tiene una definición adecuada y su tratamiento es insatisfactorio.

Los actores se agrupan de acuerdo a la compatibilidad de sus sistemas de creencias, en la medida en que la élite de actores que se encuentra en el poder en el momento no logra responder a las necesidades de la sociedad alrededor de un problema de políticas. Son las percepciones en mayor o menor medida compartidas sobre la ineficacia específica del poder, así como una creencia compartida sobre cómo entender los problemas y actuar ante ellos, la que los consolida como grupo. A propósito de este elemento cohesivo, cabe recordar que una de las funciones de

las representaciones sociales, según Abric (2001a) es precisamente salvaguardar la especificidad e identidad de los grupos.

Por lo tanto, para el presente estudio es pertinente definir *actor social* como una entidad que se organiza en torno a algún asunto o problema sobre el cual tiene algún interés o poder de decisión o acción, y cuyos miembros comparten tres elementos, según Scharpf (1997, como se citó en García, 2007, p. 204):

- a. Una unidad de referencia a la que representan, y dentro de la cual poseen roles establecidos. Por ejemplo, una organización o institución puede ser un actor.
- b. Unos elementos preferenciales (intereses, normas e identidad) que son siempre definidos intersubjetivamente y que direccionan la acción.
- c. Unas orientaciones cognitivas que determinan los cursos de acción para alcanzar los fines, los cuales también son compartidos.

En el subsistema de políticas, cada uno de los grupos puja por imponer su sistema de creencias. Estas dinámicas de negociación y conflicto entre grupos de actores que coexisten en el mismo entorno pueden ser entendidas al contemplar que las disputas en el entorno político son disputas por significados sociales. Según Haier (como se citó en Cejudo, 2008, p. 99) los discursos de políticas son conjuntos específicos de ideas, conceptos y categorizaciones producidos, reproducidos y transformados en un repertorio de proceder prácticos y por medio de los cuales se otorga sentido a la realidad física y social. Son estas prácticas y estas atribuciones de sentido las que, según Rubio y Rosero (2010) llevan a los grupos o coaliciones de actores a intentar transformar el comportamiento de instituciones gubernamentales con miras a lograr sus objetivos de política pública, usando los recursos a su disposición.

A raíz de estas relaciones entre políticas públicas y representaciones sociales, la pregunta acerca de la construcción cognitiva que un grupo determinado de actores tiene acerca la violencia juvenil es una pregunta sobre la forma como estos actores trabajan por movilizar recursos, establecer intereses, tomar decisiones, agruparse, organizarse, convencer, negociar e influir en otros grupos de actores y en las directrices gubernamentales, en pocas palabras, de ejercer poder sobre un asunto entendido como problema social. Por este carácter cognitivo de las políticas públicas, y entendiéndolas como producto, en primer lugar, de la forma como los diversos actores representan los problemas sociales, y en segundo lugar, de las acciones, negociaciones y gestiones que realizan con el entorno con el fin de ejercer poder sobre un problema social, las representaciones sociales suponen una herramienta pertinente para comprender los procesos psicosociales que tienen lugar en el entorno de interacción entre grupos que conforman un subsistema de políticas públicas.

De acuerdo a lo argumentado por Gutiérrez (2005), las representaciones sociales pueden ser, incluso, de gran utilidad para influir en la formulación de políticas públicas tales como las políticas culturales, ya que reducen el carácter exógeno, impositivo y tecnocrático de muchas políticas y puede estimular un desarrollo participativo y autosustentado; a través de esta herramienta teórica se podría obtener información primordial acerca de las aspiraciones y necesidades culturales de los beneficiarios de las políticas, que corresponden a la ciudadanía que vive día a día los problemas sociales a las cuales estas se orientan.

### **3.2.2. Violencia.**

Llegar a una conceptualización de *violencia*, o partir de un modelo explicativo generalizado para las diferentes clases de violencia, es de una dificultad proporcional a la multiplicidad y complejidad con las cuales se manifiesta.

La presencia de múltiples tipos de violencia que interactúan entre sí y la especificidad de sus dinámicas, y, en especial, los elementos que caracterizan la violencia juvenil en Medellín, han llevado a optar por considerarla desde un punto de vista históricamente situado. Por lo tanto, los referentes contextuales y teóricos sobre las violencias fueron escogidos según el contexto y finalidad de la investigación.

La forma como este aparte se encuentra estructurado es la siguiente. En primer lugar, una serie resumida de elementos contextuales e históricos que identifican la génesis y manifestaciones de la violencia en Medellín, circunstancias que a su vez determinan la ocurrencia de violencia juvenil, en la que se muestra una breve discusión de aspectos igualmente contextualizados.

En segundo lugar, una serie de modelos teóricos que fueron escogidos durante el análisis de la información, en la medida en que compatibilizan con la forma como los actores participantes comprenden la violencia y sus estrategias de intervención. Algunos fueron incluso referenciados por los mismos actores. Por lo tanto, se priorizaron teorías provenientes de la salud pública, de la psicología social, la teoría ecológica del desarrollo humano y la teoría triangular de la violencia.

### ***3.2.2.1. La violencia juvenil en Medellín.***

Este apartado cumple el propósito de ofrecer un panorama general de la realidad social referenciada por la representación social del presente estudio. En el contexto histórico de la ciudad de Medellín las conflictividades en las que se enmarca la violencia se manifiestan de forma única (esto es, de una forma que la diferencia de las violencias de otros entornos geográficos), siendo particular en su desarrollo histórico, su relación con el territorio, y diversas dinámicas económicas y de poder. Las juventudes de la ciudad, a su vez, existen y crecen en un

entorno en el cual interactúan con las interacciones microsociales en que se expresan las conflictividades existentes. Los dos aspectos de este escenario, la violencia y la juventud, constituyen el día a día de los actores sociales que aceptaron participar en el estudio, quienes a través del contacto sostenido por vía de su praxis atribuyen propiedades, encuentran causas, establecen opiniones e implementan acciones que (podemos hipotetizar) se solidifican a manera de representación social. Por lo tanto, este apartado se divide en dos. Primero, un panorama general del desarrollo de la violencia urbana en la ciudad de Medellín, y segundo, unas anotaciones puntuales acerca de la forma como las problemáticas juveniles se entremezclan con las conflictividades locales, puntuales porque el análisis de la presente investigación giró alrededor de la relación juventud-violencia. Por lo tanto, el tema se verá ampliado en el capítulo sobre resultados.

#### *Dinámicas de violencia en la ciudad de Medellín.*

La complejidad de las violencias en Medellín se desprende de una multiplicidad de elementos simbólicos que dan cuenta de una forma de constitución de la realidad social y que hacen parte de una especificidad de tipo socio-histórico, en consonancia con una serie de factores de tipo económico, social y político que las moldean y en las cuales se manifiestan. Las condiciones de coyuntura histórica determinan la forma como se comportan las violencias en el marco de una determinada sociedad. El estado del arte presentado por la Corporación Región (Jaramillo, 2001) atestigua que las tendencias investigativas sobre las dinámicas de violencia en Medellín encuentran consenso en que la vida en la ciudad se caracteriza por un *conflicto urbano* o *conflictividades urbanas* (Blair, Grisales y Muñoz 2009).

La conflictividad urbana en Medellín presenta hoy tal multiplicidad y matización que es imposible abordarla desde una sola matriz explicativa, una sola disciplina

y/o con un modelo de intervención unilateral. Los factores que la generan provienen desde la aún precaria legitimidad del Estado en todas sus ramas del poder, pasando por los procesos culturales y simbólicos de producción de ciudad, la crisis socioeconómica del país y de la región, la irrupción de otros actores armados con gran capacidad logística y operativa, el desajuste estructural del tejido urbano a causa del desplazamiento forzado, entre otros (Moreno, 2003, p. 195).

Desde un punto de vista cultural, Medellín se inserta en un contexto histórico que privilegia una solidificación de valores culturales en cierta medida favorables a la violencia. A su vez, el comportamiento de las violencias urbanas en las cuales se articulan las manifestaciones de la violencia juvenil, generalmente es sensible a la articulación de muchos factores que hacen parte de la realidad cotidiana. El estudio de Oehmichen (2013), que se ocupa de la evolución de la violencia urbana en el similar caso de México, muestra que la violencia delincencial y el crimen organizado no son en sí la génesis de las prácticas e ideologías violentas, sino que la presencia de estas organizaciones se articula con valores y necesidades sociales ya existentes en la conciencia colectiva que la refuerzan. No obstante, ello no significa que pueda hablarse de una causalidad directa entre unos valores culturales preexistentes y unas prácticas violentas que dependen de ellos, sino que son elementos que llegan a influenciarse mutuamente.

Por su parte, la cultura colombiana se encuentra permeada por valores sociales, asunciones y construcciones del mundo que se entrelazan con una larga historia de violencias. La forma como la violencia se enraíza culturalmente en los cimientos de la mentalidad del colombiano han devenido en gran medida, tal como lo expresa Barrero en *Estética de lo Atroz* (2011), de un proceso de naturalización de la agresión basado en la exposición continuada e histórica a una multiplicidad de manifestaciones de violencia de Estado, que se remontan incluso

a la época de la conquista. La violencia de Estado, más entendida por Barrero (2011) como una violencia ejercida por las élites dominantes hacia los sectores mayoritarios de la población para conservar el dominio y el aseguramiento de sus intereses, se ha caracterizado en la historia colombiana por campañas sistemáticas en que se trascienden las agresiones físicas para establecer estados de terror que fundamentan el poder a través de la guerra psicológica, el exterminio del otro y la banalización de la crueldad, y que hacen desarrollar unas dinámicas colectivas de memoria histórica caracterizadas por el silencio, la mentira y el olvido y que generan en el individuo de a pie una pérdida de su capacidad de agencia, en la que se resigna al estado actual de las cosas.

Barrero (2011) hace referencia a una diversidad de sucesos históricos, tales como las torturas y dominaciones a amplios sectores indígenas, las guerras civiles recrudescidas durante el siglo XIX entre el conflicto de intereses de las élites políticas, o la masacre de las bananeras, hasta una interpretación del propagandismo, discursividad mercenaria y ocultamiento sistemático de la verdad presente en el mandato del presidente Uribe. El período de mediados del siglo XX se caracterizó por la entrada en el país a una etapa de barbarie denominada “La Violencia”. “La incapacidad de las élites para resolver sus contradicciones internas llevó a la instauración de un régimen del terror en el que se combinaban estrategias legales e ilegales para combatir a los famosos chusmeros, bandoleros y guerrilleros” (Barrero, 2011, p. 34), de manera que este período se caracterizó por la solidificación de dinámicas de violencia política que crearían las condiciones para el surgimiento de los grupos de limpieza social que antecedieron al paramilitarismo.

En ese contexto histórico, tales dinámicas de poder se mezclarían con conflictos agrarios ya presentes en las periferias impulsados por la ausencia de Estado. La ausencia del Estado,

como clarifica el estudio de la ONU, *Conflicto: Callejón con Salida*, no se traduce en falta o presencia de obras públicas, sino en una forma de desorganización social presente en la extensa periferia del país, no solo en el campo sino también en las periferias de las grandes ciudades en proceso de expansión poblacional, que deviene un modo de vida altamente incierto, de un ordenamiento jurisprudencial difuso, en el que cada cual debía “negociar el orden” para cada situación, y que en diversos momentos históricos ha permitido que se establezcan diversos tipos de usos legítimos de la fuerza, tales como milicias privadas o guerrillas rurales, así como una gran diversidad de conflictos derivados (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2003). La violencia política confluyó con el conflicto agrario para derivar en una violencia de tipo social, en lo que hoy día se conoce como *conflicto armado*, de manera que la consolidación de los actores del conflicto corresponde a un proceso de desorganización social que tuvo su origen en el período histórico en cuestión, y que devino en una sucesiva reorganización social en las periferias (Guzmán, Fals Borda y Umaña, 1977). La diferencia, según Moreno (2003), entre una violencia política y social consiste en que la primera se expresa bajo la forma de confrontación armada político-social con el fin de mantener, modificar, sustituir o destruir un modelo de Estado o sociedad, o reprimir a un grupo humano organizado o no con identidad dentro de la sociedad; la segunda refiere a aquella violencia desarrollada en escenarios microespaciales de interacción social (urbanos o rurales) cuyas motivaciones responden a la defensa o ataque de intereses particulares de tipo económico, territorial, étnico, religioso o cultural.

Esta historia de uso legitimado de la violencia crea en la sociedad las condiciones para su naturalización, de forma que el individuo se sincroniza ideofectivamente para aceptar todo tipo de crueldades y acciones violentas. Una dinámica de violencia justificada a través del terror que

se configura a partir de intereses ideológicos “situados en planos de significación social bastante complejos, pues involucra límites simbólicos muy fuertes, a través de los cuales se construyen las nociones éticas, estéticas y axiológicas desde las cuales se organizan los sistemas cotidianos de interacción y comunicación” (Barrero, 2011, p. 37), los cuales llegan al punto de despertar una estética de lo atroz, una desensibilización ante las agresiones y violencias que devienen incluso en una estética, una fascinación por lo violento, presente en los recodos la vida diaria y que cimienta lo que según Scheper-Hugues (como se citó en Ferrándiz y Feixa, 2004, p. 163) constituye el nivel microinteraccional de las violencias cotidianas.

Este aspecto cultural en la constitución de prácticas violentas es fundamental para entender la forma como se comporta la violencia en la ciudad de Medellín en el marco de los múltiples conflictos urbanos que coexisten en el territorio urbano. De acuerdo a Blair (2004), son estas prácticas sociales cristalizadas históricamente las que dan lugar a una serie de imaginarios y representaciones sobre la violencia y la muerte, que a su vez se retroalimentan con la emergencia de nuevas prácticas violentas en el marco de las conflictividades urbanas barriales. La violencia y la cultura se desarrollan en una vía de múltiple influencia, en la cual tanto las dinámicas de violencia en sí como la transmisión generacional de la cultura que les da forma, permanencia y sentido se generan y modulan mutuamente: “(...) los rasgos culturales propios que surgen de este problema tienen raíces y dimensiones muy profundas: la transmisión generacional de la cultura de la violencia es un signo de inmensa preocupación” (Ruiz y Vélez, 2004, p. 65).

Según Blair, Grisales y Muñoz (2009), los estudios sobre violencia en Medellín que predominaron entre los años 1995 y 2005 generalmente entienden que las *conflictividades urbanas* que desembocan en las distintas violencias urbanas corresponden, en gran medida, a una expresión de los grandes conflictos que atraviesan a la nación; no obstante, esta no corresponde a

la única connotación de la violencia urbana en Medellín, ya que la ciudad misma ha “vivido insertada” en una serie de conflictos múltiples que se articulan según las vivencias subjetivas y escenas microsociales, las luchas por el poder y el territorio que se desenvuelven en los ámbitos barriales de las periferias de la ciudad. Más que una expresión del conflicto nacional, las conflictividades urbanas de la ciudad de Medellín constituyen un entorno en que los actores del conflicto terminan por articularse a las violencias barriales, marcadas por conflictos comunitarios tales como problemas intrafamiliares, disputas entre vecinos, violencia doméstica y de género y ligadas al consumo de drogas; a un nivel un poco más amplio, explican Blair et al. (2009) se encuentra la coexistencia de múltiples actores armados con presencia en los barrios.

Ruiz y Vélez (2004) señalan que los límites entre conflicto urbano y violencia son conceptualmente difusos, estando de todos modos determinado por tres grandes factores que desencadenan la crisis y conflictividad: La corrupción, el narcotráfico y el abandono estatal. No obstante, Ruiz y Vélez (2004) señalan que la génesis explicativa de las conflictividades urbanas es fundamentalmente económica: el telón de fondo en el cual se inserta la violencia urbana es el de un modelo económico profundamente desigual, el cual conduce a la exclusión de grandes sectores de la población. De esa manera, la crisis urbana y la consecuente violencia es entendida a partir de factores como la distribución inequitativa de la riqueza, lo que deviene en altos niveles de pobreza; la crisis de la producción industrial, con secuelas de desempleo, subempleo e informalidad; la inequidad en la distribución de los ingresos; la inequidad social y cultural reflejadas en un desigual acceso a la educación, a la salud y al espacio público; la pérdida de legitimidad de las instituciones gubernamentales, así como altos índices de corrupción y ausencia de procesos participativos.

Sin embargo, una de las dimensiones que caracteriza las conflictividades urbanas en Medellín, es el componente territorial, el cual se expresa a través de dos procesos distintos. Por un lado, las conflictivas urbanas de tipo barrial tienen un componente identitario. La violencia en Medellín es un asunto fundamentalmente de fronteras, entendiendo como tales no unas connotaciones de límite físico en que se ubica un territorio, sino al entramado de relaciones y valores que generan una adscripción territorial de las diferentes grupalidades sociales. Las fracturas producidas en la identidad se expresan en mecanismos violentos, convirtiendo los entornos barriales en reforzadores de estructuras motivacionales generadoras de nuevas identidades, estableciendo fronteras que se trazan a partir de la exclusión de los pobladores con relación al acceso a los bienes y servicios, y en estas marginalidades se yerguen actores violentos con sus propias motivaciones (combos, milicias urbanas, bandas, autodefensas) y cada uno ejerce impronta sobre el territorio de muchas formas (Silva, 1992). Ruiz y Vélez (2004) establecen que estas formas van desde las marcas, por medio de grafitis y otros tipos de símbolos para definir quién tiene el poder en la zona, hasta la restricción de la libre movilidad de personas y comercios por vía del uso armado de la fuerza. Estas dinámicas de dominación se sustentan por una relación afectiva entre la comunidad y los grupos; estos a menudo están conformados en su mayoría por jóvenes, en función a territorios sobre los que buscan mantener el control y en los cuales los habitantes pueden considerarlos bien como sus defensores o como sus victimarios.

En segundo lugar, el aspecto territorial de las violencias urbanas es fundamentalmente económico. La introducción del narcotráfico y el crimen organizado a las ya existentes conflictividades urbanas degrada las violencias de frontera en el tránsito hacia luchas por el poder sobre las diversas rentas económicas del comercio de droga, lo que recrudece las formas como se ejerce dominio sobre el territorio. Para Camacho (1995) el narcotráfico es un aspecto de

la realidad colombiana que genera violencia en tres direcciones: en primer lugar, hacia su interior (promoviendo las violencias dentro de los mismos grupos de mafias por el reparto de los réditos del negocio; en segundo lugar, hacia las barreras que obstaculizan el funcionamiento del negocio (hacia la policía, funcionarios del Estado, políticos, opresores) y en tercer lugar hacia quienes pretenden modificar el orden social (hacia los sindicalistas y sectores de izquierda). Sin embargo, Ruiz y Vélez (2004) afirman que la influencia del narcotráfico, al acoplarse con las violencias identitarias territoriales, y poner en marcha las grandes redes sicariales, incorporó dentro de sí a grupos de pobladores desposeídos, convertidos en miembros de bandas barriales y a otros jóvenes, quienes en gran parte provenían de las mismas insurgencias armadas, generando así una violencia híbrida entre el control identitario por el territorio y los intereses monetarios que impulsaban el dominio de los mercados de microtráfico y corredores de droga.

El poder que llegaron a tener estas bandas en los barrios populares fue prácticamente absoluto: definían quién vivía y quién moría, quién pagaba el impuesto o vacuna establecido por ellas, qué mujer era de su propiedad e incluso definían quién tenía que abandonar el barrio. Así se produjo otro elemento de distorsión urbana: se aceleró la movilidad intraurbana por condiciones de seguridad y factores de violencia (Ruiz y Vélez, 2004, p. 66).

Según Max Yuri Gil (2014), la proliferación de las prácticas delincuenciales desde los 80 y 90 se derivó no solo de la exportación de cocaína, sino también de la presencia en otros negocios con altos márgenes de rentabilidad. Por un lado está el microtráfico, que es la venta de droga a pormenor al consumidor en diversos centros informales de expendio conocidos como “plazas de vicio” y la organización de redes de abastecimiento, distribución y venta de distintos tipos de droga como la cocaína, la marihuana y el bazuco. Tales plazas hacen parte de la

cotidianidad barrial, e incluso se considera que hay economías familiares que se basan en esta actividad (Tapias, como se citó en Gil, 2014, p. 156).

Por otro lado está la extorsión, que a grandes rasgos consiste en la cobra de dineros a casas y establecimientos comerciales por distintas razones, ya sea por protección o para financiar la guerra. Según Duncan (2005, como se citó en Gil, 2014, p. 149), Escobar utilizaba la extorsión para financiar la guerra contra el Estado, afectando así las finanzas de sus socios y propietarios de *ollas*, empresarios del chance y venta de gasolina de contrabando. Según Gil (2014) los combos y bandas en determinado momento empezaron a cobrar “vacunas” a propietarios de tiendas, carnicerías y almacenes y ofrecer “protección” a empresarios del transporte, incluso a contratistas de la construcción, prácticas que subsisten el día de hoy. Aquí también se incluyen los “mercados cautivos”, es decir, comercio de productos alimenticios que grupos armados pueden producir (arepas, cebolla, fresa, huevos, licor adulterado) impidiendo la entrada de distribuidores y empresas “ajenas a la comuna”. Estos negocios también fundamentan el control territorial de ciertas zonas en la medida en que se ejerce dominio de movilidad, seguridad y protección, pero también se estrecha la relación de interdependencia entre la comunidad y los combos. Dadas las condiciones de los sectores de inequidad, marginación, carencias y falta de oportunidades, los barrios reciben diversas ayudas de estas organizaciones delincuenciales barriales para solventar las necesidades básicas insatisfechas. Este elemento resulta decisivo en la construcción de un poder mafioso (Gil, 2014). “La pretensión de ejercer control sobre la economía barrial además de permitirles obtener una renta, se convierte en fuente de empleo para sus familiares y les hace ganar simpatía como *delincuencia social*” (Gil, 2014, p. 151).

Estas connotaciones territoriales de las conflictividades urbanas, como lo muestran Ruiz y Vélez (2004) se entremezclan con otra serie de elementos que, al igual que el narcotráfico,

recrudescieron aún más las formas del conflicto. A fines del pasado siglo fueron principalmente dos. Por un lado, igual a como sucedía en el panorama agrario en la primera mitad del siglo XX (PNUD, 2003), las mismas comunidades establecieron sistemas de autodefensa desde las cuales grupos de jóvenes y comerciantes se unieron para proteger al barrio, actuando anónimamente y portando capuchas (por lo que se les denominó popularmente “los capuchos”). Estos grupos son denominados *milicias*, y se conformaron en la década del 80 por agrupaciones de jóvenes que recibieron instrucción político-militar del M19, así como provenientes de barrios influenciados por personas desvinculadas de las organizaciones insurgentes como el ELN (Gil, 2014). Aunque no tenían pretensiones políticas ni económicas, ni llegaron a tener una fuerza militar organizada, estos fueron derivando paulatinamente a verdaderos ejércitos de vigilancia privada contratados por comerciantes y barrios residenciales de estratos medios y altos, que al fin, devinieron en grupos organizados de paramilitares que contaban con el apoyo de las fuerzas policiales y militares.

Y, por otro lado, la llegada del conflicto armado a la ciudad, de naturaleza política e ideológica, lo que trasladó a las periferias urbanas las luchas del poder entre los actores del conflicto, las guerrillas y las fuerzas paramilitares originarias de los espacios rurales (Ruiz y Vélez, 2004).

En la actualidad, parte de los estudios adelantados sobre las violencias en Medellín se derivan de intencionalidades políticas relacionadas a la constitución de políticas públicas, y desarrollados por distintos actores sociales de la ciudad. De acuerdo al estado del arte de Corporación Región (Jaramillo, 2001), la producción científica durante los últimos 25 años es normalmente liderada por las ONG, seguida de las universidades y en menor medida el sector gubernamental. En este trabajo se identifica que la producción investigativa en la ciudad ha

encontrado una serie de factores más o menos robustos que explican la violencia urbana. Tales factores son:

1. *Exclusión Urbana*: Los estudios sobre violencias en la ciudad de Medellín muestran que la violencia urbana es el resultado de una acumulación histórica de problemas irresueltos de exclusión e inequidad, dando lugar a una ciudad dividida y heterogénea que no logra establecerse en un proyecto ciudadano incluyente y colectivo. El tejido social se ve afectado en la medida en que la separación socioeconómica entre barrios pobres periféricos y barrios ricos cerrados genera una situación de exclusión física y social “de ciudadanos desconfiados y sin vínculos colectivos y cada vez más reducidos a vivir en sus meros espacios vitales” (Ruiz y Vélez, 2004). Medellín es una ciudad de grandes inequidades dividida en una separación centro-periferia en la que por un lado se encuentra la ciudad estética y arquitectónicamente bella, en contraposición a una Medellín con ausencia del Estado, y graves problemas de desempleo, hambre, drogadicción, prostitución y violencia delincuencia-política, entre otros problemas (Quijano, como se citó en Jaramillo, 2001, p. 12).

2. *Proceso de Modernización*. Este factor corresponde a la aceleración de los procesos de urbanización y modernización que generan tensiones halladas en la raíz de muchas y variadas formas de conflicto en los pobladores. En el marco de esta aceleración, se ha llevado a cabo una progresiva disociación de la esfera pública y la privada, de forma que el individuo emergente pierde sus referentes propios de la sociedad moderna. En esta dinámica de anomia y desorganización social, según Restrepo y Vélez (como se citó en Jaramillo, 2001., p. 12), al sumarse a la emergencia del narcotráfico, contribuye a crear un ambiente propicio para los fenómenos de violencia y su respectiva legitimación.

3. *Responsabilidad del Estado*. Este grupo de investigaciones busca respuestas referidas al papel del Estado, dando cuenta de la influencia de una tradición investigativa en la cual las explicaciones “macro” sobre la violencia en Colombia están caracterizadas por la precariedad o colapso parcial del Estado, atribuyendo el auge de la violencia en Medellín a la incapacidad para ejercer control del territorio, tener el monopolio de las armas y hacer respetar las normas de convivencia social, así como para mitigar los conflictos sociales y generar inclusión para las poblaciones en estado de exclusión social. Ante la debilidad del Estado, el ciudadano opta en muchos casos por adherirse a cualquier poder, sin importar los mecanismos de los que se valga para legitimarlo siempre que cumpla la función de ser un referente de autoridad para él.

4. *Cultura y Violencia*: Los estudios que giran alrededor de este factor explicativo ponen en primer plano la incidencia de elementos propios de la cultura de la violencia. Estos estudios se dividen en dos. Un primer grupo que sostiene que las prácticas violentas y significaciones provenientes de la guerra, significaciones de maldad justiciera, “verraquera” u “hombría”, encuentran circunstancias favorables para su construcción en los elementos culturales de la ciudad, tales como el valor de la “viveza”. No obstante, De los Ríos y Ruiz (como se citó en Jaramillo, 2001, p. 14) establecen que es metodológicamente incorrecto sobrevalorar lo cultural como factor explicativo de la violencia, la cual se articula a condiciones concretas en que otros factores se ven envueltos. Posteriormente, se encuentra un segundo grupo de estudios que abordan la compleja relación entre violencia y cultura. El estudio de Blair et al. (2009) muestra que, al contrario, son los imaginarios y representaciones construidas sobre la violencia y la muerte las que reflejan la incidencia de la violencia sobre la cultura, a su vez comprendiendo en este proceso la adopción de estilos de vida, prácticas culturales y formas de habitar la ciudad que se generan desde las violencias.

Desde una perspectiva de salud pública, el estudio realizado por Previva (2009), principal insumo para la construcción de la *Política Pública para la Prevención de la Violencia y Promoción de la Convivencia en el Valle de Aburrá 2007 – 2015*, muestra una serie de resultados y relacionamiento entre factores que estructuralmente caracterizan la violencia en las ciudades del Valle de Aburrá, incluyendo Medellín. Según esta investigación, los factores asociados a la violencia y agresión se interrelacionan sólidamente entre sí y corresponden a fenómenos sociales por un lado, y por el otro, a la interacción entre la persona y la familia con el ambiente comunitario en que se desarrollan. Tales factores no actúan separadamente sino que lo hacen a manera de *clústeres* interconectados entre sí. Los hallazgos del estudio constatan que:

a. Los hombres son las principales víctimas y agresores en la inmensa mayoría de formas de violencia. Por lo tanto, la violencia en Medellín tiene implicaciones de género. Sin embargo, en este grupo poblacional, son los jóvenes y los menores de edad los más fuertemente afectados por las múltiples formas de agresión.

b. Los factores de riesgo que pudieron identificarse para la ocurrencia de las múltiples formas de agresión fueron: vivir en un contexto barrial violento y con desorganización social. El machismo, asociado fuertemente a todas las formas de violencia interpersonal estudiadas y por su generalizada presencia entre los dos sexos y todos los niveles económicos y sociales. La cultura de la ilegalidad, expresada en una legitimación del quebrantamiento de la norma, una actitud con un fuerte basamento cultural y cuya presencia es considerable entre diferentes grupos sociales y, especialmente, entre menores de edad y jóvenes; la frustración frente a las expectativas de vida, concretamente, frustración por no poder cursar estudios superiores, o habiéndolos cursado no poder ejercer sus profesiones, así como también el desempleo. Por

último, haber sido víctima de maltrato por parte de los padres, lo que está unido a la justificación de la agresión física como mecanismo de educación.

c. De estos factores de riesgo, hay dos estrechamente correlacionados, que son la cultura de la ilegalidad y la frustración de expectativas de vida.

El convencimiento de que es lícito y aceptable considerar que el desarrollo personal y social se pueden conseguir por las vías no legales, elemento importantísimo para la generación de violencia, se encontró asociado estrechamente a la frustración de expectativas, especialmente de educación superior y ejercicio profesional (Previva, 2009, p. 7).

La forma como se manifiesta la tolerancia al quebrantamiento de la norma se puede encontrar en una multiplicidad de actividades y actitudes que componen la experiencia cotidiana del habitante del Valle de Aburrá; por ejemplo, tolerancia del uso de la violencia para la defensa de la familia, que se elimine o asesine a alguien que la gente cree que pone en peligro a la comunidad, que se haga “limpieza social”, que se consiga dinero por un medio ilegal o antiético, se soborne a un funcionario público, entre otras. Igualmente, también hay una multiplicidad de factores correlacionados a la cultura de la ilegalidad, los cuales son la desconfianza hacia las personas e instituciones, la legitimación de la violencia, la inequidad y la anomia, entendida como la carencia de normas sociales o la degradación de los controles internos de las personas (Previva, 2009).

d. Otra serie de factores de riesgo relacionados fueron la violencia conyugal y la percepción de violencia en el barrio. Si bien la violencia de pareja se encontró asociada al machismo (cuya asociación solo se encontró en agresiones físicas pero no en formas más

complejas de violencia), fue mucho más determinante la incidencia de la percepción de desorganización social y violencia en el barrio.

e. Existe también una multiplicidad de factores protectores. El factor protector más importante es el tener padres vigilantes de las actividades de sus hijos, que tengan una cercanía que inspire confianza y esté abierta a la comunicación. El segundo factor más importante es el residir en barrios con una alta eficacia colectiva, entendida esta como el nivel de acercamiento y colaboración entre vecinos y de cuidado y vigilancia informal en el barrio por parte de ellos. Igualmente, la realización de metas y expectativas vitales también se encuentra fuertemente relacionada con la cultura de ilegalidad, siendo personas con educación y crianza basadas en la cercanía las menos tendientes a aceptar la consecución del desarrollo personal por vías ilícitas.

Con estos elementos, podemos dar cuenta de un contexto complejo y múltiple, históricamente situado, con determinantes económicos, pero también culturales, permeado de situaciones de inequidad, exclusión y falta de oportunidades así como de la presencia de una configuración de conflictos urbanos y sus respectivos actores, configuración que se alimenta del narcotráfico, del conflicto armado, de una ausencia estatal y deslegitimación de las instituciones que lleva a la negociación de un orden dominado por el más fuerte en medio de la incertidumbre, contexto en el cual la violencia se origina y legitima de múltiples formas y en el que son escasos y volátiles los referentes de construcción de identidad y proyectos de vida. Es en este contexto complejo en el que se enmarca la implicación de los jóvenes en la violencia urbana, compuesta de unas dinámicas en las cuales los jóvenes tienen una participación activa, en formas igualmente complejas que trascienden las simples categorías de víctimas y victimarios.

*Los jóvenes y las violencias en la ciudad de Medellín.*

El hablar sobre violencia juvenil tiene una doble implicación. La primera de ellas es reconocer el carácter históricamente situado de las formas en que se manifiesta, lo que establece limitantes a la hora de adoptar planteamientos teóricos que contribuyan a su esclarecimiento. Por ejemplo, en una serie de abordajes españoles enfocados a la violencia juvenil (Fernández, 1998), se establece, por ejemplo, que:

La violencia grupal de los jóvenes urbanos aparece sostenida por estos tres puntuales: el efecto grupal, la identidad y la ideología. Como sostenemos varias veces a lo largo del trabajo, ‘la violencia tiene sentido para sus protagonistas’, y dicho sentido reside precisamente en el entramado de estas tres dimensiones (Fernández, 1998, p. 11).

Sin embargo, la compilación referenciada hace referencia a violencias muy distintas de aquellas con las cuales se relacionan los jóvenes de Medellín, a saber violencias relacionadas a pandillas e ideologías políticas, y en las cuales los jóvenes asumen un papel mucho más activo y a partir del cual se puede establecer una diferenciación a veces tajante entre agresores y víctimas. El apartado de resultados mostrará que el efecto grupal, identidad e ideología sí están presentes en la participación de los jóvenes en las conflictivas urbanas (y como consecuencia, en lo que los participantes representan) pero en el escenario local entra a jugar la presencia de otras fuerzas.

La participación de los jóvenes de Medellín en las violencias urbanas va más allá de una categorización como víctimas o victimarios, reconociendo que la presencia juvenil en los espacios actorales de violencia obedece no tanto a la consecución de fines instrumentales o ideológicos como sí a situaciones de vulnerabilidad, falta de oportunidades y exclusión, entre otros factores de riesgo. Igualmente, el término *violencia juvenil* entraña el riesgo de extrapolar

este “tipo” de violencia desde un papel fundamentalmente activo del joven y que se le encasille poniéndolo exclusivamente en el lugar del agresor. Reguillo (2007) enfatiza en que la condición juvenil de finales de la década de los 90 estaba marcada por imaginarios en los que primaba una construcción de “delincuentes” y “violentos”, clasificación que se popularizó al abanderar una comprensión de este grupo etario que se limitaba a la irrupción y el conflicto con el orden social establecido.

El siglo XXI arranca con evidentes muestras de una crisis político-social. De maneras diversas y desiguales, los jóvenes han seguido haciendo estallar las certezas y han continuado señalando, a través de los múltiples modos en que se hacen presentes, que el proyecto social privilegiado por la modernidad de América Latina ha sido, hasta hoy, incapaz de realizar las promesas de un futuro incluyente, justo y, sobre todo, posible (Reguillo 2007, p. 22).

La forma como la violencia se enraíza en las conflictividades urbanas interactúa necesariamente con elementos generacionales que caracterizan a la juventud, sumadas a las condiciones socio-históricas de Latinoamérica. Como sostiene la autora:

La incapacidad del sistema educativo para ofrecer y garantizar educación para todos, el crecimiento del desempleo y de la sobrevivencia a través de la economía informal indican que el marco que sirvió como delimitación para el mundo juvenil a través de la pertenencia a las instituciones educativas y a la incorporación tardía a la población académicamente activa, está en crisis (Reguillo, 2007, p. 27).

El Índice de Desarrollo Juvenil de Medellín (Grisales, Márquez y Rojas, 2014) muestra que entre las dimensiones que más afectan el desarrollo de los jóvenes de Medellín se encuentran el trabajo, la relación con la democracia-participación y la convivencia, reflejando, en primer

lugar la tasa de desempleo registrada en Medellín entre 2008 y 2011 y una alta tasa de trabajo informal (47%) sumado a deficiencias estructurales que permitieran crear nuevos puestos de trabajo; en segundo lugar, manifestando la desconfianza y apatía de los jóvenes a las formas tradicionales de ejercicio del poder democrático y hacia los partidos políticos. En tercer lugar, la baja aportación de la dimensión convivencia al índice refleja la afectación que tienen los jóvenes por parte de la situación económica y la exclusión social, reflejada en procesos de desvinculación social y falta de confianza en las instituciones políticas.

De acuerdo a Jaramillo (2001), los estudios en violencias en la ciudad de Medellín consideran que esta incapacidad del Estado en la materialización del proyecto moderno, así como estas exclusiones estructurales, son elementos que influyen la participación de los jóvenes en diversas agrupaciones armadas. En el abordaje etnográfico *No nacimos pa' semilla*, Salazar (1990) otorga a la violencia juvenil una fundamentación causal a partir de un contexto marcado por la marginalidad, la exclusión y el desarraigo familiar, la ausencia del padre, en el cual el narcotráfico se convierte en un referente para las nuevas generaciones de jóvenes urbanos precisamente en un contexto ausente de referentes colectivos. Blair (como se citó en Jaramillo, 2001, p. 26) muestra que las motivaciones de los jóvenes están cimentadas sobre bases que nada tienen que ver con la ideología política, tal como los casos de violencia juvenil en otras partes del mundo (Fernández, 1998). Por el contrario, las adhesiones a los grupos armados urbanos son muchas veces voluntarias, y están motivadas por sentimientos de rabia, venganza, o la valoración de su pertenencia como una estrategia de supervivencia.

Por último, según Max Yuri Gil (2014) los denominados *combos* presentan similitudes muy marcadas con la pandilla juvenil en tanto representan un espacio de socialización y construcción de identidades, solo se diferencia en que se articula con estructuras criminales

complejas, como la Oficina de Envigado. Las edades de los integrantes puede oscilar entre los 10 y 25 años. Generalmente viven en los barrios y les es delegada la función de control del territorio.

Estos elementos muestran que la adhesión de los jóvenes a la violencia está estrechamente ligada a condiciones de tipo estructural tales como la falta de oportunidades y la exclusión social, pero por otro lado, con unas violencias de tipo territorial y comunitario (la mayoría ligadas al narcotráfico) con las que interactúan cotidianamente.

### ***3.2.2.2. Perspectivas teóricas sobre la violencia.***

Según Martín-Baró (2003), llegar a un concepto de violencia se dificulta por el uso indiscriminado de la palabra en el lenguaje cotidiano (sometido, entre otras cosas, a las manipulaciones de los medios de comunicación masiva) así como a la diversidad de su conceptualización en el lenguaje científico. En primer lugar, es necesario diferenciar violencia y agresión, conceptos que permanentemente son homologados y confundidos. Según Fernández (1998) la psicología social clásica ha diferenciado la agresión y la violencia usualmente atribuyendo a la agresión la posibilidad de ser remitida a conducta, mientras que violencia tradicionalmente se ha usado para análisis de carácter macro social.

El concepto de violencia es mucho más amplio que el de agresión. La agresión es solo una manifestación de la violencia. Para Martín-Baró (2003) la violencia hace referencia a aquellos fenómenos o actos en los que se aplica un exceso de fuerza, y la agresión como un concepto más limitado que refiere a los actos de violencia con los que se busca causar algún daño al otro. Se puede hablar de violencia estructural o institucional dado que las estructuras sociales pueden aplicar una fuerza que saque a las personas de su estado o situación, o que les obligue a actuar contra su sentir o parecer. Por otro lado, Martín-Baró (2003) señala que uno de

los rasgos característicos de la violencia es que las acciones pasan por un proceso psicosocial de justificación, lo que permite que se repita e instrumentalice, resignificándola en función de su utilidad.) Los juicios de valor que pesan sobre el concepto de violencia no están dados por sentado sino definidos subjetivamente y situacionalmente: el carácter externo del comportamiento es interpretado a la luz de la intención personal y de la valoración social.

Según la Organización Mundial de la Salud (2003) la intencionalidad es un aspecto fundamental para identificar la violencia. La violencia tiene la intención explícita de dañar. No es considerado violencia un acto que suponga un daño si no existe una intención. Igualmente, la violencia se caracteriza por la intencionalidad de *usar la violencia*, en actos que la tienen como fin en sí mismo, determinados en el marco de una serie de actos que según el consenso cultural afectan el bienestar del otro, de lo cual deviene que la violencia sea considerada como tal de acuerdo a su contexto social e histórico significativo. La definición dada por la desde un enfoque de salud pública, define la violencia como:

(...)el uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones (OMS, 2003, p. 5).

La presencia del vocablo “poder” amplía la naturaleza de un acto de violencia para dar cabida a actos que resultan de una relación de poder, incluyendo amenazas e intimidación, así como también el descuido y todos los tipos de maltrato físico, sexual y psíquico, así como el suicidio y otros actos de autoagresión (OMS, 2003).

Martín-Baró (2003) atribuye a la violencia, desde la psicología social, tres supuestos teóricos.

a. La violencia presenta múltiples formas, entre las cuales se presentan diferencias muy importantes. No es igual una violencia originada estructuralmente, exigida por casi todo ordenamiento social, que una violencia de origen interpersonal, en que, o bien puede materializarse la violencia estructural (como en el caso de una represión policial) o un interés subjetivo (como el caso de una pelea callejera).

b. La violencia tiene un carácter histórico y no es posible entenderla fuera del contexto social en que se produce. Dado que la justificación e intencionalidad juegan un papel fundamental; los actos de violencia deben analizarse de acuerdo a los intereses y valores concretos que caracterizan a cada sociedad o grupo social en un momento dado de su historia.

c. Los actos de violencia tienen un peso autónomo que los dinamiza y los multiplica. Las agresiones desencadenan procesos que, una vez puestos en marcha, tienden a incrementarse (lo que se suele denominar “espiral de violencia”), incluso si logra intervenir sobre sus raíces originales.

Teniendo en cuenta la complejidad de los fenómenos a los que alude y la especificidad de los factores involucrados, sumado a la red de significaciones que tienen lugar en ella así como la interconexión causal entre sus diversas manifestaciones, pueden establecerse varias tipologías de la violencia. Martín-Baró (2003) es específico en que el punto de partida para el análisis del fenómeno de la violencia debe situarse en el reconocimiento de su complejidad: no solo hay formas múltiples de violencia cualitativamente diferentes, sino que los mismos hechos contienen diversos niveles de significación y diversos hechos históricos; por tal razón, la violencia puede enfocarse desde múltiples perspectivas. Como Ferrándiz y Feixa (2004) bien lo expresan, aun

cuando la sucesiva tipologización resulta muchas veces en segmentaciones que disminuyen el campo explicativo del término, suele ser más preciso hablar de las *violencias*.

Los actores sociales participantes del estudio sobre la problemática alcanzan con sus intervenciones ámbitos específicos y socialmente reducidos de acción: individuos, grupos juveniles, comunidades, barrios, instituciones. Por lo tanto, se justifica tomar como referentes teóricos sobre la violencia aquellos cuyas ideas se relacionen en mayor o menor medida con sus ámbitos de acción y que explican la violencia en ámbitos de esta escala. Para tal efecto, dado que las violencias se basen un sinnúmero de procesos sociales, culturales e históricos, se considera pertinente acumular para el análisis las perspectivas y tipologías de tipo psicosocial y cultural que se ocupen de la forma como se articula lo social y lo individual, así como los procesos significantes en este fenómeno, en la medida en que son también una expresión de unas raíces históricas y unas estructuras sociales (Martín-Baró, 2003).

Una primera tipología es la realizada por la Organización Mundial de la Salud (2003), que corresponde a una clasificación basada en un enfoque de salud pública en tres categorías generales.

- a. La violencia autoinflingida: Es violencia dirigida hacia sí mismo. Incluye comportamiento suicida y auto-lesiones. Incluye pensamientos suicidas, intentos de suicidio, y suicidio consumado, así como el auto-maltrato y la auto-mutilación.
- b. La violencia interpersonal: Esta forma de violencia se da de un individuo a otro. Hay de dos tipos. Una violencia interpersonal familiar o de pareja, que se da dentro de la familia o en las relaciones sentimentales dentro y fuera del hogar. Y una violencia comunitaria, que se produce entre personas que no guardan parentesco, pueden conocerse o no y sucede generalmente fuera del hogar, como la violencia sexual por parte de

extraños, la violencia juvenil y la violencia en establecimientos como escuelas, lugares de trabajo, prisiones u hogares de ancianos.

c. La violencia colectiva. A diferencia de las otras categorías, las violencias incluidas en la violencia colectiva toman su nombre de los motivos de la violencia cometida por parte de grupos grandes de individuos o por el Estado. Se subdivide en violencia económica (ataques motivados por el lucro económico, como trastornar actividades económicas, negar el acceso a servicios, crear división económica y fragmentación etc. ), violencia social (conflictos de naturaleza religiosa o cultural) y violencia política (guerra, conflictos o violencia del Estado).

Transversal a estas categorías, se puede clasificar la violencia da de acuerdo a su naturaleza. La OMS (2003) distingue entre violencia física, violencia sexual, violencia psíquica y violencia privativa o que supone privaciones o descuido. De esta manera, se organiza como puede verse en la figura 1, en el apéndice B.

Por último, desde un punto de vista cultural, Walters y Parke (como se citó en OMS, 2003, p. 6) mencionan que “algunas personas tienen la intención de dañar a otros pero, por sus antecedentes culturales y sus creencias, no consideran que sus actos sean violentos”; por lo tanto, establecen que los actos que se consideran violentos están determinados por la cultura. Las explicaciones biologists sobre la agresividad humana en los estudios culturales, tal como lo expresan Ferrándiz y Feixa (2004) por el abordaje del componente simbólico, el cual no solo hace que lo que se considera violento entre diferentes culturas no sea homogéneo, sino que además reconoce el poder de las formas no agresivas de violencia. En estas formas no agresivas, manifiestas en modalidades verbales, simbólicas o morales, se puede hacer más daño simplemente con la posibilidad o amenaza de usar la violencia. Como lo plantea Riches (como se

citó en Ferrándiz y Feixa, 2004, p. 162) estas modalidades de violencia no siempre cuentan en el consenso de los tres tipos de actores implicados (victimarios, víctimas y testigos), en los cuales muchas veces estos mismos actores niegan el carácter violento que corresponde a estas dinámicas.

Este componente cultural permite identificar dentro de sí, por lo menos cuatro tipos de violencia, tipologías no excluyentes sino interrelacionadas unas con otras, que según Ferrándiz y Feixa (2004) son las siguientes.

a. Violencia Política: Formas de agresión física y terror administradas por autoridades oficiales así como también aquellos que se les oponen.

b. Violencia Estructural: Refiere a la organización política de la sociedad que impone dolor físico o emocional.

c. Violencia Simbólica. Definida por Bourdieu (2000) como aquella ejercida con la inconsciencia del que la ejerce y la complicidad de quien la padece, reflejada en humillaciones internalizadas y en la legitimación de la desigualdad y la jerarquía, partiendo desde el racismo o sexismo hasta expresiones de poder de clase.

d. Violencia Cotidiana: Corresponde a las prácticas y expresiones diarias a niveles microinteraccionales, que normalizan las pequeñas brutalidades y terror en el ámbito de la comunidad y crean un *ethos* o sentido común de la violencia (Stephen-Hugues, como se citó en Ferrándiz y Feixa, 2004, p. 163).

Dada estas interrelaciones y tipificaciones de la violencia, contemplar sus dimensiones culturales implica referirse a ella como el continuum de formas de resolución no pacífica de conflictos y las modulaciones culturales de las mismas en los códigos simbólicos que orientan

tales prácticas, y debe incluir, como lo afirman Ferrándiz y Feixa (2004), dos grandes asunciones: que hay unas culturas de la violencia, y que hay violencias en la cultura. Las culturas de la violencia corresponden a unas pautas (usos, costumbres, ritos e imágenes) e instituciones culturales (organizaciones, poderes, subculturas, redes) que se estructuran con base en determinados códigos para el uso legítimo o no de la fuerza. Y la violencia en la cultura corresponde a la presencia de formas de violencia en instituciones o campos culturales diversos.

*Perspectivas psicosociales sobre la violencia.*

Según Martín-Baró (2003) una perspectiva psicosocial de la violencia permite analizar la violencia en cuanto surge y se configura en los límites entre persona y sociedad, en otras palabras, en el momento constitutivo de lo humano en el cual las fuerzas sociales se materializan a través de los individuos y los grupos.

La psicología social clásica, de un marcado corte conductista, inicialmente relegó el abordaje de la violencia a problemáticas de carácter macrosocial, mientras que las construcciones teóricas asociadas se desarrollaron bajo el concepto de *agresión* (Fernández, 1998).

De acuerdo a Martín-Baró (2003) una de las primeras teorías en explicar la agresión fue la teoría etológica de Konrad Lorenz. Este modelo considera como idea fundamental que la agresión, tanto como la violencia, independientemente de su función son expresiones de fuerzas instintivas, sujetas a las mismas leyes básicas del comportamiento de las especies. La agresión es definida por Lorenz (1971, como se citó en Martín-Baró, 2003, p. 94) como un instinto que lleva al hombre a combatir contra los miembros de su propia especie, constituyendo por sí mismo un mecanismo evolutivo que ayuda en el proceso de transformación del individuo y la selección de las especies. Es claro, entonces, que las normas que regulan la presencia de la agresividad en la

vida del hombre obedecen a aprendizajes individuales que provienen de la cultura y que no han sido propiamente incorporadas en el repertorio instintivo. Junto a los enfoques instintivistas, Martín-Baró clasifica la teoría psicoanalítica, desde la cual, a grandes rasgos, la agresión es parte de un impulso de muerte o destrucción que hace parte de la naturaleza pulsional humana y que entra en conflicto con las imposiciones normativas de la cultura.

Otra clase de teorías son de tipo ambientalista. Este enfoque se resume en la teoría ambientalista de la frustración-agresión, de la Universidad de Yale. Esta teoría comprende la agresión como una consecuencia de los estímulos ambientales, que a menudo generan algún tipo de frustración para el individuo. La agresión, en este enfoque, es siempre una consecuencia de la frustración, siendo ambas indisociables en la medida que la frustración siempre desemboca en agresión, así como la agresión siempre está precedida de algún tipo de frustración presente en el ambiente; como consecuencia, la expulsión de la agresión termina por procurar al sujeto algún tipo de satisfacción (Dollard, como se citó en Martín-Baró, 2003).

Posteriormente, se encuentra la teoría del aprendizaje social. Este enfoque suma a las teorías conductistas la influencia de los factores cognoscitivos a la hora de establecer factores causales para la aparición de la violencia. Bandura (1977, como se citó en Martín-Baró, 2003) entiende la violencia como un comportamiento aprendido en el cual influyen procesos vicarios, simbólicos y autorreguladores del funcionamiento psicológico. El estudio de Bandura, Ross y Ross (1961) se hizo que un grupo de niños pequeños contemplara a un modelo de un adulto golpeando a una figura de plástico; algunos de los niños contemplaron un modelo real, otros contemplaron el modelo en una película, otros fueron expuestos al modelo en una caricatura, otro grupo fue expuesto a un modelo no agresivo, mientras que un último grupo control no fue expuesto a ningún modelo conductual; en el estudio, se les sometió después a un estímulo frustrante: les

mostraron juguetes muy atractivos, pero se les dijo que tendrían que conformarse con los juguetes que había en la otra habitación. Los niños que fueron expuestos a modelos agresivos realizaron más comportamientos de agresión que los que no, siendo estos comportamientos golpear y gritar a un muñeco grande inflable de plástico.

Bandura (1973, como se citó en Martín-Baró, 2003) considera que la manera más efectiva para sostener hábitos agresivos es mediante el reforzamiento positivo, es decir, el aprendizaje directo mediante la recompensa por parte de comportamientos realizados por la misma persona. No obstante, el refuerzo vicario puede cumplir funciones estabilizadoras, en la medida en que modifica las formas y recursos mediante los cuales el mismo sujeto autorregula su propio comportamiento. “El efecto de los modelos produce el aprendizaje a través de su función conformativa. Al observar a los modelos, las personas adquieren principalmente representaciones simbólicas de las actividades realizadas y estas representaciones sirven como guías para su ejecución apropiada” (Bandura, 1977, p. 22).

Es necesario reconocer que la perspectiva del aprendizaje social durante la última mitad del siglo XX evoluciona en una teoría social-cognitiva. La teoría social-cognitiva es básicamente una teoría agéntica del comportamiento humano en la cual se considera al individuo como una entidad que posee mecanismos de autorregulación moral a través de los cuales puede establecer finalidades y capitalizar sus recursos personales para alcanzarlas (Bandura, 2004).

Recientemente, los desarrollos de esta teoría han construido el concepto de *desconexión moral*, una categoría que da cuenta del proceso cognitivo que se lleva a cabo en la construcción cotidiana de las prácticas violentas, en tanto modula el ejercicio de la agencia moral del individuo, y que permite explicar el proceso cognitivo llevado a cabo en la justificación de algunas formas de violencia. Según Bandura (2002), la *desconexión moral* es un proceso de

“desenganche” interno de la moral, basado en argumentos racionalizados que justifican comportamientos que, en la moral colectiva, son reprochables, protegiendo al sujeto de sentimientos como la culpa y la vergüenza. Los mecanismos autoreguladores a través de los cuales se controla la propia conducta se reestructuran, de manera que los comportamientos violentos tienen una lectura diferente, lo cual minimiza la experiencia de conflicto moral y permite al sujeto mantener intacto su sistema de principios y criterios morales.

Por último, Martín-Baró (2003) expone una serie de concepciones de la violencia que la entienden como un proceso simbólico. Para Hader y Seidenberg (1978, como se citó en Martín-Baró, 2003) la violencia es construida socialmente. Cada orden social establece las condiciones en que se puede producir violencia de una forma justificada. Esta perspectiva construccionista de la violencia depende de cuatro factores externos al acto de violencia. Un agente considerado legítimo para el ejercicio de la violencia. Una víctima hacia la cual la violencia es aceptada. Una situación en la cual se enmarca el acto de violencia. Y un grado de daño producido a la víctima, proporcional a la justificación del mismo.

Por último, Martín-Baró (2003), en el enfoque construido a partir de la psicología social crítica, identifica cuatro elementos constitutivos de toda situación de violencia. Estos elementos son:

*a.* Una estructura formal del acto. Es decir, la conducta extrínseca en sí, pero como una totalidad de sentido; en otras palabras, es el comportamiento agresivo o violento, en la medida en que es categorizado como acto de violencia, sea este de violencia instrumental (que lleva una finalidad) o violencia terminal (que corresponde a una consecuencia).

b. Una ecuación personal. Corresponde a los elementos del acto explicables únicamente por el particular carácter de la persona que lo realiza. Es decir, una serie de características personales que definen la forma de los actos violentos. Martín-Baró (2003) señala que el acto de violencia varía enormemente si el agresor sufre un trastorno mental y el acto se atribuye a este, o tener características de personalidad que le hagan propenso o no a utilizar la agresión o violencia.

c. Un contexto posibilitador. Esto corresponde a un contexto o estado de cosas propicio, una situación mediata e inmediata en que el acto violento tenga cabida y sentido. En este factor constitutivo hay dos tipos de contextos: un contexto amplio, que es el contexto social. Y un contexto inmediato que es un contexto situacional. Por ejemplo, un entorno social en el cual el machismo es considerado como una virtud legitimadora del poder masculino, la violación es contextualmente propiciada, aun cuando las leyes la puedan castigar. En sociedades que consideran la violencia en forma de valores incluidos en la cotidianidad de la forma de vida, los actos concretos de violencia o de agresión son perfectamente naturales. Milgram (1980) muestra que en los contextos institucionalizados, o los contextos en los cuales hay presión de algún tipo sobre el individuo, este será más propenso a ejercer comportamientos violentos a pese a estar en desacuerdo; y que esta influencia de la autoridad sobre la conducta individual se origina en un sistema de instituciones característico del sistema capitalista. Esto es lo correspondiente al contexto *social*. Por el contrario, un contexto *situacional* corresponde a que en toda situación social hay algún elemento que limita la aparición de comportamientos violentos, pero cuando este elemento no está, la violencia aparece libremente. “Bajo el control directo de sus padres o maestros, a los niños les resulta difícil pelearse; abandonados a su suerte y en circunstancias competitivas, la pelea no tarda en estallar en ellos” (Martín-Baró, 2003, p. 86).

d. Un fondo ideológico. El fondo ideológico contribuye a racionalizar los actos violentos. Todas las formas de violencia están situadas en una realidad social configurada por unos intereses. En estos intereses surgen los valores y racionalizaciones que determinan la justificación de los actos violentos y agresivos, ya que son interpretados a la luz de unas significaciones culturales que los dotan de algún sentido de funcionalidad o instrumentalidad. Por ejemplo, la justificación de un acto violento efectuado desde el poder lleva a cabo en él procesos de legitimación y lo hace racional al interior del sistema establecido. “Matar a otra persona deja de ser delito para convertirse en necesidad social, tan pronto como esa persona es definida como enemigo de la patria y su asesinato es amparado por la autoridad” (Martín-Baró, 2003, p. 88).

*Enfoque ecológico del desarrollo y legitimación de la violencia.*

La teoría ecológica del desarrollo humano es una teoría sobre cómo los distintos niveles del contexto en que se encuentra un individuo influirán en su desarrollo. De acuerdo con Bronfenbrenner (como se citó en Gracia y Musitu, 2000), el desarrollo del individuo se da en función a la influencia que sobre él tiene una serie de niveles del *ecosistema*, cuyo nivel más inmediato es la familia, que a su vez es influenciado por niveles más externos.

El modelo ecológico enfatiza desde un punto de vista evolutivo en la importancia del contexto social, y de la relación que el individuo establece con cada subsistema y la que cada subsistema establece con el resto del sistema. Así, la familia es un subsistema que se mantiene en equilibrio dinámico con los otros elementos del sistema social más amplio, buscando establecer un balance entre los recursos disponibles y los niveles de estrés. No obstante, cuando ocurren cambios en el exterior de la familia, o cambios en el seno de la familia, puede producirse un

estado de inestabilidad ecológica, en el que los niveles de estrés exceden la disponibilidad de recursos para responder al entorno, creando condiciones propicias para la aparición de la violencia y el conflicto (Bronfenbrenner, 1979 como se citó en Gracia y Musitu, 2000). La cultura de la violencia y las estructuras sociales que la facilitan, así como el contexto de relaciones violentas e inequidad en la ciudad de Medellín, la presencia de actores armados organizados así como las dinámicas de exclusión constituyen elementos de lo que en este enfoque se denomina *exosistema*, que depende de una coyuntura histórica y unos sucesos que impactan a gran escala tales como el conflicto armado y la ausencia del Estado, el desempleo, condiciones macroeconómicas que condicionan la vida diaria, así como elementos culturales que privilegian la naturalización de la violencia, lo que conforma un *macrosistema*.

El individuo crece rodeado de unas relaciones inmediatas donde se dan las interacciones entre niños, padres y hermanos del hogar, ámbito reducido que se considera un *microsistema*. La escuela también es un microsistema secundario donde se desarrollan relaciones interpersonales. A su vez, todos estos microsistemas al relacionarse conforman lo que se conoce como *mesosistema* del individuo, que constituye el escenario más amplio donde se ubican y se interrelacionan todos los ámbitos reducidos de desarrollo.

El conjunto de relaciones dentro del mesosistema está mediado por la presencia de las estructuras sociales tanto formales (el mundo del trabajo, vecindario, redes de relación social) que, aunque no contienen a la persona en desarrollo, afectan el contexto inmediato en que se encuentra, las cuales, como se mencionó, hacen parte del *exosistema*. La figura 2 en el apéndice B muestra gráficamente la forma como se contienen e influyen los niveles ecológicos de desarrollo en la teoría de Bronfenbrenner (1979).

Un estado del arte realizado por Martínez, Robles, Utria y Amar (2014) muestra que la justificación de la violencia ha sido identificada como un factor decisivo en la tendencia a su ejecución, más cuando las creencias que la justifican se han fomentado desde la infancia. Este proceso de legitimación de la violencia puede ser entendido desde una perspectiva ecológica, la cual implica comprender la forma como los distintos niveles de pertenencia social en los que se desenvuelve la vida de un individuo impactan en su desarrollo, siendo cada uno de esos niveles una fuente de influencia que requiere ser estudiada (Toldos, 2002, como se citó en Martínez et al., 2014), considerando que la violencia se puede concebir como un fenómeno relacional que está mediado por variables que van desde lo individual hasta lo macrosocial.

Las distintas formas de violencia, que van desde el ámbito privado hasta el más público, aparecen concatenadas entre sí por el entramado justificador del acto violento, construido socialmente en la interacción que se presenta en los distintos niveles de relación de los sistemas sociales. A su vez, estas son legitimadas en cada uno de los escenarios de relación de sujeto, de acuerdo con el tipo de violencia específica que se experimenta directa o indirectamente (Martínez et al., 2014, p. 139).

En otras palabras, los comportamientos violentos son reproducidos por el individuo en la medida en que las relaciones establecidas desde la niñez en uno o más de los niveles de su ecosistema de desarrollo están mediadas por elementos legitimadores de la violencia y que condicionan la presencia de esta en dichas relaciones. Por lo tanto, se presentan de una forma diferente de acuerdo al contexto en que crece cada individuo. En su estado del arte, Martínez et al. (2014) sostienen entonces que, en el caso colombiano, la legitimación de la violencia está presente en los siguientes contextos de desarrollo del niño de las siguientes formas:

- *Legitimación de la violencia en contextos de histórica victimización.* La historia construye actitudes y creencias socialmente compartidas que se encuentran relacionadas con los roles y las conductas de las personas. En este nivel de macrosistema se incluye cómo las convergencias históricas influyen en la cultura, y en cómo se desarrollan creencias ampliamente compartidas favorables a la violencia, y que se observan tanto en víctimas como en victimarios (Martínez et al., 2014). Según Duque, Sierra y Montoya (2011, como se citó en Martínez et al., 2014, p. 142) las creencias que legitiman la violencia se pueden agrupar en tres categorías: 1) violencia como mecanismos de protección. 2) violencia como un método de educación, y 3) violencia como defensa de la familia y de la sociedad.

- *Legitimación de la violencia en la comunidad.* El tránsito de la violencia del campo a la ciudad en Colombia impacta los escenarios de socialización mesosistémica de los individuos que crecen en ellos. “La inmersión crónica de los niños en una comunidad violenta funciona como un fuerte contexto de aprendizaje del sistema de creencias normativas sobre la violencia, lo que genera una aceptación y normalización de las respuestas violentas” (Martínez et al., 2014, p. 144). Por lo tanto, la presencia de relaciones mediadas por la violencia en el barrio y en la escuela constituye un factor de riesgo para que un individuo en desarrollo se convierta en agresor o acepte pasivamente la violencia como víctima.

- *Legitimación de la violencia en la familia.* Las formas de ejercicio de poder y de resolución de conflictos en la familia conforman ámbitos en los que se legitima la violencia. De acuerdo al estado del arte, distintas formas de agresión, como golpes, gritos y amenazas son culturalmente aceptadas como formas naturales

de corregir comportamientos y solucionar conflictos, igualmente, muchos padres instan a sus hijos a perpetrar actos violentos contra sus compañeros de clase o amigos con argumento de legítima defensa, así como también se naturaliza y acepta la violencia psicológica que genera sentimientos de inferioridad, timidez y angustia que se relacionan al fracaso escolar y han sido catalogados como predictores de conducta delictiva (Martínez et al.,2014). Según Braudy (1998, como se citó en Martínez et al., 2014), las creencias paternas y sociales asumen que los niños pueden ser manejados según la libre elección de los padres y validan la violencia como medio de aprendizaje, de forma que el abuso es legitimado, justificándose en función del bienestar del dominado.

- *Legitimación de la violencia en los medios masivos de comunicación.* La televisión, que se incorpora como un agente socializador en el mundo contemporáneo, impacta sobre sus creencias acerca de las formas relacionales socialmente aceptadas en su entorno. La televisión interviene en la elaboración de significados sociales y culturales que guían las conductas, y enseñan al niño que la conducta agresiva es un medio eficaz para la resolución de conflictos (Toldos, como se citó en Martínez et al., 2014).

- *Legitimación de la violencia como proceso psicológico:* Las conductas violentas están generalmente acompañadas de sensación de culpa al entrar en contradicción con los valores promovidos por la moral predominante en los procesos de socialización; por tal razón, la violencia requiere un proceso cognitivo de desconexión del sujeto con sus propios referentes morales autorreguladores, de forma que las acciones violentas no generen conflictos dentro del ámbito subjetivo, proceso

que se conoce como *desconexión moral* (Bandura, 1990 como se citó en Martínez et al., 2014).

### **3.2.3. Teoría de las representaciones sociales.**

Se denomina representaciones sociales a un enfoque y un campo de conocimiento de la psicología social (Rouquette, 2011; Jodelet, 2008; Banchs, 2000) cuya utilidad y pertinencia en investigación están determinadas por su capacidad para detectar esquemas subjetivos de percepción, de valoración y de acción (Giménez, 1999).

El término *representación social* hace referencia a un planteamiento teórico que surge en la década de 1960 en la psicología social como producto de la insuficiencia de los modelos existentes (como el modelo conductista) para explicar el conocimiento y el comportamiento sociales, en especial la estructura de prácticas que suceden en la vida cotidiana y que consolidan la realidad social (Jodelet, 1984). Moscovici (1969 como se citó en Jodelet, 1984 p. 477) explica que el enfoque-teoría de las representaciones sociales surge en un momento histórico en que para los paradigmas psicológicos existentes era muy difícil predecir o influir sobre el comportamiento, en la medida en que concebían la relación del sujeto y el objeto como una relación entre un estímulo y una respuesta, entre un universo exterior y un universo interior, cuando en realidad, sujeto y objeto se modifican mutua y permanentemente por fenómenos de representación y significación. Moscovici (1988) resalta que las corrientes científicas han estimulado una concepción de naturaleza humana como un mecanismo que resuelve problemas y contrasta soluciones con la realidad, idea que funcionaría si la vida humana se desarrollase en un plano completamente individual.

A diferencia de los modelos psicológicos de la época, la teoría de las representaciones sociales innova en el hecho de que relaciona en esquemas de interrelación los procesos intersubjetivos de producción simbólica con la conducta observable (Jodelet, 1984). Según Jodelet (2008), para la época de surgimiento de la teoría de las representaciones sociales, la investigación psicológica y social habían excluido tajantemente la idea de sujeto como entidad psicológica y mental, orientando la atención de forma reduccionista sobre los fenómenos de interacción y prescindiendo de los espacios que tuvieran que ver con la dinámica psíquica subyacente a la producción del pensamiento y de las prácticas.

Como lo atestigua Rouquette (2010) entre los años 60 y 80, las primeras investigaciones en representaciones sociales tuvieron un impacto limitado, y fueron poco tomadas en cuenta por las mismas revistas de psicología social, teniendo incluso mayor acogida en las publicaciones académicas de otras disciplinas. No obstante, los años 90 presenciaron una fuerte consolidación de la teoría por cuatro hechos característicos: El aumento intensivo de la producción en investigaciones en representaciones sociales, en especial tesis de doctorado y otras publicaciones; la expansión del campo de aplicación de la teoría de las representaciones sociales a una multitud de temáticas y problemas sociales, tanto en los estudios teóricos como prácticos, así como su acogida por disciplinas como la antropología, la educación o los estudios políticos; la internacionalización de la teoría, permitiendo su expansión fuera de los límites europeos y tuviera una acogida importante para el estudio de la realidad social en los países latinoamericanos. Y por último, la gran diversificación conceptual y metodológica que se dio durante ese momento histórico, lo que le dotó de una gran riqueza de evidencia empírica con la cual fortalecer su cuerpo teórico (Rouquette, 2010). A su vez, según Jodelet (2008) los últimos años el paradigma se ha fortalecido con la multitud de movimientos intelectuales que abogan por

el retorno al sujeto en las ciencias sociales. “Tales puntos de vista remiten a un sujeto que no sería un individuo aislado en su mundo de vida, sino un individuo auténticamente social; un sujeto que interioriza y se apropia de las representaciones, interviniendo al mismo tiempo en su construcción” (Jodelet, 2008, p. 37).

Como afirma Gutiérrez (2007), la noción de *representación* ha cobrado un lugar fundamental en las ciencias sociales, la psicología cognitiva, la educación y la comunicación social, dado que la teoría de las representaciones sociales alude a la designación de fenómenos múltiples que se observan y estudian a variados niveles de complejidad, individuales y colectivos, psicológicos y sociales. Como lo explicita Giménez (1999) constituye un paradigma de una utilidad indiscutible para el análisis de las formas internalizadas de la cultura, en la medida en que permite detectar esquemas subjetivos de percepción de valoración y de acción, al igual que otros cuerpos teóricos como el *habitus*.

Para Rouquette (2010), la relevancia actual de las representaciones sociales como teoría y metodología está dada por su capacidad de demostración empírica de la articulación entre lo individual y colectivo, y de que el saber compartido tiene unas tendencias de estructuración.

El pensamiento social no resulta de un conjunto de errores, de preferencias viciadas por el prejuicio o de afectos desordenados; se trata más bien de un pensamiento motivado –en particular por las pertenencias sociales relativas de los protagonistas-, y que expresa regularidades y determinaciones estructurales (Rouquette, 2010, p. 136).

Por último, Rouquette (2010) destaca la gran plasticidad de las herramientas teóricas y metodológicas del enfoque: La historia de la investigación en representaciones sociales está marcada por una gran variabilidad de las metodologías utilizadas, desde la observación simple hasta el análisis del discurso, y desde lo fenomenológico cualitativo hasta lo cualitativo

matematizado. Rateau y Lo Monaco (2013) establecen, también que la relevancia científica de la teoría de las representaciones sociales se resume en que es una teoría flexible y adaptable, constituye una teoría psicosocial del sentido común y ha participado en la elaboración de variadas metodologías. Por su flexibilidad, ha obtenido una transversalidad disciplinaria que permite que cualquier tradición intelectual se apropie de la teoría o parte de ella, así como de sus métodos, a tal punto que hoy en día no solo es considerada una teoría sino también un enfoque de investigación (Banchs, 2000).

La teoría de las representaciones sociales como paradigma se caracteriza por ser profundamente autorreflexivo. Múltiples revisiones y ensayos críticos, así como experiencias empíricas enriquecen y cuestionan la definición de las representaciones sociales.

Moscovici (1979) define las representaciones sociales como una modalidad particular del saber que se manifiesta en los comportamientos y la comunicación entre los individuos. Es un corpus organizado de conocimientos, y una actividad psíquica a través de la que los sujetos hacen inteligible la realidad física y social y se integran en relaciones cotidianas de intercambio. Son la manera como los sujetos sociales aprehenden los acontecimientos de la vida diaria, conocimiento “espontáneo” por oposición al pensamiento científico, que se construye por un lado desde la experiencia y por otro desde las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que reciben de los otros. Es *conocimiento socialmente elaborado y compartido* que tiene como función el dominio del entorno, la comprensión y explicación del universo de vida, de las preguntas que nos plantea el mundo, y orientar las interacciones sociales que el sujeto establece con los otros y cómo se sitúa ante ellos (Jodelet, 1984). No es un simple reflejo de la realidad sino una organización significativa de la misma, y esta organización depende de circunstancias contingentes y factores generales como el contexto social e ideológico, el lugar

que ocupan los actores sociales en la estructura social, la historia del individuo o grupo, en otras palabras, dependen de los intereses en juego (Giménez, 1999). Es tal la influencia del contexto que puede decirse que comprender una representación “es, ante todo, comprender un estado de la misma en un momento dado” (Rateau y Lo Monaco, 2013, p. 26).

Una representación social tiene como propiedad fundamental ser histórica. Esto significa, por una parte, que procede de la historia comprendida como devenir de las sociedades, por otra parte, que tiene en sí misma una historia comprendida como desarrollo lógico-temporal que articula típicamente génesis, transformación y decadencia (Rouquette, 1994 p. 179).

Esto hace de las representaciones un producto del devenir, pero a la vez un producto que él mismo deviene, cuya esencia es el cambio permanente.

Este conocimiento es organizado, se solidifica hasta constituir estructuras explicativas con las cuales los sujetos dan sentido a todo el mundo social y se comunican (Farr, 1984 como se citó en Araya, 2002). Estas estructuras también tienen carácter cognitivo-afectivo (Páez, 1987, como se citó en Araya, 2002). El prejuicio, los grupos, la estructura social, las costumbres, todas esas formas de interacción social están mediadas por las representaciones sociales.

Ibañez (1988) las define como pensamiento constituido a la vez que pensamiento constituyente. Constituido porque han sufrido un proceso de construcción que las hace determinar las interacciones de la vida social a manera de estructuras preformadas desde las que se interpreta la realidad y se efectúa la acción. Y constituyente porque intervienen activamente en la elaboración de la realidad, es la base a partir de la que se generan los objetos sociales. Dado que la realidad se construye socialmente, las representaciones sociales pueden tomarse como los

“bloques” de esta construcción e igualmente determinan a modo de cimiento las construcciones sociales futuras.

A su vez, constituyen un punto transversal para la comprensión de las prácticas, en la medida en que sus contenidos, motivados subjetivamente, constituyen la base de las prácticas sociales. En otras palabras:

(...) las representaciones constituidas y algunas veces profundamente ancladas en la historia de la colectividad permiten explicar las elecciones efectuadas por los individuos, el tipo de relaciones que establecen con los copartícipes, la naturaleza de su compromiso en una situación o sus prácticas cotidianas (Abric, 2001c p. 206).

Para Moscovici (1988, como se citó en Spink, 1993, p. 48) las representaciones sociales son la interface entre dos realidades: una realidad psíquica que condensa imaginación y sentimiento; y una realidad externa que tiene lugar en la colectividad y se sujeta a normas grupales.

La revisión de Rateau y Lo Monaco (2013) las define como sistemas de opiniones, conocimientos y creencias que son propias de una cultura, una categoría o un grupo social, que se estructuran en un complejo de elementos cognitivos con cuatro características: En primer lugar, está compuesto de ideas que se organizan en una estructura sistemática, compuesto de una serie de elementos que guardan relaciones entre sí. En segundo lugar, las ideas que lo conforman son compartidas por un grupo social, siendo un consenso relativo que depende de la homogeneidad del grupo y la posición individual de sus integrantes. En tercer lugar, el conjunto de tales ideas es un complejo producido colectivamente por los procesos globales de comunicación y los intercambios interindividuales y de la exposición a la comunicación con

otros seres humanos y estructuras sociales. Por último, es socialmente útil, es decir sirven como guías para las interacciones sociales.

### ***3.2.3.1. Definiciones y elementos generales de las representaciones sociales.***

La definición de representaciones sociales tiene dos implicaciones. Una implicación cognitiva y una implicación social. En palabras de Giménez (1999, p. 86) “Las representaciones sociales constituyen sistemas cognitivos contextualizados que responden a una doble lógica: la cognitiva y la social”.

En primer lugar, son *representaciones* porque implican una relación cognoscitiva entre un sujeto (colectivo o individual) y un determinado objeto a través del acto de representar.

(...) toda representación social es representación de algo y de alguien. No es el duplicado de lo real, ni el duplicado de lo ideal, ni la parte subjetiva del objeto, ni la parte objetiva del sujeto. Constituye el proceso por el cual se establece su relación (Jodelet, 2008, p. 50).

Por lo tanto, siempre hay un objeto que es representado y un sujeto que lo representa mentalmente. Esto no significa que ese objeto representado y sujeto representante estén separados. Moscovici (1979) expresa que no hay un corte dado entre el universo exterior y el universo del individuo (o grupo), sino que, en el fondo, el sujeto y objeto no son heterogéneos en su comportamiento y existen en función de los medios y los métodos que permiten conocerlo.

Tal como lo expresa Jodelet (1984), representar es, por un lado, sustituir, es algo que remite a otra cosa. Una representación es un representante mental de algo que no está allí, un objeto, una persona, acontecimiento o idea, emparentando el concepto con el símbolo-signo. Por el otro, es re-presentar, hacer presente en la conciencia aquello que es el objeto de

representación. Por ende, es considerado el contenido mental concreto de un acto de pensamiento de forma que la idea sustituye simbólicamente algo no presente. La teoría de las representaciones sociales hereda de la corriente constructivista el entendimiento de que los procesos de representación se hallan en un continuo proceso de construcción y reconstrucción. Según Piaget (como se citó en Jodelet, 1984, p. 477), siempre hay un potencial creativo, un proceso en que el sujeto es actor y autor de esta construcción, y en cierto modo “dirige” el proceso de formación de perceptos, de imágenes mentales que él mismo ajusta a medida que se desarrollan. Moscovici (1979) es explícito acerca del potencial creativo inherente al proceso representativo. Ser capaz, por ejemplo, de dar una opinión sobre un objeto significa que el sujeto ya ha representado algo de este, que estímulo y respuesta se forman conjuntamente. La representación no es una reacción al objeto sino, en cierta medida, su origen.

Esto hace que, en el proceso de representar, la subjetividad juegue un papel activo en la imagen formada, y por lo mismo *significante*, o de atribución de significado. La representación social no es un reflejo el mundo exterior, como es concebido desde las teorías psicológicas clásicas; Jodelet (1984) explica que la representación no es una reproducción pasiva de un exterior en un interior concebidos usualmente como distintos. Son más bien una serie de imágenes, conjuntos figurativos, en que entra en juego la intervención especificadora de lo imaginario, individual o social, o de la imaginación.

Las representaciones, que son siempre de alguien, tienen una función expresiva. Su estudio permite acceder a los significados que los sujetos individuales o colectivos atribuyen a un objeto localizado en su entorno social y material, y examinar cómo tales significados están articulados a su sensibilidad, sus intereses, sus deseos y sus emociones, así como también al funcionamiento cognitivo (Jodelet, 2008, p. 52).

O en palabras de Rateau y Lo Monaco (2013) el individuo o grupo dispone de un sistema a priori para comprender el mundo, caracterizado por un pensamiento más relacional que racional. Por lo tanto, son imágenes representativas que se crean en un proceso subjetivo en que están en juego todas las formas subjetivas como el sujeto internaliza las figuras de la realidad externa, de las cuales la significación es indisociable tal como el anverso y reverso de una hoja de papel. Moscovici (1979) lo expresa de la forma:

$$\text{Representación} = \frac{\text{figura}}{\text{sentido}}$$

Con esto, el autor se refiere a que la representación hace que a toda figura corresponda un sentido o significado, y a todo sentido-significado corresponda una figura. Este proceso de simbolización inevitablemente se ve reflejado en el comportamiento. Para Jodelet (1984), incluso en las representaciones más elementales tiene lugar un proceso de elaboración cognitiva y simbólica que orientará los comportamientos. En palabras de Moscovici (1979), tales procesos de elaboración cognitiva son una preparación para la acción, dado que una representación social remodela y reconstituye los elementos del medio en que el comportamiento debe tener lugar. El comportamiento se integra a una red de relaciones en las cuales el objeto se encuentra inmerso, y a su vez proporciona una serie de nociones, de teorías y de un fondo de observaciones que hacen estables y eficaces las relaciones de esa red.

En segundo lugar, son *sociales*. Este carácter social se fundamenta, por un lado, en que no son únicamente representaciones individuales, sino que son en cierta medida compartidas. Citando a Lévy-Bruhl “un mito no es un mito si lo cree únicamente una persona” (como se citó en Moscovici, 1988 p. 221). Por otro lado, este carácter compartido implica necesariamente que

se construyen en una red de relaciones, interacciones e intercambios de tipo pragmático que el sujeto establece con su mundo social. Moscovici toma parcialmente el concepto de *representación colectiva de Durkheim* (1898 como se citó en Moscovici, 1988, p. 218), quien lo definía como unos cuerpos de conocimiento vastamente compartidos, tales como la ciencia, la religión, los mitos, las categorías de tiempo y espacio, etc., que consolidan una dicotomía entre los planos individual y colectivo, persona y sociedad, estabilidad e inestabilidad; la sociología durkheimiana bien puede resumirse en el estudio de la forma como las fuerzas de origen social se imponen de forma coercitiva sobre el individuo (Giddens, 1994), y como tal, el concepto de representación colectiva es el de un sistema de ideas ampliamente compartido que se impone hacia la conciencia individual, que las asume como si tuvieran una objetividad igual a la de las cosas naturales.

Sin embargo, el cambio de enfoque propuesto por Moscovici parte de que las representaciones tienen un carácter colectivo, en la medida en que están basadas de forma comunitaria y hay elementos compartidos por la mayoría de los miembros; igualmente, muchas representaciones son preexistentes al individuo y se le imponen con fuerza coercitiva (Moscovici, 1988).

No obstante, desde la noción durkheimiana sobre representaciones colectivas, estas no son notablemente modificadas con el paso del tiempo, siendo casi inmunes a las circunstancias sociales en que tienen lugar, mientras que el cambio de enfoque de las representaciones sociales supone que se encuentran en transformación permanente en el contexto de relaciones y acciones que también se encuentran en permanente construcción; de esta manera se podría abordar el evidente proceso de creación de nuevos contenidos y significaciones que se da durante los procesos de configuración mental y social, siendo esta flexibilidad un requisito para abordar la

forma como se transforman las mentalidades al ritmo de los cambios sociales (Moscovici, 1988). Por otro lado, son los objetos sociales los que son creados por el acto representativo del individuo, y no pueden seguir asumiéndose como hechos constrictivos, externos y disociados a la consciencia individual cuando es esta la que los articula en redes de significación social y práctica (Moscovici, 1979).

Como lo aclara Araya (2002), del proceso anteriormente descrito por Moscovici (1979), a partir del cual el objeto social es creado de acuerdo a la forma como se articula a la red de relaciones prácticas del mundo cotidiano, se desprende que las representaciones sean sociales porque facilitan la producción de procesos sociales. Crean una visión compartida de la realidad y un marco de referencia común, facilitando procesos de comunicación social. Se subraya la importancia, por ejemplo, de la conversación cotidiana, en la medida en que puede definirse como un lugar donde las personas, provistas de unos esquemas interpretativos socialmente adquiridos pueden construir y negociar el sentido de una interacción (Criado, 1991, como se citó en Araya, 2002).

Este carácter social se encuentra profundamente ligado a las funciones significantes de la representación.

“Se considera que el sujeto es productor de sentido, que expresa en su representación el sentido que da a su experiencia social”, dependiendo el carácter social de “la utilización de sistemas de codificación e interpretación proporcionados por la sociedad o de la proyección de valores y aspiraciones sociales” (Jodelet, 1984, p. 479).

Hablar de representaciones sociales implica hablar de imágenes vinculadas entre sí en formas diversas de acuerdo a las interconexiones entre las personas y los medios que sirven para establecer comunicación (Markova, 1987 como se citó en Moscovici, 1988).

*Procesos de la representación social: anclaje y objetivación.*

Jodelet (1984) menciona que las representaciones sociales, como conocimiento constituido y constituyente, están determinadas por una serie de procesos comunes a toda representación. En estos procesos se manifiesta la interdependencia entre la actividad psicológica y sus condiciones sociales de ejercicio. Es decir, el pensamiento social funciona con base en una serie de operaciones mentales que resumen una de sus funciones básicas: integrar la novedad. Estos mencionados procesos básicos constituyen las lógicas deductiva e inductiva del pensamiento social. Los procesos de objetivación y anclaje muestran la interdependencia entre la actividad psicológica y sus condiciones sociales de ejercicio, dándose un proceso de concreción de lo social en lo psicológico mediante la construcción de imágenes estructurantes y, al mismo tiempo, se configuran sentidos y significados para las prácticas humanas dentro de unos contextos socioculturales (Barrero, 2008).

La objetivación constituye el proceso deductivo del conocimiento social. Da cuenta de la influencia de la estructura social sobre la formación de representaciones, el reflejo de los conceptos abstractos en situaciones y objetos concretos, y cómo los esquemas constituidos participan en la formación de nuevas representaciones (Araya, 2002). Para Jodelet (1984) el dotar de una textura material a las ideas permite corporeizar conceptos abstractos en la experiencia cotidiana. Algunos objetos sociales son fáciles de objetivizar para los sujetos. Por ejemplo, una comunidad puede objetivar la representación del “amor” a través de los gestos afectuosos, las sensaciones corporales que dan los sentimientos, las manifestaciones de erotismo, los regalos, etc.

Sin embargo, el proceso de objetivación de conceptos más complejos, según Jodelet (1984) implica varias fases: En primer lugar, una selección y de descontextualización de los elementos de la representación o teoría. En segundo lugar, la formación de un núcleo figurativo desde el cual se producen una serie de imágenes mentales para cada elemento de la teoría, dando lugar a un conjunto gráfico que permite comprenderlos de forma individual y en sus relaciones. Y por último, una etapa de naturalización, a través de la cual relacionan estos núcleos figurativos dándoles características del universo conocido, preparando al sujeto para que se instrumentalicen en prácticas sociales. Sin embargo, el llevar a cabo el tránsito de abstracción a práctica social corresponde al proceso de anclaje.

El anclaje es el proceso inductivo del conocimiento social. El proceso de anclaje da cuenta de cómo las ideas sobre determinados objetos pasan a formar parte de las representaciones (Araya, 2002) siendo la estrategia del pensamiento social en la cual se “*integra la novedad*” (Jodelet, 1984). Es un proceso en mayor o menor medida sedimentario en el que se van enraizando socialmente la representación y su respectivo objeto, a raíz de asignar para ellos un significado y una utilidad.

Jodelet (1984) a su vez entiende el proceso de anclaje en una relación dialéctica con el proceso de objetivación. El anclaje articula tres funciones básicas de la representación social: Una función cognitiva de integración de la novedad a partir de una asignación de sentido. Una función de interpretación de la realidad; y una función de orientación de las conductas sociales.

La asignación de sentido o significado, en los procesos de anclaje, se da de acuerdo a una red de significados ya existente que incide sobre las relaciones establecidas entre los diferentes elementos de la representación. Jodelet destaca que la vertiente estructural (Abric, 1976 como se citó en Jodelet, 1984, p. 489) se encuentra fuertemente familiarizada con el proceso de anclaje y

objetivación en la medida en que ambos giran alrededor de un núcleo central de creencias que definen los procesos inductivos y deductivos del pensamiento social. A su vez, la función de orientación de las conductas sociales se desglosa en que los elementos de la representación, además de expresar relaciones sociales, contribuyen a construirlas.

El diseño de la presente investigación, dado que es de ocurrencia transversal, no consideró pertinente incluir los procesos de anclaje, en tanto necesitaría un estudio de tipo longitudinal. La violencia juvenil no puede considerarse un elemento precisamente “nuevo” en el universo significativo, al menos no para el momento histórico de la recolección de datos. No obstante, hay elementos suficientes para la generación de hipótesis acerca de las diferentes nociones y elementos que se objetivan en el imaginario y experiencia cotidiana de los actores.

*Grupos sociales como ámbito de representación.*

El proceso de formación de las representaciones sociales es indisoluble del contexto en que el sujeto representante se encuentra. Jodelet (2008) señala que el proceso de representación está ligado a diversos niveles de pertenencia del individuo, así como a una multitud de determinantes que interactúan con él. Lo social interviene de varias formas: por un lado, por el contexto histórico, social, cultural y político en que el individuo o grupo habita y con el que se relaciona todos los días; por el carácter y contenido de la comunicación que se establece entre grupos e individuos; por los marcos de aprehensión que proporciona su bagaje cultural (como los valores o normas); y a través de los códigos, valores e ideologías relacionados con las posiciones y pertenencias sociales específicas, en otras palabras, el lugar que ocupe el individuo o grupo dentro de la estructura social (Jodelet, 1984). Dada la relación entre la lógica significativa de la construcción de representaciones y el contexto social en que tiene lugar, el hecho de que un grupo o individuo construya una representación social de un modo particular depende

enormemente del contexto social en el que se encuentra, los sucesos, o fuentes de información que influyen permanentemente en su actividad cognitiva, o la valoración que el individuo mismo puede tomar de acuerdo a sus intereses.

La teoría señala una diferencia entre las representaciones que se generan, construyen y transforman en un ámbito reducido entre actores, y las representaciones que priman en grandes colectivos sociales. Es claro que:

(...)“la diferenciación entre representaciones colectivas y representaciones sociales es muy fácil de establecer: entre más se trata de consenso inter-grupos, a propósito de un objeto o de un tema dado, más nos estamos acercando a una representación colectiva; inversamente, la existencia de polémica entre los grupos en torno del objeto o del tema, manifiesta la existencia de representaciones sociales diferentes” (Rouquette, 2011, p. 97).

Las representaciones sociales, tal como lo señala Abric (2001) son una estructura cognitiva en mayor o menor medida compartida que, incluso, tiene a menudo entre sus funciones el salvaguardar la identidad de los grupos.

Pero las representaciones sociales lo son, no tanto porque sean compartidas por un conjunto más o menos amplio de personas, sino porque se construyen con base en la naturaleza de unas relaciones simbólicas y pragmáticas compartidas por ese conjunto de personas (Araya, 2002). Por lo tanto, su carácter compartido no implica una relación pasiva y determinante entre pertenencia a un grupo y construcción cognitiva. No son la pertenencia a un grupo ni los determinantes individuales los que orientan el rumbo de una representación social, sino los procesos de intercambio significativo que tienen lugar en el marco de ese grupo. Según Castorina (2003, p. 12) “lo que permite calificar de sociales a las representaciones no son tanto sus soportes individuales o grupales como el hecho de que sean elaboradas durante los intercambios

comunicativos y la interacción en las instituciones”. El individuo está inserto en una sociedad con una historia y fondo de conocimiento culturales, pero también en una serie de grupos en los cuales existe una ideología, unas normas, valores e intereses comunes que en cierta forma los distinguen de otros grupos; no obstante, estos grupos a su vez están compuestos de individuos que a través de sus procesos de socialización van construyendo “una historia personal impregnada de emociones, afectos, símbolos, reminiscencias personales, procesos motivacionales, pulsiones, contenidos conscientes e inconscientes, manifiestos y latentes” (Banchs, 1991 como se citó en Araya, 2002 p. 32).

Esta relación entre las pertenencias sociales y el individuo constituyen uno de los aspectos más complejos de las representaciones sociales, en la medida en que diferentes formas y niveles de pertenencia interactúan de forma característica con el sujeto en la formación de representaciones. Ya en el pensamiento de Moscovici (1979, como se citó en Araya, 2002) se encuentra la idea de que las representaciones sociales no se polarizan ni hacia lo micro ni hacia lo macro, sino que existe una determinación central que se refiere a la cultura global de la sociedad en la que se insertan grupos y actores sociales, y una determinación lateral que corresponde al grupo particular en que se insertan las personas. La influencia de ambos modos de determinación no es unidireccional sino bidireccional: es decir, las personas se constituyen y constituyen unas representaciones sociales, pero de forma paralela constituyen su propia realidad e identidad social.

Estos niveles de pertenencia y estas formas de determinación basadas en lo social, para Jodelet (2008) deben entenderse desde tres esferas:

*Una esfera subjetiva.* Los procesos representativos son de una naturaleza cognitiva y emocional y dependen de una experiencia en el mundo cotidiano, de forma que el sujeto elige en

mayor o menor medida sujetarse o resistirse a una representación predominante de acuerdo a su historia personal. Es decir que ante la influencia de todas esas formas de pertenencia, el individuo tiene siempre una posición; Jodelet especifica que estos elementos individuales no entran en juego de modo sistemático, más bien su importancia relativa que depende del tipo de objeto representado y la situación en que se construye la representación (Jodelet, 2008).

*Una esfera intersubjetiva.* Esta se enmarca en los procesos de intercambio que tienen lugar acerca de determinados objetos de interés común, y que se desarrollan en relaciones más o menos cercanas en el mundo cotidiano que ya están establecidas para el individuo.

La esfera de la intersubjetividad remite a situaciones que, en un contexto determinado, contribuyen a establecer representaciones elaboradas en la interacción entre sujetos, especialmente las elaboraciones negociadas y producidas en común a través de la comunicación verbal directa. Son numerosos los casos que ilustran el papel del intercambio dialógico del que resultan la transmisión de información, la construcción del saber, la expresión de acuerdos o de divergencias a propósito de objetos de interés común, la interpretación de temas pertinentes para la vida de los participantes en la interacción, y la posibilidad de creación de significados o de resignificaciones consensuales (Jodelet, 2008, p. 52).

*Una esfera trans-subjetiva.* Esta esfera guarda grandes similitudes con la noción de representación colectiva durkheimiana (Moscovici, 1988); se sitúa en el campo de las representaciones colectivas y remite a todo lo que es común para miembros de un mismo colectivo, atravesando así lo subjetivo como lo intersubjetivo, de manera que también se refleja en las producciones discursivas y los intercambios verbales. Para Jodelet (2008) esta esfera contiene factores de influencia tales como las condiciones materiales de existencia, los sistemas

de normas y valores, el estado de las mentalidades, el espacio social y público, la difusión por medios de comunicación, los marcos impuestos por los funcionamientos institucionales, las hegemonías ideológicas, etc.

Pero lo que es común a estos factores es que son compartidos a gran escala y constituyen una especie de medio-ambiente de creencias asumidas para los sujetos bajo el modo de la adhesión o la sumisión, dentro del cual el ámbito de intercambios intersubjetivos ocupa apenas una pequeña parte. Sin embargo, por generalizadas que sean las representaciones que componen la esfera trans-subjetiva, estas no son en ningún caso totales, sino que transitan en un pequeño número de ámbitos y formas de relación posibles. Cada uno de estos modos de relación se denomina *horizonte*.

### ***3.2.3.2. Orientaciones teóricas y metodológicas en representaciones sociales.***

De acuerdo a Banchs (2000) las representaciones sociales bien pueden constituir tanto una teoría como un enfoque, o más bien un conjunto de enfoques. Dichos enfoques marcan un estilo de trabajo vinculado estrechamente con los objetivos del investigador y con la forma de entender y acercarse al objeto de investigación. Para la época de Jodelet (1984) podían identificarse por lo menos seis perspectivas distintas dentro del paradigma de representaciones sociales. Estas perspectivas eran:

- Una perspectiva cognitiva orientada experimentalmente al estudio de las representaciones basada en las interacciones y estímulos sociales y la pertenencia.
- Un enfoque que acentúa los aspectos significantes de la actividad representativa, y centrado en los aspectos imaginarios en el seno de los grupos.
- Una corriente que trata la representación como una forma de discurso y estudia las situaciones de comunicación a partir de las pertenencias sociales.

- Una óptica orientada a la práctica social, que estudiaba al *actor* situado en una posición o lugar social cuyas normas institucionales e ideología refleja en su comportamiento.
- Una perspectiva orientada a las relaciones intergrupales que tenían de interface las representaciones sociales de los grupos.
- Una perspectiva sociologizante considera al sujeto como el portador de determinaciones sociales y estudia la reproducción de esquemas de pensamiento socialmente establecidos.

Sin embargo, con la popularización del enfoque en los años 90, la consolidación de las vertientes teóricas y la relativa estandarización de las perspectivas metodológicas, las distintas perspectivas han ido encontrando puntos de simplificación adecuados a las exigencias teórico-prácticas.

Una revisión reciente (Rateau y Lo Monaco, 2013) argumenta que, pese a que los investigadores interesados en el tema de las representaciones sociales concuerdan con sus definiciones y elementos generales, la historia del concepto da cuenta del desarrollo de varias orientaciones teórico prácticas que se diferencian en cuanto a los campos de investigación, objetivos del conocimiento y metodología de la investigación. Rateau y Lo Monaco (2013) asumen dichas orientaciones como *modelos*, a saber, el modelo *sociogenético*, modelo *estructural*, y modelo *sociodinámico*. Banchs (2000) ofrece una clasificación similar. Una es la línea procesual, cuyo desarrollo es muy cercano a la propuesta original de Moscovici y orientada a comprender las representaciones sociales en su complejidad a partir de su proceso de construcción, desarrollada por Denise Jodelet (1984).

Otra es la línea estructural, desarrollada en por Jean Claude Abric, que se enfoca al estudio de la estructura de las representaciones sociales, construyendo para ello la teoría del Núcleo Central (2001a). Una tercera línea más sociológica es la desarrollada por Doise, que se

pregunta por las condiciones de producción y circulación de las representaciones sociales (Banchs, 2000), no obstante, este último no es tan predominante en comparación con los otros dos.

*Modelo procesual o sociogenético.*

Es un enfoque clásico, basado en la propuesta inicial de Moscovici (1979) y orientado ontológicamente al *proceso* constitutivo y no a la estructura de las representaciones sociales, y metodológicamente al estudio discursivo y análisis del contenido (Banchs, 2000). Para Spink (1993) el centro de atención de este enfoque es la reinterpretación continua del proceso de elaboración de las representaciones en el espacio de interacción, desde una perspectiva psicosocial de las representaciones. Las representaciones sociales, dependiendo del contexto social y la realidad interna de los sujetos, tienen siempre un carácter particular y único, dado que el proceso que da lugar a ellas es situado social e históricamente.

Rateau y Lo Monaco (2013) identifican como autores predominantes de este enfoque a Moscovici y Jodelet, y como premisas características la atención sobre los procesos dialécticos de anclaje y objetivación a través del tiempo, y una preferencia por las metodologías cualitativas de investigación, incluyendo las entrevistas en profundidad, el análisis documental y de prensa.

*Modelo estructural o de núcleo central.*

Es un enfoque empiricista enfocado al contenido de la representación y a los procesos de tipo cognitivo (no necesariamente simbólicos) implicados en la representación social. Establece que las representaciones sociales tienen una estructura que consta de un núcleo central alrededor del cual se articulan ideas auxiliares o periféricas que las soportan y explican. Estas ideas son

generadas desde ese núcleo a través de la inferencia, o bien por la articulación de nuevas ideas a él. El núcleo central es resistente al cambio (Abric, 2001a).

Según Rateau y Lo Monaco (2013) los principales impulsores de este enfoque son Flament y Abric, y esta vertiente paradigmática tiene preferencia por las metodologías cuantitativas experimentales y los análisis cuantitativos, aunque Abric (2001b) sugiere fuertemente que debe implementarse diseños multimetodológicos, en la medida en que pueda abordarse conjuntamente el contenido y la estructura de los elementos de la representación social.

*Modelo sociodinámico o sociocultural.*

El modelo sociodinámico (Rateau y Lo Monaco, 2013) o sociocultural (Banchs, 2000) se basa en el proceso de anclaje, y propone un modelo teórico que busca conciliar la complejidad estructural de las representaciones sociales con su inserción en los contextos sociales e ideológicos plurales.

Los autores generalmente asociados al enfoque son Doise y Clémence. Según Doise (1986, como se citó en Rateau y Lo Monaco, 2013, p. 32) las representaciones deben contemplarse dentro de una dinámica social que ubica a los actores sociales en una situación de interacción, en la cual los individuos toman posiciones que son características de su afiliación social. La influencia de la pertenencia como esquema cognitivo a partir del que se interactúa durante los actos comunicativos lleva a considerar como concepto central el *anclaje*. En lo que corresponde a las metodologías predominantes, el enfoque se caracteriza por los análisis de escalamiento multidimensional, interesándose por los contenidos lexicales y el análisis factorial de correspondencias.

### 3.2.3.3. *El modelo estructural o de núcleo central.*

Profundizar en el modelo estructural, más que nada en comparación con el modelo procesual, implica primeramente realizar una separación entre lo entendido por *procesos* y *contenidos*. Para Moscovici (1982, como se citó en Banchs, 2000, p. 3), la diferencia generalmente es entendida de modo que se asigna al concepto de proceso una generalidad universalista, mientras que al contenido se lo entiende como ubicado y determinado culturalmente. Según Spink (1993) la dicotomía entre proceso y contenido es una de las paradojas más importantes entre los conceptos de la noción de representación social: contenido y proceso son tan intrínsecos a las representaciones sociales que separarlos sería introducir una falsa dicotomía, para lo cual requieren una definición concreta.

El contenido puede enfocarse hacia lo permanente, tal como en las investigaciones orientadas históricamente, o puede enfocarse hacia la diversidad. Mientras tanto, los procesos pueden restringirse a los aspectos sociocognitivos del procesamiento de la información, o pueden delimitarse a la funcionalidad de las representaciones sociales en la creación y mantenimiento de las prácticas sociales.

El contenido, menciona Spink (1993) siempre será una expresión del contexto social en el que es producido, un contexto que representa un aquí y un ahora. De ahí que toda pregunta por el contenido tenga que ser ubicada históricamente. El contenido, sin embargo, no es una recombinación de saberes arcaicos heredados, aunque sean preexistentes al individuo, sino que están en proceso permanente de producción. El proceso, en cambio, puede verse desde una perspectiva psicosocial desde un ámbito de procesamiento de la información (puede concebirse como proceso *cognitivo*), pero también puede asumirse desde la práctica, del punto de vista del rol que juega la representación social en cuestión en crear y mantener el orden social específico.

Con esto en mente, la perspectiva estructural se ocupará de establecer la estructura de una representación social en un momento determinado en el tiempo. Araya (2002) señala que aun cuando se utiliza la palabra *proceso* en investigaciones de la vertiente estructural, usualmente se refieren a procesos cognitivos intervinientes, tales como la memoria o la cognición.

La posición estructural se caracteriza porque su punto de partida es una ontología que a su vez fundamenta una comprensión teórica de las representaciones sociales, que en últimas justifica un conjunto de procesos metodológicos. Sobre esta ontología, para Flament (2001), una representación social es un conjunto organizado de *cogniciones* tanto prescriptivas como descriptivas alrededor de un *objeto*, *compartidas* por los miembros de una población que es más o menos homogénea con respecto al objeto. Cuando se dice que una cognición es prescriptiva, determina una forma de actuar, funcionar o ser, un lazo fundamental entre cognición y la conducta que le corresponde, mientras que las descriptivas identifican los objetos sociales según características. En todo caso, estas cogniciones tienen un forma de estructuración, funcionan como un sistema jerarquizado y funcional (Abric, 2001a).

Las representaciones se componen siempre de un núcleo central relativamente consistente, y de una periferia más elástica, movediza, que constituye la parte accesible, vívida y concreta de la representación. A grandes rasgos, estos elementos periféricos se constituyen de estereotipos, creencias e informaciones que “protegen” al núcleo central, acogiendo, acomodando y absorbiendo las novedades incómodas (Giménez, 1999). Esta escuela se focaliza sobre la estructura de las representaciones sociales haciendo uso de método experimental o de análisis multivariados que permitan identificar tal estructura (Banchs, 2000).

La ontología sociocognitiva de las representaciones sociales hace pertinente abordar el enfoque a partir de tres puntos de vista: los elementos que conforman el sistema de

representaciones sociales, las funciones que tienen las representaciones tanto en sí mismas como la de cada uno de sus elementos internos, y cómo esta ontología determina los mecanismos por los cuales se construye conocimiento en la investigación científica.

### *Estructura de las representaciones sociales*

El enfoque estructural establece que la representación social es un conjunto organizado y las creencias que hacen parte de ella se pueden organizar jerárquicamente. El “*núcleo central*” de las representaciones sociales se encuentra ligado a condiciones históricas, sociales e ideológicas considerablemente profundas y define los valores más fundamentales del grupo, se caracteriza por la estabilidad y por la coherencia y se mantiene, sin embargo, una independencia relativa del contexto inmediato (Guimelli, 1994). Este núcleo central según Abric (2001a) tiene dos funciones:

- **Función Generadora:** Otorga sentido a las unidades de información que adquiere el sujeto y los incorpora a la estructura, a su vez, genera conclusiones y explicaciones que van poco a poco ensanchando el cuerpo de representaciones secundarias.

- **Función Organizadora:** Organiza los elementos de la representación a través de dos dimensiones: Una dimensión normativa que proviene de la escala de valores del individuo, en referencia a lo deseable, y hace que el individuo tenga una valoración positiva o negativa hacia cada elemento de la representación, tiene como fuente lo socioafectivo, ideológico o social, y se manifiesta a través de normas, estereotipos, actitudes. Y una dimensión funcional: Guiada por la operatividad de las prácticas. Atribuye a la representación un carácter funcional, es decir, explica el funcionamiento de un objeto y genera unas prácticas operacionales que guían las acciones del sujeto.

Como prosigue Abric (2001a), el núcleo central se rodea de unas ideas secundarias o periféricas que son resultado del anclaje, así como a su vez son el reflejo del proceso de objetivación. Cumplen tres funciones: Concretan la lógica del núcleo central en los problemas cotidianos, integrando los elementos de la situación en que la representación se produce. Adaptan la representación a un contexto que es, por definición, cambiante. Y protegen el núcleo central de la evidencia que lo pone en duda, creando explicaciones que disminuyen el conflicto cognitivo entre las creencias centrales y la información nueva. Por tal razón es muy difícil que el núcleo central varíe, ya que los cambios y elementos nuevos de la realidad externa son interpretados y reconstruidos, y en muchos casos absorbidos de una manera que resulta coherente para el sujeto que representa.

#### *Funciones de las representaciones sociales.*

Para Abric (2001a) las representaciones sociales son sistemas indisociables del medio, y que cumplen una serie de funciones determinadas por la relación del individuo y el grupo ante este. En primer lugar, detentan una *función de saber*. Permiten entender y explicar la realidad, conformando un corpus práctico de sentido común, facilitando la creación de un marco de referencia para dar sentido a los actos de comunicación. En otras palabras, son parte del esfuerzo del hombre por comprender y por comunicar. En segundo lugar, definen una identidad, una forma de relación de un grupo frente a los otros, función que generalmente incluye una sobrevaloración de las características o producciones del grupo, protegiendo la imagen positiva del grupo de pertenencia. En tercer lugar, son guías para la acción, precodifican la realidad con el fin de crear una matriz hipotética de anticipaciones y expectativas y reflejan la naturaleza de las normas morales y de los lazos sociales, o en palabras de Flament (2001), cumplen una *función prescriptiva*. Por último, tienen una función justificadora; si al establecerse como guías para la

acción utilizan un razonamiento apriorístico, también otorgan razones *a posteriori* para justificar los comportamientos de un grupo que son adoptados frente a otro grupo, a menudo después de perpetrados; de esta manera, se perpetúan y justifican la diferenciación social, se mantienen los estereotipos, se establece la discriminación o se mantiene una distancia social entre grupos.

### *Metodología de la investigación en el modelo*

La vertiente estructural constituye, en su fundamentación, una apuesta por una fundamentación epistemológica empiricista. Jodelet (como se citó en Banchs, 2000, p. 8) identifica que las investigaciones estructurales siempre se realizan a partir de los contenidos representativos, sin importar si son campos estructurados o núcleos estructurantes. Normalmente, primero se identifican los constituyentes de las representaciones (informaciones, imágenes, creencias, valores, opiniones, elementos culturales, ideológicos, etc.) y posteriormente se despejan las estructuras elementales. Para Abric (2001b) el abordaje de las representaciones sociales requiere obligatoriamente de un análisis de su contenido tanto como de su estructura, por lo cual propone un esquema investigativo de tres tiempos lógicos.

1. Identificación del contenido: El alcance de este tiempo es descriptivo, y puede incluir *técnicas interrogativas*, tales como la entrevista o el cuestionario, los dibujos, las tablas inductoras y los monográficos; así como también *técnicas asociativas*, como la asociación libre, las cartas asociativas, etc.
2. Estudio de las relaciones: Tiene un alcance analítico y busca, con los datos recogidos en el primer tiempo lógico, establecer relaciones, jerarquías o identificar factores centrales de la representación mediante convertir el material cualitativo en datos matemáticos. En el mejor de los casos, esta etapa permite por lo menos identificar el núcleo central, de manera que se pueda establecer alguna hipótesis. Entre sus técnicas

están las elecciones sucesivas, tríos jerarquizados sucesivos, composiciones de pares de palabras o composición de conjuntos de palabras.

3. Control de la centralidad. Tiene un alcance experimental. Busca verificar la hipótesis determinada a través de técnicas que contrastan el núcleo central. Técnicas de este tipo son el método de inducción por guion ambiguo, el cuestionamiento del núcleo central, y los esquemas cognitivos de base. La hipótesis nula siempre es que el núcleo central se mantiene. Si cambia, es muy probable que la hipótesis esté errada.

Por último, Abric (2001b) señala la necesidad de un acercamiento plurimetodológico. El análisis de las representaciones sociales debe abarcar su contenido, su estructura interna y su núcleo central. No existe técnica hasta el momento que permita conjuntamente recoger estos tres elementos

## 4. Objetivos

### 4.1. Objetivo general

Describir las representaciones sociales sobre la violencia juvenil construidas por actores sociales integrantes de la Mesa de Resiliencia de la ciudad de Medellín.

### 4.2. Objetivos específicos

- ❖ Describir el contenido de las representaciones sociales en torno a la violencia juvenil.
  
- ❖ Analizar la organización y relaciones existentes entre los elementos que conforman estas representaciones sociales.

## 5. Método

### 5.1. Tipo de investigación

La presente es una investigación de tipo transversal en su ocurrencia en el tiempo, y de tipo descriptivo-analítico de acuerdo al alcance y carácter del conocimiento a construir. La investigación, por lo tanto, se desarrolló bajo una aproximación descriptiva-analítica. La tipología establecida por Crabtree y Miller (1992) muestra que según el objetivo de la investigación, pueden identificarse las siguientes cinco clases de preguntas científicas: de *identificación*, de *descripción*, de *generación de explicaciones*, de *prueba de explicaciones* y de *control*, de acuerdo al alcance y complejidad del logro cognitivo a alcanzar.

El alcance de la investigación descriptiva responde a preguntas descriptivas sobre el objeto de estudio tales como “¿qué es?”, “¿cómo es?”, “¿dónde se ubica?”, “¿cuál es su composición?”, “¿cómo están interrelacionadas sus partes?”, “¿cuánto?”, las cuales respectivamente se ocupan de la esencia, características, lugar, composición, configuración y magnitudes del objeto de interés (Ander-Egg, 1984, como se citó en Cerdá, 2000) sin pasar a preguntas de carácter inferencial o explicativo. De esto se desprende que la investigación descriptiva sea una de las formas más elementales dentro del proceso investigativo, ya que se aboca a la resolución de preguntas esenciales para la construcción de conocimiento (Cerdá, 2000).

En consecuencia, en las ciencias sociales, la investigación descriptiva tenderá a perseguir metas cognitivas tales como: caracterizar globalmente un objeto de estudio, determinar el o los objetos sociales que tienen ciertas características, describir el contexto de un fenómeno, describir las diferencias que se dan entre dos o más subgrupos de una población objeto de estudio,

describir las partes o categorías o clases en las que se compone el objeto, describir el desarrollo o evolución del objeto, y por último, describir las relaciones del objeto de estudio con otros (Cerdá, 2000).

Crabtree y Miller (1992) muestran que dentro de la investigación de alcance descriptivo, hay tres orientaciones. *Descripción cuantitativa*, basada en estadística descriptiva para identificar la distribución, prevalencia, incidencia y magnitudes de uno o más fenómenos. *Descripción normativa*, que apunta a identificar las normas y valores de los fenómenos (O'Connor, 1990 como se citó en Crabtree y Miller, 1992, p. 6) y *descripción cualitativa*. La *descripción cualitativa* utiliza métodos cuantitativos o cualitativos, más que nada estos últimos, para explorar los significados, variaciones y experiencia perceptual de los fenómenos, a menudo con el fin de captar lo holístico e interconectado de los elementos que conforman su naturaleza.

Crabtree y Miller (1992) establecen también que para las cinco clases de interrogantes científicos anteriormente descritos, los alcances de identificación, descripción y generación de explicaciones tienden a utilizar predominantemente metodologías cualitativas, mientras que los métodos cuantitativos suelen ser empleados para estudios confirmatorios y de control, aclarando que esta correspondencia se da con base en tendencias y no corresponden a preceptos rígidos.

Por último, el sentido de lo analítico como tipo de investigación está dado por el carácter del conocimiento a alcanzar, dentro del campo del amplio abanico de interrogantes descriptivos. Más que describir el contenido de las representaciones sociales, la presente investigación apunta a dilucidar algunos de sus elementos centrales y crear hipótesis sobre las relaciones entre ellos. Hurtado de Barrera (2010) menciona que la profundidad de investigación analítica trasciende de un conocimiento meramente perceptual a un conocimiento de tipo aprehensivo, y que la

interpretación y valoración de los datos la diferencian de otros niveles de investigación, sin llegar al control de variables ni a establecer hipótesis de tipo inferencial.

## 5.2.Diseño

Según la clasificación presentada por López (2001), y siguiendo el modelo de tres paradigmas de Crabtree y Miller (1992) la forma de entender la realidad social que subyace al presente diseño metodológico parte del paradigma *interpretativo* o de indagación constructivista, que se manifiesta en la elección de un diseño cualitativo con escogencia mixta de técnicas basado en la propuesta multimetodológica de Abric (2001b).

Según Guba (1990), un paradigma consiste en un conjunto de preconcepciones en mayor o menor medida estereotipadas sobre la realidad (ontología), el conocimiento de esa realidad (epistemología) y procederes característicos para llegar a ese conocimiento de la realidad (metodología). Los textos epistemológicos tempranos de Habermas (1968, como se citó en Crabtree y Miller, 1992, p.8), muestran que existen por lo menos tres tipos de racionalidad, entendiendo esta en el sentido sociológico del término, es decir, como la funcionalidad que la sociedad atribuye a un elemento determinado, en este caso, la actividad científica. Basados en el pensamiento habermasiano, Crabtree y Miller (1992) distinguen tres paradigmas: Un paradigma de *indagación materialista*, de epistemología positivista, basado en la externalidad y control de los fenómenos y que persigue una racionalidad técnico-científica de explicación, predicción y control. Un paradigma de *indagación constructivista*, interpretativo, naturalista y basado en el carácter construido e histórico de la realidad social, y que persigue una racionalidad práctica, abocada a la ubicación, orientación, comprensión e interpretación de los fenómenos y en el sentido atribuido por los sujetos. Y un paradigma de *indagación crítica-ecológica*, de

racionalidad emancipadora, orientado a la develación de las relaciones de poder y la transformación de la realidad social (Crabtree y Miller, 1992).

El carácter cognitivo, construido, vivencial, histórico e intersubjetivo de las representaciones sociales (Jodelet, 2008), así como el alcance descriptivo establecido en la investigación, hacen pertinente adoptar, para esta investigación, los supuestos y asunciones sobre la realidad, el conocimiento y el proceder metodológico que corresponden al paradigma interpretativo o de indagación constructivista.

Por último, como enfoque, se adopta la línea estructural de las representaciones sociales. Entendiendo por *enfoque* una perspectiva investigativa orientada por intereses teóricos, epistemológicos y metodológicos para conocer la realidad en su complejidad (López, 2001), se considera que las representaciones sociales no solo constituyen un cuerpo teórico, una teoría del pensamiento social, sino también un enfoque de investigación con por lo menos tres líneas diferenciadas (Banchs, 2000). El enfoque de las representaciones sociales, concretamente en su línea estructural, se caracteriza no solo por proveer un modelo teórico para entender la estructura del pensamiento social, sino también por proponer procedimientos metodológicos para la recolección y análisis en el proceso investigativo.

La línea de la escuela estructural introduce al enfoque la posibilidad de determinar con mayor o menor exactitud una estructura central de las representaciones sociales, un asunto entendido originalmente como predominantemente intersubjetivo, mediante el uso de metodologías cuantitativas creadas para tal efecto. Abric (1994, como se citó en Rodríguez, 2007) establece que las técnicas cuantitativas permiten *cuantificar y estandarizar* elementos de las representaciones con el fin de dar cuenta de lo social que subyace a la representación, por un lado, y, por el otro, controlar los sesgos subjetivos de los investigadores y participantes, siempre

presentes en el análisis de contenido. Tal posición del todo consensuada dentro del mismo enfoque: generalmente lo que se gana con ciertas metodologías se pierde con otras, por lo que la investigación en representaciones sociales ha generado “perspectivas más integrales que pugnan por la conveniencia de realizar triangulaciones entre métodos cuantitativos y cualitativos, o por evitar cualquier clase de purismo epistemológico” (Rodríguez, 2007, p. 170).

Con el fin de llevar acabo el análisis descriptivo, se empleó un diseño cualitativo basado en el diseño multimetodológico de la corriente estructural de las representaciones sociales (Abric, 2001b), propuesta que constituye, más concretamente, un diseño multi-técnica. El diseño, dada su orientación al contenido de la representación, es predominantemente cualitativo, pero se adoptaron técnicas cuantitativas de la línea estructural con el fin de establecer hipótesis sobre la organización de los elementos de la representación. Según Abric, (2001b) una investigación en representaciones sociales desde el enfoque estructural contiene tres tiempos lógicos sucesivos: un primer tiempo consistente en identificar el contenido de la representación; un segundo tiempo en el que se indaga por las relaciones entre elementos, su importancia relativa y su jerarquía, y un tercer tiempo en que se busca determinar y controlar de forma confirmativa el núcleo central. El alcance de la presente investigación se llega hasta el segundo tiempo lógico, esto es, permitir establecer hipótesis sobre las interrelaciones de los elementos de la representación, jerarquías y un acercamiento a su estructura, sin pasar al control del núcleo central.

La vertiente estructural de las representaciones sociales, pese a que contempla el pensamiento social como un asunto de orden intersubjetivo, propone agregar la utilización de técnicas cuantitativas específicas del enfoque con el fin de llevar al análisis más allá de una simple indagación por el contenido de la representación. Para Abric (2001b), es claro en que una concepción de la representación social desde la teoría del núcleo central requiere necesariamente

un acercamiento de tipo *multimetodológico*. Los procedimientos cuantitativos propuestos permiten con facilidad identificar aspectos como prioritizaciones, jerarquías e interrelaciones. Por lo tanto, la presente investigación propone un diseño que indague por el contenido a través de técnicas cualitativas, y crear hipótesis sobre las relaciones entre los elementos usando análisis cuantitativo, en consonancia con los recursos metodológicos propuestos por el enfoque.

### **5.3. Categorías analíticas preliminares**

El procedimiento analítico de la investigación cualitativa requiere generalmente de la organización de la información en una serie de categorías que permitan dar cuenta de los elementos que hacen parte del fenómeno, ya sea de forma descriptiva, funcional o relacional. El procedimiento escogido para la creación de dichas categorías es el propuesto por Galeano y Aristizábal (2008). Esta metodología propone partir de los objetivos de investigación para crear las categorías de primer orden, que constituirán los principales ejes para el análisis de la información. Posteriormente se establecen, dentro de cada una de estas, categorías de segundo, tercer y cuarto orden según la necesidad establezca.

La teoría de las representaciones sociales, herramienta teórica y metodológica escogida para comprender la forma como se construye la violencia juvenil en los actores sociales participantes, provee desde la *teoría del núcleo central* un entendimiento de las construcciones representacionales como una estructura que puede dividirse en ideas periféricas, cambiantes y volubles, que sustentan un núcleo central de ideas relativamente estables, que dan sentido a la información obtenida mediante el intercambio intersubjetivo y la experiencia individual, y que condicionan las prácticas sociales en torno al objeto o asunto que es representado (2001a).

En primer lugar, se adoptaron los tiempos lógicos del acercamiento *multimetodológico* de Abric (2001b), característico de dicho enfoque, a partir del cual se definieron los objetivos específicos de la investigación. A saber, estos se ocupan, en concordancia con los tiempos lógicos del modelo, de examinar el *contenido* de la representación y las *relaciones* existentes entre sus elementos. Estos dos objetivos dieron lugar a las categorías de primer orden.

El primer objetivo busca obtener un acopio de la mayor cantidad de ideas posibles asociadas al objeto de representación, en este caso la violencia juvenil, lo que se asumiría de forma provisional como el contenido de la representación. Los tipos de ideas que se pueden encontrar en una representación social son abundantes, por lo que se consideró pertinente delimitar la clasificación de estas ideas en tres categorías de segundo orden, según la función que cumplen las representaciones sociales.

Se determinó establecer dos categorías, concernientes a la *descripción* y a la *explicación* de la realidad social en consonancia con la primera función. Se estableció una tercera categoría correspondiente a la *praxis*, en donde se englobarían las otras dos funciones, siendo prioridad la de orientación del comportamiento.

En consonancia, la delimitación conceptual de la estructura de la representación, teniendo en cuenta que no se considera en este estudio la confirmación y control del núcleo central, orientó la creación de categorías de segundo orden dentro de la categoría *estructura*. Estas nuevas categorías darán cuenta de posibles relaciones entre los elementos del contenido.

#### 5.4.Participantes

Se escogió para este estudio a actores sociales que participaron en la Mesa de Resiliencia de la ciudad de Medellín durante su último año de actividad. Un actor social se define como una entidad (individual o colectiva) organizada en torno a algún asunto o problema, sobre el cual tiene algún tipo de poder de decisión o acción, y cuyos miembros comparten tres elementos: una unidad de referencia a la que representan al actuar y dentro de la que poseen roles establecidos (por ejemplo, una organización); unos elementos preferenciales (intereses, normas e identidad); y unas orientaciones cognitivas que determinan los cursos de acción por los cuales el actor considera que puede optar para la consecución de sus fines (Scharpf, 1997, como se citó en García, 2007). Según Sabatier y Jenkins-Smith (1999), los actores se agrupan y movilizan recursos para incidir en las decisiones en la medida en que comparten, en mayor o menor medida, un sistema de creencias.

El término “actores sociales” se asume en este trabajo en una acepción colectiva. Cada una de las organizaciones participantes en la Mesa de Resiliencia constituye un *actor*. En contraposición, cada individuo participante que representa al *actor*, se optó por denominar *participante*. Se entiende entonces, desde la perspectiva de Sabatier y Jenkins-Smith (1999) que los actores en cuestión, por un lado, comparten una serie de características e intereses que los consolidan en mayor o menor medida como grupo (en este caso, más concretamente, como una red), y por otro, buscan tener un impacto en la sociedad mediante su participación directa e indirecta en la reflexión e implementación de las políticas públicas de promoción de la resiliencia, al estar la Mesa supeditada al proyecto Caminos para la Resiliencia cuya finalidad fue precisamente esa durante su ejecución.

Como recalcan Sabatier y Jenkins-Smith (1999), las políticas públicas, que representan la respuesta social y política hacia lo que es considerado como problemas sociales, se transforman a partir de fuerzas que actúan en un subsistema. Los actores sociales son quienes originan esas fuerzas, dado que con sus interacciones buscan incidir sobre las decisiones de un área, asunto o problema de política.

En esta investigación, participan actores sociales que se reúnen en la Mesa de Resiliencia al poseer interés de algún tipo en los procesos de promoción de resiliencia y juventudes. La Mesa de Resiliencia es un espacio mixto en el que se reúnen diversas organizaciones que realizan intervención social y a las cuales las agrupa un interés compartido en conocer sobre resiliencia, discutir sobre problemáticas sociales y realizar procesos de articulación y trabajo en red, adelantar iniciativas de diversa índole para promover procesos resilientes en la ciudad. Las representaciones sociales se construyen en la interacción cotidiana fundamentalmente a través del intercambio verbal (Jodelet, 1984), y la Mesa de Resiliencia constituye un entorno de apropiación social del conocimiento donde se efectúa un intercambio verbal relativamente constante en torno a temáticas entre las que se encuentran la *violencia* y los *jóvenes*.

Este estudio reconoce que, si bien no se puede afirmar que los actores asistentes a la Mesa posean entre ellos un sentido de grupalidad (es más acertado decir que conforman una *red*), los actores de la muestra seleccionada comparten una serie de elementos comunes que, partiendo del supuesto de que las representaciones sociales se construyen en gran medida a partir del intercambio verbal y unas condiciones de emergencia más o menos compartidas (Araya, 2002), pueden condicionar la forma como ciertos aspectos de la representación social de la violencia juvenil son construidos.

Entre estos elementos comunes se encuentra el rol que juegan en la estructura social, siendo los miembros más constantes instituciones que realizan intervención social, ofrecen servicios educativos y tienen acercamientos investigativos a la realidad social. Igualmente, los actores participantes tienen entre sus poblaciones beneficiarias a niños y jóvenes y participan de los intercambios discursivos acerca de temáticas a nivel de ciudad que se dan al interior de la Mesa. Eso sumado a coexistir en el contexto de la ciudad de Medellín, marcado por una dinámica histórica característica de violencia que afecta a los jóvenes como participantes y víctimas, pero se basa en un sinnúmero de aristas de la vida social, concretamente la cultura, economía, la percepción de seguridad y la apropiación del territorio. Algunos actores incluso tienen ámbitos de actuación en sectores y poblaciones donde las manifestaciones de la violencia se encuentran de forma arraigada en la cotidianidad de tales entornos de vida.

#### **5.4.1. Criterios de inclusión y exclusión.**

Para escoger los *actores*, se determinó que fuesen organizaciones que cumplieren con 4 características:

- Participar activamente en la Mesa de Resiliencia (por lo menos cuatro asistencias en el transcurso del año 2015).
- Tener un ámbito de acción dentro del Valle de Aburrá (Medellín o Área Metropolitana).
- Incluir dentro de sus poblaciones beneficiarias a adolescentes y jóvenes.
- Intervenir directa o indirectamente sobre situaciones de violencia juvenil.

Para escoger a los representantes de estas instituciones, es decir, los *participantes*, los criterios de inclusión fueron:

- Mayoría de edad.

- Participación voluntaria en las diferentes actividades de la presente investigación.
- Tener una incidencia significativa sobre las prácticas de la organización o actor, más que nada, en torno al objeto de representación. Por lo tanto, cumplir roles influyentes dentro de la institución como coordinadores, directores, investigadores o similares.
- Ser asistente a la Mesa de Resiliencia como representante del actor social (por lo menos 4 asistencias en el transcurso del año 2015).

Como criterios de exclusión, por razones éticas se determinó excluir a menores de 18 años. Igualmente, por razones epistemológicas y metodológicas se excluyó para la muestra a participantes de la Mesa que no tuvieron una participación activa durante el año 2015, dado que no han participado del proceso de construcción interpretativa sobre violencia que se ha desarrollado en la Mesa durante la segunda mitad del año, o que no poseen influencia o un conocimiento claro en la forma como interviene sobre el problema la institución a la que representarían.

#### **5.4.2. Muestreo**

La muestra de participantes se escogió de manera intencional, realizando lo que de acuerdo a Hernández, Fernández y Baptista (2010) se denomina *muestreo mixto*, que combina el muestreo *homogéneo* y el muestreo por *conveniencia*. El muestreo homogéneo selecciona casos que tengan entre sí una semejanza considerable para profundizar en un determinado aspecto del tema a investigar, por lo que se establecieron los criterios de inclusión-exclusión mencionados anteriormente. El muestreo por conveniencia selecciona los casos que se adecúan a las posibilidades de acceso a la población.

El equipo de coordinación de la Mesa de Resiliencia fue un informante clave para conocer cuáles eran los actores e instituciones (y sus respectivos representantes) cuya participación fuese más significativa y constante en la Mesa de Resiliencia, además de facilitar el contacto y acceso a tales instituciones. Se escogieron cuatro actores sociales para constituir la muestra y de ellos, seis participantes que los representarían.

### **5.5. Plan de recolección**

La etapa de recolección de datos se desarrolló en un procedimiento de dos fases. Una vez se definieron las categorías preliminares y escogido las técnicas del enfoque estructural, se procedió a elaborar una guía de entrevista semi-estructurada, y elaborar los formatos de cartas asociativas.

Una primera fase de recolección de datos incluyó el acercamiento a la población a través de la coordinación de la Mesa de Resiliencia, se escogieron a los actores sociales de mayor antigüedad y con presencia más constante en las sesiones del espacio, y a través de una base de datos provista por la coordinación de la Mesa, se procedió a contactarlos. Antes de las sesiones de recolección con la muestra seleccionada, se probó el instrumento de carta asociativa para determinar que las instrucciones eran claras y su adecuación al ser aplicada junto con la entrevista. Después de este pilotaje se determinó que era adecuado efectuar primero la entrevista para después utilizar la carta asociativa siempre y cuando se utilizaran en la misma sesión.

En esta primera fase se contactaron a cuatro actores sociales representados por seis personas según criterios de inclusión de la muestra. En dos de los actores sociales se entrevistó a dos representantes, mientras que en cada una de las demás, solo a un representante, de acuerdo a la disponibilidad de representantes de cada actor que cumplieran con los criterios de inclusión.

En el transcurso de un mes se realizaron las seis entrevistas y se recogieron seis cartas asociativas.

Para la segunda fase se contó con colaboración de la coordinación de la Mesa de Resiliencia. Esta segunda fase de recolección incluiría la aplicación del instrumento de elecciones sucesivas por bloques, que se construyó tras analizar las cartas asociativas. Fue establecido un espacio de 15 minutos en una sesión de la Mesa de Resiliencia, acordado previamente con la coordinación, para que los representantes de las instituciones participantes en el estudio respondieran el instrumento. Únicamente dos de los participantes asistieron a esa sesión. Los otros cuatro participantes fueron contactados el mismo día, dos accedieron a responder el instrumento presencialmente y otros dos solicitaron que se le enviara online para ser respondido.

Después de ambas fases, se consideró que los datos pertinentes para la investigación se encontraban recogidos y se dio inicio a la fase de análisis.

Con respecto a los instrumentos empleados, el diseño de investigación multimetodológico propuesto por Abric (2001b) contempla tres tipos de técnicas, correspondientes a cada uno de los tiempos lógicos: Métodos de recolección de *contenido*, métodos de *identificación de la organización y de la estructura de la representación*, y métodos de *control de la centralidad*. En consonancia con el alcance descriptivo de la investigación, las técnicas e instrumentos corresponden a los dos primeros grupos. La descripción de los instrumentos de recolección se presenta a continuación:

### 5.5.1. Cartas asociativas.

Es una técnica de *recolección de contenido* basada en la asociación, inspirada en la técnica de la *carta mental*, de H. Jaoui (1979, como se citó en Abric, 2001b) que se utiliza para identificar los contenidos de la representación con base en las asociaciones mentales que tienen lugar en ella de manera automática. Es un derivado de la técnica de asociación libre de palabras. En una primera fase, se emplea un término inductor y como consecuencia, el sujeto o los sujetos generan asociaciones en forma de otras palabras y términos.

En una segunda etapa, se realiza lo mismo, pero no con un término inductor sino con dos, los cuales serán el término inicial y, uno por uno, los que el sujeto haya generado en la primera fase. Así, se forman cadenas asociativas. En una tercera fase, a cada una de estas cadenas asociativas se suman las nuevas palabras o términos que el sujeto verbaliza en la segunda fase, y se realiza el mismo procedimiento, ya no con dos términos inductores sino con tres. Abric (2001b) sugiere que, aunque se puede realizar la misma dinámica con cadenas de hasta más de cinco términos, la actividad se dificulta al superar las cadenas de tres.

Este método tiene como ventajas que es relativamente rápido, necesita poco tiempo y esfuerzo por parte del sujeto y permite dar una idea no solo del contenido, sino de algunas relaciones existentes dentro de la representación, otorga elementos para el análisis cuantitativo y cualitativo (es decir, conteo de palabras así como análisis de relaciones significativas).

El instrumento a utilizar fue una matriz diagramada en blanco, como la que se propone en el texto de Abric (2001b) y puede verse en el segundo instrumento del apéndice C.

### **5.5.2. Elecciones sucesivas por bloques.**

Es una técnica de *identificación de la organización y estructura* que se basa en la jerarquización de los elementos, cuyo insumo son las cartas asociativas mencionadas en el numeral anterior. Una vez se haya realizado el conteo de las palabras en las cartas asociativas se tomarán las más recurrentes para elaborar una lista a de veinte ítems. Una vez hecho esto, se pide a cada uno de los sujetos efectuar una elección por bloques, es decir, seleccionar cuatro ítems que les parecen más importantes, los cuales recibirán un valor +2. Luego, escoger los cuatro menos importantes, a los que se les asigna un valor -2. Posteriormente, con los doce ítems restantes, se hace lo mismo, pero asignando respectivamente un valor de +1 y -1. Quedarán cuatro ítems a los que se les asignará el valor de 0 (Abric, 2001b).

Se construyó una guía para elección sucesiva por bloques una vez se analizaron las cartas asociativas. Esta guía puede verse en el cuarto instrumento del apéndice C. Dado que dos de los participantes no estuvieron en la última sesión, se les ofreció la posibilidad de responderlas online, por lo que se cambió el formato para adecuarla a la respuesta no presencial (Apéndice C, quinto instrumento).

### **5.5.3. Entrevista semiestructurada.**

Para Abric (2001b), la entrevista conducida supone un método indispensable para el estudio de las representaciones sociales en tanto que induce una producción de discurso. La entrevista semiestructurada, o guiada, es una técnica que, a partir de unas preguntas determinadas, en este caso construidas a partir de las categorías preliminares, permite obtener una cantidad relativamente grande de datos que el sujeto pueda proveer acerca del tema. Se diferencia de la entrevista estructurada en que tiene una mayor flexibilidad, ya que no da al

sujeto opciones de respuesta; y de la entrevista en profundidad, en que permite focalizar el discurso producido por el sujeto hacia un determinado tema (Sandoval, 1996).

Las entrevistas semi-estructuradas se desarrollaron a partir de las categorías definidas en las categorías preliminares. La guía de entrevista se encuentra en el tercer Instrumento del apéndice C.

## **5.6. Plan de análisis de los datos**

El proceso seguido en la presente investigación constó de dos fases de recolección de datos y dos fases de análisis.

Se escogió analizar las entrevistas semi-estructuradas a través de la codificación abierta y codificación axial, procederes típicos de la teoría fundamentada (Strauss y Corbin, 2002), mientras que el material proveniente de las técnicas asociativas se analizó mediante dos matrices creadas para tal efecto.

### **5.6.1. Codificación abierta y axial.**

La teoría fundamentada es uno de los enfoques más ampliamente popularizados en investigación cualitativa, debido a las posibilidades que ofrece para *generar o descubrir* teoría por medio de un proceso constante de análisis comparativo a diferentes niveles sucesivos de integración (Packer, 2013). Glaser y Strauss (como se citó en Packer, 2013) denominan *teoría* a un enunciado o sistema de enunciados razonablemente correctos de los asuntos estudiados que tratan sobre un campo conceptual, en este caso, las representaciones sociales de la violencia juvenil. No obstante, la teoría fundamentada no se utiliza en esta investigación como un enfoque,

sino que se adoptan algunas de sus técnicas para efectuar el análisis cualitativo del contenido y relaciones de la representación social.

Restrepo-Ochoa (2013) considera que los procedimientos de la teoría fundamentada constituyen estrategias pertinentes para el análisis de representaciones sociales, tanto para la investigaciones basadas en el enfoque procesual como en el estructural. El autor muestra que esta vertiente de análisis cualitativo permite no solo un acercamiento y organización descriptiva de los contenidos de la representación, sino también permite identificar unidades de sentido más o menos centrales, así como el carácter de las interrelaciones entre ellas. Esgrime básicamente cuatro argumentos:

- a. La teoría fundamentada permite articular la identificación del contenido, relaciones entre elementos y la determinación y control del núcleo central.
- b. Tanto la teoría fundamentada como la teoría de las representaciones sociales hacen énfasis en la relación entre estructura y proceso en torno a la idea de centralidad.
- c. La matriz condicional secuencial producto de la teoría fundamentada permite articular en el análisis la dimensión social como un aspecto central en la teoría de las RS.
- d. Tanto la teoría fundamentada como la teoría de las RS comparten una lógica inductiva.

La codificación abierta, de acuerdo al manual de Strauss y Corbin (2002), constituye el acercamiento más estrictamente descriptivo a los datos escogidos. Según Restrepo-Ochoa (2013) la codificación abierta permite un acercamiento puramente descriptivo al contenido de la representación social y es el paso anterior a la codificación axial. “La identificación del

contenido de la representación se realiza en el momento descriptivo a través de la codificación axial, la cual permite identificar y describir las categorías emergentes que dan cuenta de las informaciones y actitudes de los participantes en la investigación frente al objeto de representación social, pero sin establecer relaciones que den cuenta de la organización de dichos contenidos” (Restrepo-Ochoa, 2013).

La codificación abierta se utilizó para establecer categorías con las cuales clasificar el contenido de la representación social, que de uno u otro modo no estuviesen determinadas por los sesgos de las categorías de segundo orden ya previamente establecidas y con el fin de captar organizaciones de contenido que escapen a la organización preconcebida en ellas. De acuerdo con Strauss y Corbin (2002) la codificación abierta normalmente desemboca en la codificación axial, sin embargo, adherirse rígidamente a las categorías que emergen de la entrevista inicial a menudo impide el descubrimiento de nuevas categorías dado que limita el tipo y cantidad de datos que se pueden conseguir en un único muestreo. Dado que en la presente investigación la codificación axial se inició con las categorías de segundo orden mencionadas, las unidades categoriales que surgieron de la codificación abierta complementarían este sistema.

La codificación axial, por su parte, es el proceso de relacionar categorías y subcategorías generando ejes y enlazando tales categorías según sus propiedades y dimensiones (Strauss y Corbin, 2002). Restrepo-Ochoa (2013) especifica que la codificación axial permite pasar de la descripción de los datos a un nivel mayor de organización conceptual, que da cuenta ya no únicamente del contenido de la representación sino de las posibles relaciones entre el contenido y la estructura. Desde Corbin y Strauss (2002) la codificación axial se realiza generalmente a partir de un esquema denominado *matriz paradigmática*, en la que se organizan las categorías de acuerdo a los siguientes componentes:

- a. Fenómenos
- b. Condiciones
- c. Acciones o Interacciones
- d. Consecuencias

El procedimiento de codificación axial partió de las categorías preliminares de segundo orden definidas inicialmente, en concreto *definiciones de violencia, atribuciones causales de violencia y formas de intervenir sobre la violencia*. La revisión en la teoría de representaciones sociales permitió definir estas categorías de forma tentativa.

Estas categorías de segundo orden se tomaron como ejes centrales no excluyentes entre sí para la codificación axial, y se utilizaron para agrupar en diversos niveles las categorías emergentes originadas en el proceso de codificación abierta, sin desconocer las categorías adicionales que fueran surgiendo en este proceso. Igualmente, las interrelaciones entre categorías encontradas se utilizaron para apoyar o contrastar las hipótesis en torno a la interrelación de los elementos de la representación generadas a partir de las técnicas cuantitativas de asociación y jerarquización.

### **5.6.2. Técnicas asociativas y elecciones sucesivas por bloques.**

Las primeras sesiones de recolección de datos fueron utilizadas para la aplicación de las cartas asociativas. Se aplicó una carta asociativa por cada persona que había participado de las entrevistas semi-estructuradas.

De acuerdo al procedimiento analítico del instrumento (Abric, 2001b), se cuantificaron las palabras con mayor frecuencia de aparición en las cartas asociativas, y se asignó un valor de

1.5 , 2 y 2.5 según la posición que ocuparan en el esquema con respecto a su cercanía con el término inductor *violencia juvenil*.

Se obtuvo un total de 137 expresiones que fueron denominadas para este estudio *unidades semánticas*. Cada unidad semántica tuvo un valor numérico, dependiendo del lugar que ocupase en la carta asociativa. Abric (2001b) no describe cada detalle de los pormenores del procedimiento de análisis, por lo cual ciertos detalles de esta estrategia de análisis de las técnicas asociativas y jerárquicas (en específico, el valor que toma cada término en el análisis de cartas asociativas) se establecieron de forma arbitraria, y no se descarta que el resultado puede variar en el caso de que otros valores fuesen asignados, lo que se considerará para futuros procesos analíticos.

Se asignó 2,5 para el anillo más cercano a la palabra inductora, 2 para el anillo intermedio y 1,5 para el anillo más exterior. A su vez, se realizó un conteo de las veces que aparecía cada unidad semántica en cada uno de los niveles. Por ejemplo, la palabra “venganza” apareció una vez en el primer nivel (sumando así 2,5), dos veces en el segundo nivel (puntuando así 2x2, es decir, 4), y una vez en el tercer nivel (puntuando así 1,5). La suma de los puntajes para la unidad semántica fue de un total de 8. Se realizó lo mismo con todas las demás unidades semánticas y se ordenaron de mayor a menor según este puntaje total.

Veintidós unidades semánticas ocuparon puntajes entre 8 y 3. Se descartaron las unidades semánticas “manipulación” y “no-lugar” por dos razones. En primer lugar para completar las veinte estipuladas por la metodología, y en segundo lugar, porque aparecían varias veces en la carta asociativa de un único participante. No se descarta que en el futuro puedan realizarse mejores análisis con unidades semánticas que quedaron fuera de las 20

Así, aparte de las unidades descartadas, se elaboró una lista con las veinte unidades semánticas que obtuvieron mayor puntaje en el análisis de las cartas asociativas, las cuales se usaron para construir la matriz de elecciones sucesivas por bloques. Por tal razón, se generó un procedimiento aritmético para la generación de un valor que se denominó C, o centralidad jerárquica, para cada una de las unidades semánticas.

Como explicita Abric (2001b), cada participante asigna unos valores +2, +1, -1 y -2 a dieciséis unidades semánticas según su criterio de jerarquización, computando las cuatro restantes con un valor de 0. Se sumaron para cada unidad semántica todos los valores entre +2 y -1 obtenidos tantas veces como hubieran sido escogidos, obteniendo el valor C. Por último se organizaron las unidades semánticas de mayor a menor según el valor C obtenido. Este procedimiento permitió establecer una serie de hipótesis en torno a la organización y jerarquización de la representación, las cuales serían apoyadas o contrastadas por los hallazgos de los contenidos de la codificación.

### **5.6.3. Establecimiento de hipótesis e integración de categorías.**

En esta etapa se integraron y seleccionaron las categorías del análisis cualitativo y se establecieron hipótesis de jerarquía con base en el análisis cuantitativo.

Según Glaser y Strauss (como se citó en Packer, 2013) la teoría fundamentada es un proceso continuo de integración de los datos con el fin de desembocar en una *teoría* más o menos consolidada. La información cualitativa se organizó siguiendo los procedimientos de la teoría fundada, pero con una serie de categorías preestablecidas que aportarían a un proceso de codificación axial. Se prefirió utilizar la estructura categorial diádica original (contenido y

estructura) en lugar de la matriz paradigmática propuesta por Corbin y Strauss (2002), dado que la primera se encuentra sustentada sobre la teoría de las representaciones sociales.

El análisis de contenido vía Atlas.Ti permitió relacionar, a partir de la producción discursiva de los participantes entrevistados, una serie de categorías menores que pueden organizarse de acuerdo a su centralidad en el análisis. La codificación abierta se realizó tomando en cuenta las categorías de segundo orden bajo el rubro *contenido*, explicitadas en la metodología. Siguiendo la propuesta de Restrepo-Ochoa (2013), para la codificación axial se agruparon los códigos en familias que giran alrededor de aquellos que aparecieron de formas más recurrentes o se hallasen relacionados con mayor cantidad de nodos, de forma que se pudiera establecer un sistema de categorías de tercer orden. Es decir, con los códigos obtenidos se obtuvo un segundo nivel de códigos que constituirían las categorías de tercer orden. Para esto, primeramente se realizó un proceso de condensación de códigos que fuesen en extremo similares. Ocupan lugares preponderantes los códigos de mayor frecuencia de aparición en el discurso, y las familias se armaron con aquellos con los que tuviesen una relación más fuerte, en particular una relación conceptual entre ideas, o bien un número notable de fragmentos compartidos. Por último, en esta etapa se realizó un proceso de codificación selectiva. La codificación selectiva es entendida como un proceso de integración y refinamiento de la teoría, tras haber llegado a un punto de saturación en el que ya no emergen nuevas propiedades, dimensiones ni relaciones en el análisis (Strauss y Corbin, 2002) y, como aclaran Glaser y Strauss (como se citó en Packer, 2013, p.74) lleva al proceso integrativo de la codificación axial a un proceso de *delimitación teórica*.

### **5.7. Consideraciones éticas**

La presente es una investigación de riesgo mínimo y garantizó total confidencialidad para las personas y actores institucionales que participaron en ella, sin atentar en contra de su bienestar en ningún modo, en concordancia con el artículo 50, 51 y 55 de la ley 1090 (Ministerio de Protección Social, 2006).

Con respecto al tratamiento de los datos, los resultados de la investigación se hicieron accesibles a las instituciones a través de un resumen ejecutivo con los principales resultados, así como también se ofrecerá a la Mesa de Resiliencia una copia del informe final del proyecto. En caso de que la Mesa de Resiliencia retome sesiones para el año 2016, se concertará una sesión para compartir los resultados del estudio.

Igualmente, se ofreció al programa Previva de la Facultad Nacional de Salud pública una segunda copia del informe de resultados con el fin de complementar los análisis producto de la Evaluación de la Política Pública en Promoción de la Convivencia y Prevención de la Violencia 2007 – 2015, proyecto de investigación evaluativa desarrollada en los años 2014 y 2015.

## 6. Resultados

Los siguientes resultados se presentan de acuerdo con la organización categorial preliminar, que puede verse en la tabla 2 en el apéndice A. Un subcapítulo corresponde al contenido de la representación social. En este se dará cuenta de la información cualitativa analizada en las entrevistas con Atlas.Ti. Se procurará ser fiel a las expresiones, palabras y metáforas empleadas por los participantes, en especial con el uso de fragmentos.

El segundo subcapítulo da cuenta de dos aspectos: primero, de los resultados del análisis cuantitativo, a partir del cual se organizan unidades semánticas de la representación social según la jerarquía que pueden estar ocupando en la estructura de la representación, siendo las menos frecuentes y homogéneas las consideradas más periféricas. Es decir, de un acercamiento a la centralidad de los elementos de la representación. Segundo, de la forma como estos datos jerárquicos contribuyen a organizar los elementos del contenido según su centralidad, al complementarse con la organización resultante del análisis por teoría fundamentada.

### 6.1.Representación social de la violencia juvenil: Contenido

A continuación se muestran los resultados descriptivos de las tres categorías de segundo orden, siendo estas “Descripción”, que hace referencia a las formas como los participantes describen la violencia y sus diferentes formas; “Atribuciones causales” que alude a lo que los participantes han identificado como causas de la aparición de la violencia relacionada con los jóvenes; y “Prácticas” que se refiere a la forma como las instituciones intervienen sobre el problema. Los códigos que hacen parte de esta categoría no pertenecen de forma rígida a las familias o categorías designadas, sino que, por la complejidad de la representación, pueden tener

interrelación con otras familias, lo que se manifiesta en las relaciones lógicas halladas en el discurso de los participantes.

Así, por ejemplo, en la categoría sobre las prácticas hacia la violencia, se puede ver que las instituciones intentan intervenir sobre lo que ellos consideran las causas primordiales de la violencia, relaciones que se encuentran en la categoría sobre atribuciones causales. Por esta misma razón, en los apartados escritos se habla en algunos casos de grupos de familias de códigos íntimamente ligados (como “violencia” y “violencia juvenil”, “repetición y reproducción de comportamientos y patrones” y “familia”, e “inequidad y falta de oportunidades” y “vulnerabilidad del joven”).

La tabla 3 en el apéndice A muestra un compendio de la sección del sistema categorial que corresponde al plano del contenido. En ella aparecen varias veces los códigos o familias de códigos que tienen relación con más de una categoría. Sin embargo una mejor idea sobre la cercanía de ciertas ideas se presentará en el siguiente subcapítulo sobre la estructura, y será complementado por las figuras 3 y 4 que pueden encontrarse en el apéndice B.

#### **6.1.1. Categoría A: Descripción.**

En la presente categoría de segundo orden se agruparon las unidades de significado que resumían para los participantes el qué es la violencia, qué caracteriza la violencia juvenil y cómo se manifiesta. Las categorías de esta sección se reducen a dos familias de códigos: *Violencia definida* y *manifestaciones y consecuencias*. Podría decirse que engloba lo que los entrevistados consideran los aspectos más concretos, visibles y tangibles de la violencia.

### 6.1.1.1. La violencia definida: “violencia” y “violencia juvenil”.

Independientemente de la forma como se presente, la violencia es todo acto que revista una *afectación* dirigida a la integridad física y psicológica de una persona, comunidad o institución, afecta el bienestar y la felicidad de los seres humanos y constituye una limitación al libre desarrollo. Es también definida como una forma de expresión de la intencionalidad de hacer daño a otras personas, una conducta de riesgo y un problema de salud pública.

La violencia juvenil no es comprendida por los participantes como un tipo particular de violencia. Más bien, al referirse a violencia juvenil es más común asumir que hay diversos tipos de violencia todos ellos afectan de una forma característica a los jóvenes. *“La violencia está muy amarrada a hacerle daño al otro, y lo puede hacer un adulto, lo puede hacer un joven, lo puede hacer un niño”* [Entrevista 02-1]; *“Es la misma violencia. Es el mismo golpe, el mismo maltrato verbal que se le hace a un niño, es igual con un adolescente”* [Entrevista 02-1] y genera un impacto en el comportamiento a largo plazo.

La violencia es una conducta de riesgo que caracteriza a los jóvenes de una forma particular, que se basa en la vulnerabilidad que estos tienen frente a otros segmentos de edad. Los jóvenes son un grupo etario que con gran frecuencia integran las primeras filas de los combos y constituyen la *“carne de cañón de todas las guerras, los que van al frente, los que hacen todo lo más arriesgado”* [Entrevista 06-2]. Resulta más preciso diferenciar la violencia contra los jóvenes, violencia entre jóvenes y violencia liderada por jóvenes, que hablar estrictamente de violencia juvenil.

*“No todas las violencias protagonizadas por jóvenes es entre jóvenes. Están dirigidas a situaciones de delincuencia, o en caso de los movimientos estudiantiles por ejemplo, ahí hay una violencia política, uno diría, ahí hay*

*liderando asuntos netamente políticos en las movilizaciones, las manifestaciones, en los actos de violencia que están ahí presente en esas movilizaciones” [Entrevista 06-1]*

Más bien, los jóvenes sufren de unas condiciones de vulnerabilidad que los hacen insertarse de una forma característica en las manifestaciones de violencia presentes en la ciudad. Las ideas de los participantes sobre tales condiciones de vulnerabilidad se agruparon en la familia de códigos *vulnerabilidad del joven*, que será analizada en la siguiente categoría de segundo orden sobre atribuciones causales.

#### **6.1.1.2. “Manifestaciones” y “consecuencias” de la violencia.**

La ciudad presenta una tipificación muy diversa de violencias, pero las que predominan en el universo de referencia de los participantes son las violencias urbanas, o violencias barriales. Este tipo de violencias se caracteriza por una afección con connotaciones tanto personales como comunitarias e institucionales. Estas violencias tienen como consecuencia una ruptura del tejido social que dificulta la organización de las comunidades. *“Todo lo que implica también un proceso de ruptura de tejido social porque hay un miedo, una desconfianza frente al otro. No sé quién es. Y eso me genera que no me quiera asociar, que no quiera trabajar con el otro sino que quiera trabajar solo” [Entrevista 01-1].* La violencia se manifiesta en la limitación de la libre movilidad, los homicidios, afectación a la vida, las lesiones personales, alimenta el círculo de la exclusión porque también aparta a la comunidad del acceso a servicios, tales como ambulancias o policía, no permite a los jóvenes ir al colegio, no puede asistirse a los centros de salud porque no se puede traspasar la frontera que establecen los grupos armados entre los barrios. Las violencias barriales suelen ser violencias entre jóvenes y tienen como epicentro los combos, que son grupos de jóvenes que reclaman poder por el territorio y por el valor económico del mismo.

A su vez los entrevistados incluyen la violencia intrafamiliar, que, como se verá más adelante, es uno de los componentes fundamentales del sistema causal en la estructura de creencias de los participantes. En este ámbito se ve el maltrato psicológico, la agresión verbal, el golpe, la violencia de género y la resolución de conflictos por medio de la violencia. En menor escala que la violencia intrafamiliar, pero igualmente presente, el discurso de los participantes da cuenta de las violencias que tienen lugar dentro de la escuela, escenarios complejos que presencian el acoso entre compañeros y una resolución de conflictos a través de la agresión, el golpe o la amenaza, y donde se encuentran visos de escasa tolerancia a la diferencia, sumado a una no aceptación e intolerancia hacia el otro, así como agresiones del joven hacia el espacio institucional. Por último, se encuentran las violencias políticas, como la participación de jóvenes en grupos estudiantiles que usan la violencia en sus manifestaciones, y las barras bravas.

En los participantes también predominan las ideas de la agresión física como unidad básica de la violencia, como su manifestación más simple y directa. Las formas de resolución de conflicto a través del golpe y de la agresión verbal.

#### **6.1.2. Categoría B: Atribuciones causales.**

Este apartado corresponde a lo que los entrevistados atribuyen como causas de la violencia y de los factores que llevan a los jóvenes a participar en ella. Esta categoría de cuenta de que las condiciones que permiten y mantienen la violencia son múltiples.

Concretamente, la familia de códigos *Repetición y reproducción de comportamientos y patrones* se interrelacionan con la familia de códigos *Familia*, por lo que el discurso se expondrá en el mismo apartado. A su vez *Vulnerabilidad del joven* se enmarca en una serie de condiciones

asumidas como *inequidad y falta de oportunidades*, por lo cual también se expondrán ambas en un mismo apartado.

#### **6.1.2.1. “Repetición y reproducción de comportamientos y patrones” – “Familia”**

La repetición y reproducción de comportamientos y patrones da cuenta de la forma como los jóvenes son influenciados por el ambiente en la construcción de significaciones que irán a constituir un sistema de valores que justifica la violencia desde diversas fuentes. *“Hablamos de cultural cómo la familia y la comunidad legitiman la violencia como una manera de solucionar los problemas”* [Entrevista 01-1]. La familia es el principal de estos escenarios de socialización de la cultura, mas no es el único. De acuerdo con la representación social, en el joven es determinante la influencia externa de lo social en sus diversos niveles; en otras palabras, el contexto cultural y social tiene una serie de valores morales que se reproducen en el joven, y que permiten, justifican y estimulan la violencia.

Para los participantes, la familia es el principal entorno que crea en el individuo las condiciones que permiten unas pautas de comportamiento violentas. *“Pienso que, esas violencias que se dan también en el ámbito familiar, de no saber resolver las cosas a través de la palabra, que se resuelven a través de los gritos, los golpes, del maltrato psicológico”*[Entrevista 02-1]. Estas formas afectan al joven desde una edad temprana y consolidan unos aprendizajes acerca de cómo se establecen las relaciones sociales. *“Eso, yo pienso que hay una gran violencia y es al interior de las familias. Hay unas formas de relacionarse muy violentas. Yo no sé, hay que hacer un gran trabajo ahí como en el desaprendizaje de la violencia en la familia. Porque los conflictos casi siempre se resuelven desde el grito y el golpe. Y eso es lo que van a reproducir los chicos”*[Entrevista 04-1].

Los patrones de relacionamiento familiar forman ideas en el niño acerca de cómo interactuar con otros seres humanos, además, una idea de resolución de conflictos y cuando crece empieza a replicarlos en otros escenarios.

*“La agresión física es algo que se replica, y creo que es algo que se replica. Un chico que fue agredido no es una ley sino una posibilidad que se da en unas generalidades, puede ser que el chico replique la agresión, la agresividad, replique comportamientos violentos. Un chico de 6 años que ha visto que sus papás se dan hasta más no poder y se agreden de las peores formas, conozco caso que un chico de seis años, ya a los seis años está agrediendo compañeritos. Uno empieza a ver cómo se replica. Pero también se conocen casos en los que no”* [Entrevista 03-2]

Es algo que se va reproduciendo a manera de cadena, es lo que el sujeto vive, es lo que lo sujeto aprende para resolver ciertas cosas y es la manera de relacionarse que él da por sentado. Algunos de los participantes advierten que la violencia va reproduciéndose como si fuera una cadena, un *círculo de violencias* que, si no hay nada que rompa el círculo, este continúa. Dentro de esta lógica, se establece una *dificultad para entenderse con el otro*. Bajo este código, los participantes entienden que tales formas de relacionamiento no dan la posibilidad de aprender a tratar con la diferencia del otro. *“También la violencia es en el fondo, también puede verse como una dificultad profunda para entenderse con el otro y para llegar a acuerdos”* [Entrevista 06-2], y es esta dificultad un factor que propicia las violencias a nivel de la escuela, a nivel del barrio y dificulta el fortalecimiento del tejido social y el desarrollo de resiliencia. Además, estas dinámicas también naturalizan el que el mismo joven sea objeto de distintas formas de violencia, ya no dentro de la familia y escuela, sino también desde la comunidad, desde la inseguridad.

*“También hay unos problemas de inseguridad y de riesgo en los muchachos. Cuando no soy capaz de defender mis derechos, de poner límites frente a las cosas. Ahí también se va convirtiendo el muchacho en un sujeto para que le violenten diariamente”* [Entrevista 02-1].

La transmisión cultural de los valores sociales que son favorables a la violencia se da a partir de las figuras significativas del joven. Los padres, hermanos y demás miembros refuerzan estas nociones de relacionamiento y resolución de conflictos. Pero no solo en la familia. Es claro que en la familia hay elementos culturales que se incorporan a los valores del individuo, no solo el golpe como estrategia para la resolución de conflictos en la casa, sino como parte de una lógica de supervivencia que se construye de la reinterpretación de estos elementos intrafamiliares en contextos como el colegio. Es un esquema de relacionamiento con el otro que promueve la venganza y que pasa de la familia al colegio. *“Es un asunto de un pensamiento de si me dan yo doy, antes de que me peguen yo pego, es un asunto incluso muy cultural y eso viene desde la educación de los padres, porque cuando les pregunta por qué ‘Ah, no, es que si me van a cascar, yo le doy primero, yo le doy el puño primero porque mi papá siempre me ha dicho, o mi mamá, o mi abuelo, que no se deje’ y no se deje significa ‘actúe primero, utilice la violencia antes que el otro’* [Entrevista 03-2]. En el colegio es una estrategia de supervivencia, porque si el joven es el bueno, se la montan, lo agreden, por lo que debe optar por ser el malo, el malo es el que tiene el reconocimiento, el que es respetado.

Y esto, a su vez, es algo que se encuentra ligado a una carga histórica de la ciudad de Medellín, de la cultura barrial, en la que calan profundamente imaginarios e ideales que provienen de la presencia del narcotráfico. Bajo el código *figura del narco*, se ubican imaginarios que son transmitidos ya sea por lo que observa el joven en la televisión, o por la presencia de bandas delincuenciales en su zona, y que los participantes categorizan desde su

connotación histórica. *“Las figuras, no, desde siempre. Toda la ciudad ha tenido una historia bastante violenta y a pesar de que se viene trabajando, esas figuras continúan y puedes encontrar chicos que se identifican con la figura del sicario, con la figura del narcotraficante, con la figura... bueno, con todas las figuras que abanderan mucho de la historia de la ciudad”* [Entrevista 3-02].

Estas figuras sirven como modelos que hacen legítimos estilos de vida y formas de obtención de reconocimiento. *“Hay un legado histórico, no solo desde lo simbólico. A mi modo de ver, la figura del capo y el traqueto es una figura que está presente en los jóvenes de las comunas, y no solo en las comunas, sino también en muchas partes, el conseguir plata fácil, el tener mujeres, es algo que es una realidad”* [Entrevista 06-2].

Sin embargo, no son solo estas las figuras a través de las que se transmiten los valores justificadores de la violencia, sino también los lazos cercanos dentro del mismo barrio y la misma familia. Con respecto a la familia, la participación de esta en los grupos delincuenciales de base barrial crea una naturalización de la situación en el joven.

*“Los padres los primos, los tíos, hacen parte de los combos, por ejemplo. Entonces cuando uno ve, pues el chico qué va a cuestionar si su familia está haciendo parte de esta situación- Hay una naturalización de la situación y un proceso en donde estás siguiendo patrones familiares (...) Es decir, está siguiendo un patrón familiar, y cuando sigue un patrón familiar quiere decir que lo está haciendo bien”* [Entrevista 01-1]

Estos lazos cercanos tienen una importancia fundamental en el establecimiento del sistema de valores en el cual la violencia está naturalizada. Saliendo de la familia, entran a

desempeñar un papel importante las búsquedas de identidad y reconocimiento que hacen al joven vulnerable a las influencias grupales. *“No ser parte de un grupo es lo peor que le puede pasar a un adolescente, y el adolescente hace lo que sea por pertenecer a un grupo, al grupo que sea. Si el grupo de sus amigos, los que están ahí cerquita tienen una pistola, él también va a querer tener una pistola porque no quiere ser menos [Entrevista 06-2].* Una vez unido a los combos, el joven puede encontrar otras relaciones significativas y modelos de comportamiento con los cuales se identifica, en la medida en que recibe diversas clases de reconocimiento y resuelve necesidades emocionales a través de la pertenencia. *“veo de algún modo que un jefe de banda, un jefe de combo, también es un tutor, aunque no de resiliencia en el sentido moral positivo. Es un tutor de conductas, que da afecto, da ingresos, reconoce al joven como una persona con capacidades, y sin embargo la diferencia es que le enseña unos valores morales distintos”* [Entrevista 06-2].

Esto a su vez, lleva a considerar la participación de los jóvenes en las dinámicas violentas a partir de las condiciones generacionales de búsqueda de reconocimiento, y las diversas maneras como cada joven se refugia ante las sucesivas vulnerabilidades de que es objeto a través de la pertenencia grupal. Este aspecto conduce al análisis de las dos familias de códigos siguientes.

#### **6.1.2.2. “Vulnerabilidad del joven” – “Inequidad y falta de oportunidades”**

Estas familias de códigos dan cuenta de las ideas de los participantes en torno a las condiciones de vulnerabilidad que caracterizan a los jóvenes de Medellín por el modo en que se configuran las problemáticas de la juventud, y la forma como esta vulnerabilidad es acentuada por las situaciones de inequidad y falta de oportunidades presentes en la ciudad.

Resulta preciso retomar que los participantes no tienen una definición de violencia juvenil, sino una comprensión de una violencia general que afecta de un modo particular a los

jóvenes. La vulnerabilidad de los jóvenes como familia de códigos halla saturación en los códigos *momento del desarrollo, factores de riesgo, exclusión y no acceso*.

El asunto de la vulnerabilidad gira alrededor del punto del desarrollo en que los jóvenes se encuentran, etapa vital en la cual tienen predominancia las búsquedas de identidad y de reconocimiento que, combinadas con la debilidad de los proyectos de vida y el conflicto generacional que establecen con la cultura predominante y otras generaciones, facilita la incorporación de los jóvenes a grupos de actores violentos. Esto se resume de nuevo en el siguiente fragmento:

*“Pues, los jóvenes son los que con más, digámoslo, frecuencia, integran las primeras filas de los combos. Los jóvenes siempre son la carne de cañón; de todas las guerras los jóvenes siempre han sido la carne de cañón, los que van al frente, los que hacen todo lo más arriesgado. La prueba es que un adulto no se va a aponer a hacer las cosas que hace un joven, un adolescente no le tiene miedo a nada. Un joven por querer mostrar que es grande, que es también un hombre, se arriesga a un montón de cosas, y ahí lo coge la banda y lo pone a hacer muchas cosas”* [Entrevista 06-2]

El conflicto armado interno urbano acrecienta las vulnerabilidades que devienen de estas necesidades de pertenencia, lo cual los sumerge en otras conductas de riesgo, no solo la delincuencia, sino también la drogadicción, y a medida que se insertan en las dinámicas violentas, su salida se dificulta progresivamente, ya que dentro de los grupos como combos y bandas también hay luchas por el poder, el dominio del territorio y las jerarquías, que hacen que el proyecto de vida sea cada vez más corto.

*“Los jóvenes en este momento tienen como un grado alto de vulnerabilidad y es por el conflicto armado que tenemos. O por la presencia de bandas criminales en los barrios. Entonces la población juvenil se vuelve como en un blanco muy susceptible para todo. Para el coartarlos, para sus grupos, o en influenciar para el consumo de sustancias. Entonces están ahí como muy, muy vulnerables los jóvenes para eso: para el consumo, para hacerlos partes de sus grupos y de sus dinámicas, y de sus intereses los grupos armados” [Entrevista 04 – 1]*

Los participantes son enfáticos en que el momento del desarrollo de los jóvenes, vislumbrado en la importancia que da a los grupos a los que pertenece y a sus necesidades de reconocimiento e identidad, constituyen factores fuertes de vulnerabilidad en la medida en que encuentran respuesta para esas necesidades en la adscripción a grupos delincuenciales.

Exclusión también fue uno de los códigos explicativos claves de una saturación importante, que a su vez se conecta con la búsqueda de identidad y reconocimiento. Al hablar de exclusión, se habla de una *“espiral de exclusión”* [Entrevista 05-1] que afecta al joven en su proceso de búsqueda de identidad y que, una vez más, inicia dentro de casa y se va extendiendo uno a uno a los espacios cada vez más amplios en los que el joven busca desarrollarse. Uno de los entrevistados lo resume de la siguiente manera.

*“¿Dónde empieza la espiral de exclusión de los jóvenes? En la familia. El nicho donde arranca la exclusión es donde no se lo aguantan. Es que no te aguantan que estés todo el día vago jugando play o escuchando esa música. No te aguantan. El tipo sale excluido de su casa y de su familia. Y cuando sale va a la calle, a la esquina. Y en la calle se encuentran otras exclusiones.*

*Se encuentra excluido por el vecindario, porque es metalero, porque es punkero, lo excluyen. Yo me hice con las identidades musicales, lo que es grunge, el que era alterno, resulta que el tipo no es del combo, no es el típico combo, sino que es un man que anda con sus baqueticas, con la batería y pensando en el grupo que no se qué, y el otro le dice “o te quedás en el grupo, haciendo parte del grupo, o te tenés que ir”.*

*Y te excluyen. El mismo combo empieza a decir “este territorio es de nosotros, si usted no se porta como nosotros, te excluimos”. Te sacan de la calle, y luego te excluyen del barrio. Cuando llegas al centro, organizado, con tus pares, por fin encontraste identidad. Y la identidad no es solo que te ponés la misma camiseta negra, que estás mechudo, que vas a poguear a los mismos conciertos, sino que sos identitario en las exclusiones de que has sido víctima. Entonces, tenes el mismo resentimiento. Por eso el discurso calza también. Con este man me entiendo. ¿Por qué? Porque también excluido de la familia y también lo sacaron del barrio y seguramente del colegio. Seguramente del colegio.” [Entrevista 05-1]*

El joven es objeto de exclusiones sociales en sus ámbitos más cercanos de vida, y por lo tanto es víctima de una serie de violencias que, según lo expresado por uno de los participantes “lo expulsan de la libre expresión” [Entrevista 05-1], entendiéndose como una expulsión de un ámbito de oportunidades que le permitan el desarrollo de sí mismo y lo hacen buscar otros contextos de socialización en los cuales “poder ser”.

*Y llega aquí al centro, y en el centro no tiene lugar. ¿Qué pasa cuando llega al centro? A este centro de la ciudad. Ya lo sacaron de por allá ¿Qué pasa cuando llega acá?*

*Es un sujeto sospechoso. No tiene bares propios, donde entra no tiene para comprar. La policía lo persigue todo el tiempo, es un marihuanero, te espantan de toda parte. Como no tenés para pagar el espacio público que todos tenemos, no nos quedamos en la casa, nos vamos pa un bar.*

*Pero nos toca pagar, y si yo no tengo pa eso, me toca irme pa una esquina. Y si me pongo en una esquina, la gente dice “vea, sáqueme a esos tipos que no me gusta como están”. Y te sacan. Te sacan. Te sacan de la ciudad. Te sacan de la familia, te sacan del barrio, te sacan de la escuela, y tampoco te quieren en la ciudad [Entrevista 05-1]*

La violencia muchas veces es para el joven una respuesta a la espiral de exclusión, una respuesta desesperada y un mecanismo de supervivencia. *“Al final yo digo, si la sociedad misma me excluye, entonces la única forma que puedo encontrar para entrar en ella puede ser de manera violenta. Puede ser. Nuevamente te digo, porque uno puede buscar todas las posibilidades, y la forma violenta yo creo que es más fácil”* [Entrevista 03-2].

La violencia es facilitada por medio de la pertenencia a los grupos porque son estos grupos los que le dan al joven una oportunidad de vinculación grupal en la cual encontrar reconocimiento y defenderse de las exclusiones. Este componente grupal se relaciona en gran medida con *reproducción y repetición de comportamientos y valores*, debido a que los grupos

son un mecanismo muy poderoso para transmitir al joven un sistema de valores que promueve y justifica la violencia.

Como se mencionó al hablar de la *vulnerabilidad de los jóvenes*, la pertenencia a los grupos es un componente muy importante del momento vital en que los jóvenes están, dado que en la adolescencia es indispensable el poder afiliarse en forma de pertenencias al grupo, a algún grupo, con el fin de aportar a su propia búsqueda de identidad a través de referentes compartidos, así como también se da prelación al hallar reconocimiento dentro del mismo grupo, ser respetado, tener poder, tener dinero, ser “el teso”. El joven termina a veces, entre todas las identidades grupales posibles, ligándose a grupos que generan violencia. No solo entran a los combos, también están los movimientos estudiantiles o las barras bravas. En el caso de las barras bravas:

*“Las barras bravas se convierten en referentes de gremio, referentes de grupo, referentes tribales. Yo me referencio con respecto a un equipo y a un grupo organizado que se moviliza por la ciudad colocando una opinión deportiva. Eso es político. ¿Quién es usted? Mi identidad y con quién me agrupo. ¿Cuál es su identidad? El Atlético Nacional ¿Y con quién me agrupo? Con Los del Sur. ¿Y qué hacen? Promovemos el amor por el equipo ¿Y dónde lo hacen? En el territorio. Eso es político. Eso es político, absolutamente político. Tanto que los lleva a enfrentarse porque hay otros que también están promoviendo identidad política desde el otro equipo y se disputan territorio, se disputan logos” [Entrevista 05-1].*

Por otro lado, transitando hacia el asunto de la inequidad, se encuentra el código del *no acceso*. Muchos jóvenes de la ciudad tienen un desconocimiento de las oportunidades o no tienen la capacidad para acceder a muchos derechos que debería garantizar el Estado, mas no son garantizados. No acceden a educación, no acceden a trabajo, y constituyen un segmento poblacional, los “*ni-ni*” que no solo tienen una prevalencia alta de conductas de riesgo, sino que tampoco desarrollan capacidades resilientes.

La inequidad se encuentra íntimamente ligada a la exclusión. Los participantes aducen una carga histórica que corresponde a factores estructurales de la ciudad de Medellín y es la gran magnitud de las inequidades sociales y económicas de la ciudad, las cuales crean barreras dentro de esta que convierten el espacio social en un sistema de fronteras. Medellín posee unas inequidades muy fuertes, así como el resto del país, consistentes en gente que tiene unas condiciones muy buenas y gente que tiene unas condiciones muy malas. No es solamente una espiral de exclusión social hacia el joven desde los contextos a los que este se adscribe, sino también el no acceso a servicios, el no acceso a oportunidades, no acceso a educación y la percepción de una oferta institucional alejada de los entornos de vida. Esta circunstancia también proporciona elementos de justificación de la violencia, porque el joven, al no ver o no estar cerca de las oportunidades se une a grupos delincuenciales, ya no solo por presión grupal o por la búsqueda de reconocimiento e imitación de referentes, sino también por necesidad de aprovechar oportunidades económicas o como estrategia de supervivencia.

La inequidad social es definida como una violencia que proviene de la organización estructural “*en Medellín de entrada nos están violentando, o están violentando a a los adolescentes y jóvenes con unas carencias, desde el mismo plan de ordenamiento territorial, entonces ya es el hecho de yo decir ‘si yo paso de aquí para allá cambio de estrato’ y si ‘yo*

*estoy en el estrato diferente no se ve la cosa igual' y se empieza el maltrato, entonces usted es pobre, usted aquí no cabe, ese tipo de cosas puede generar también unas reacciones violentas"* [Entrevista 03-2]. Es una violencia en la medida en que la organización estructural de inequidades y territorios en la ciudad cercena, limita, dificulta las oportunidades de desarrollo personal del joven, y esa afectación al desarrollo, como se puede ver en la familia de códigos *violencia definida*, es una característica central en la representación sobre la violencia que tienen los entrevistados. *"Esto genera un distanciamiento de posibilidades para que todos tengan las mismas oportunidades de desarrollarse de acuerdo a sus capacidades. Entonces la inequidad, claro que sí, hace que se busquen otras alternativas y se fomente otras cosas, haya menos posibilidad de desarrollar (...) tienen una conexión muy directa porque si yo quiero desarrollar capacidades en las personas, yo les doy las herramientas, pero si el medio no se lo facilita, para qué desarrollo una capacidad si no lo puede aprovechar, no lo puede estimular"* [Entrevista 01-1].

### **6.1.3. Categoría C: Prácticas.**

La ubicación de los actores en el espectro social y el rol que ocupan las instituciones en la realidad urbana muestra que la función social de las prácticas es siempre pensar la violencia en función a lo que se puede hacer frente a ella, a cómo se puede hacer para intervenirla con las herramientas existentes. Las significaciones que surgen en esta categoría obedecen precisamente a esta funcionalidad social que les caracteriza, la de intervenir la realidad para contribuir a la transformación social.

De las presentes familias de códigos, en especial *familia* se liga especialmente a la atribución de causalidad que dan los participantes, por lo que es uno de los principales aspectos que tienen en cuenta para elaborar sistemas de acción social frente al fenómeno.

### 6.1.3.1. “Familia” y “Educación”

La familia como determinante de la transmisión cultural de pautas violentas es uno de los ámbitos de intervención priorizados. Aunque muchas veces no se facilite el trabajo directo con la familia, las intervenciones apuntan a la transformación de las pautas de relacionamiento violentas que han sido aprendidas dentro de ella.

Nuevamente se retoma un fragmento que resume la actitud de los representantes de los actores sociales acerca de la importancia de basar cualquier tipo de intervención en el desaprendizaje de las pautas violentas *“Eso, yo pienso que hay una gran violencia y es al interior de las familias. Hay unas formas de relacionarse muy violentas. Yo no sé, hay que hacer un gran trabajo ahí como en el desaprendizaje de la violencia en la familia. Porque los conflictos casi siempre se resuelven desde el grito y el golpe. Y eso es lo que van a reproducir los chicos”* [Entrevista 04-1]. Las instituciones trabajan con la familia de formas distintas, pero siempre considerándola. Este trabajo se realiza casi siempre a partir de la *transformación creativa de conflictos*, el mostrarle a los jóvenes que hay “otra forma”, e incentivando el reconocimiento del otro con el fin de facilitar el desarrollo de valores favorables a la convivencia. El código *dificultad para entenderse con el otro* también se liga a la forma como se entienden la filosofía que guía las intervenciones. Si la familia genera unas formas de relacionamiento violentas, la estrategia es generar en el joven pautas de relacionamiento no violentas.

La educación es percibida como uno de los ámbitos a través de los cuales este cambio cultural puede tener lugar. El hecho de hacer parte de un proceso de formación permite ver la

vida y las relaciones de otras maneras, así como también permite leer de una manera diferente las oportunidades presentes en el contexto. No se refiere tanto al sistema educativo, sino al proceso de cambio y de transformación de unas percepciones del mundo que privilegian la violencia a otras que promueven la convivencia. Es un ámbito desde el cual se pueden desarrollar estrategias preventivas, pero además, la educación es influyente porque genera maneras de ver la vida en los jóvenes que pueden ser diferentes de aquellas que propician la aparición de las múltiples violencias. *“Yo sigo insistiendo, si ellos están formados, si ellos tienen la educación suficiente al respecto, no aparece la violencia. No aparecen los momentos violentos ni las expresiones violentas o se reducen pues, reducen su número”* [Entrevista 03 – 2], razón por la cual las nuevas tendencias se abocan en gran medida al trabajo desde lo cultural y desde la formación.

#### **6.1.3.2. “Resiliencia”.**

El papel atribuido a la resiliencia en los procesos de intervención se origina en que esta representa una capacidad del individuo o comunidad para sobreponerse al gran conjunto de factores que pesan sobre él y manifestar una transformación en algo positivo. La resiliencia aparece cuando la subjetividad es tocada por la violencia, es una respuesta a la violencia, y el poder estimular la resiliencia es fundamental para evitar que ese impacto continúe con el círculo de violencia: *“Entonces ¿qué es la resiliencia? Es como tratar de sobreponerse a ese hecho violento. Hay una relación en el sentido de que todo hecho violento te genera un daño, pero la resiliencia está ahí para ayudar o posibilitar o generar que ese daño ya no te haga tanto daño. Poder sanar y poder salir de allí resignificando esa situación que te aconteció. Y salir de allí como fortalecido, entre comillas”* [Entrevista 04-1]. *“Esa vendría siendo la idea. Ser resiliente es clave para no ser violento. Es supremamente clave, la posibilidad de cambiar todo el panorama”* [Entrevista 03 -1].

*“Cuando uno es resiliente y tiene la opción de cambiarle toda la perspectiva y de mover el juego y decir ‘listo, aprendo de esto y continúo’ va dejando atrás los asuntos violentos”*

[Entrevista 03 -2]. La resiliencia es predominantemente entendida como una capacidad tanto individual como de las comunidades la cual se puede potencializar. Sin embargo, en este énfasis hay diversas perspectivas y enfoques que privilegian más lo individual, así como las que privilegian lo comunitario. Sin embargo, la resiliencia no es un asunto ni solo individual ni solo comunitario, debe generarse de forma armónica con el contexto. Promover la resiliencia a nivel individual puede fracasar si no se consideran las condiciones negativas del entorno que dificultan el desarrollo de la persona. *“Entonces por eso la resiliencia no es un asunto individual solamente, la resiliencia es un asunto institucional, es un asunto territorial, es un asunto de relaciones y comunidades resilientes para que esa resiliencia individual sea posible”* [Entrevista 05 – 1]. A un nivel comunitario, promover la resiliencia implica estimular dinámicas de cooperación, solidaridad y cohesión.

Pero a nivel individual, promover la resiliencia significa un trabajo con las potencialidades, a ayudar al individuo a identificar sus capacidades y gustos y estimularlas para disminuir la incidencia en conductas de riesgo. *“Es favorecer cosas que sean buenas para las personas, que usted pueda acceder a la oportunidad de estudiar si quiere, que usted pueda acceder a una oportunidad recreativa, cultural si quiere”* [Entrevista 06 -1]. Es por eso que las intervenciones individuales están muy ligadas al arte y la formación, a la promoción de la cultura como mecanismo no solo para aprovechar las potencialidades del individuo, sino también para resignificar representaciones y apoyar la posibilidad de transformarse al ser víctima de violencia. Además, también facilita la creación de redes significativas. Si las personas significativas son preponderantes para el desarrollo de un sistema de valores que privilegie la violencia, también

estas permiten favorecer la resiliencia, en la medida en que los grupos de jóvenes asociados en torno a estas actividades potenciadoras contribuyen a las necesidades de pertenencia y reconocimiento del joven, así estas redes también posibilitan y facilitan el acceso hacia la oferta existente en la ciudad.

Lo que es común a ambas formas, individual y comunitaria, es que se orientan al protagonismo de la persona tanto como de la comunidad en el proceso de operar cambios positivos en ellos mismos y en el entorno. La violencia puede impactar de muchas formas, o puede transformar al sujeto en un multiplicador de la violencia *“o por el contrario, me puedo potenciar como ‘Restaurador-de’. Potenciar como restaurador de nichos, redes, relaciones. Se me pueden ocurrir dos cosas. O me convierto en un problema o soy una solución”* [Entrevista 05-1].

#### **6.1.3.3. “Estrategias”.**

Bajo esta familia de códigos se agrupan las estrategias de intervención que los actores institucionales utilizan, la gran mayoría fundamentadas en los aspectos de los que dan cuenta las anteriores familias de códigos. Las estrategias pueden clasificarse en dos grandes tipos, aquellas que buscan trabajar con las potencialidades de los jóvenes, y aquellas que buscan *“mostrar otra forma”*. Estos tipos no son mutuamente excluyentes, hay actores institucionales que intentan realizar intervención desde ambos aspectos.

Las estrategias del primer tipo corresponden a la promoción de la resiliencia, el trabajo con la comunidad y con las familias para generar lazos de solidaridad comunitaria que favorezcan la resiliencia a nivel comunitario bajo el supuesto de que favorecerá también la resiliencia en el individuo y viceversa; esto debe permitir empoderar al joven y a la comunidad el ejercer transformaciones positivas en su entorno; por otro lado también como estrategia se busca

el acercamiento de la oferta institucional a los jóvenes para así reducir la brecha y la percepción de no oportunidad que predomina en este segmento poblacional. Son procesos de promoción de la resiliencia basados en un enfoque de resiliencia ecológica, es decir, que considera la influencia de los diversos entornos sobre el joven en el surgimiento y fortalecimiento de los procesos resilientes.

Sin embargo, también hay actividades basadas en la resiliencia personal. *“El primer año nos dedicamos un poco como a toda la mirada a esa relación que ellos tienen con ellos mismos, entonces ahí viene todo el tema del descubrimiento, digamos de potencialidades, de cualidades, de habilidades, de sueños para su futuro y para su presente. Y también ahí entra todo el tema de reconocimiento y significación de esos asuntos dolorosos que han estado en su historia”*

[Entrevista 04 – 1]

El segundo grupo de estrategias se orienta a procesos de relacionamiento entre pares. Se genera en el joven un proceso de cambio de percepción sobre sí mismo y sobre su relación con los otros, a través de estrategias de transformación creativa de conflictos, fomentando valores que contribuyan positivamente a la convivencia, y trabajando sobre el proyecto de vida, para mostrarles además todas las oportunidades que existen por fuera de un futuro a corto plazo marcado por la pertenencia a los grupos delincuenciales. En otras palabras, formar en lo humano, en el sentido del relacionamiento con el otro, formar como personas. La educación es clave para cambiar las perspectivas que ya traen los jóvenes de sus entornos vitales. Estas estrategias se combinan con el trabajar de la mano de la familia para asegurar la continuidad de estos cambios.

Los participantes, sin embargo, reconocen que estas actividades tienen limitaciones. La promoción de la resiliencia se dificulta cuando ya el joven presenta conductas de riesgo, cuando está inserto en los combos, por lo tanto, el desarrollo de las potencialidades toma connotaciones

preventivas. El poder desarrollar las potencialidades y hallar reconocimiento es lo que hace que los jóvenes eviten los contextos en que pueden terminar participando de la violencia y otras conductas de riesgo.

A parte de estas estrategias centrales, los entrevistados mencionan otras actividades a través de las cuales establecen acciones en torno al problema de la violencia. Muchos de ellos realizan estudios sobre la realidad, aportando al conocimiento, pero no solo como una forma de entender las dinámicas del problema sino también para visibilizarlas, realizar lo que denominan *advocacy*, y establecer acercamientos entre las familias, comunidades e instituciones. Otras estrategias son las orientadas a la mitigación de los daños, trabajo desde un enfoque de derechos, y la organización y ejecución de diversos proyectos.

#### **6.1.3.4. “Percepción de otros enfoques”.**

Esta familia de códigos da cuenta de la forma como los actores sociales entienden sus prácticas, porque refleja sus ideas sobre lo que se está haciendo en la ciudad y lo que marca la distinción entre lo que funciona y lo que no a la hora de intervenir sobre la violencia o en temáticas de jóvenes.

Los participantes observan tendencias de trabajos desde lo cultural, que son efectivos en la medida en que educan, previniendo explosiones violentas y momentos violentos, y en la medida en que crean *redes*. Así como hay nichos para la violencia, “*hay nichos para otro tipo de identidad*” [Entrevista 05-1], es decir para otras formas no violentas de expresión, y los jóvenes tienen la capacidad de encontrarse en esos rumbos.

Las *redes* conforman factores protectores porque luchan con el sentimiento de exclusión que tienen los jóvenes y generan para ellos un ámbito en que obtienen pertenencia y

reconocimiento. Se percibe que hay deficiencias en cuanto a la forma como se entiende el apoyo institucional, en especial en proyectos y programas llevados a cabo por la Alcaldía, en la medida en que estos apoyos pueden generar una dependencia en los jóvenes y dificultar el desarrollo de capacidades para autopotenciarse, ser capaces de su propia resiliencia. Un aspecto positivo de los espacios institucionalizados, sin embargo, es que muchos de estos escenarios constituyen puntos de encuentro e impulsan la creación natural de redes protectoras entre los jóvenes, a pesar de que no sea ese su método ni su finalidad.

Hay una crítica hacia las políticas *asistencialistas y cortoplacistas*, que trabajan con una perspectiva de apoyo a las víctimas en el corto plazo, pero que no se ocupan de los factores estructurales que propician las situaciones de violencia en que ellas participan. Se percibe también que los sistemas educativos hacen intentos por contrarrestar la violencia escolar, pero hay asuntos que deben ser obligatoriamente repensados. *“Ahí yo siento que la escuela tiene un asunto que repensarse y es cómo involucra a los estudiantes en la construcción de las reglas y cómo quisieran vivir como su estancia en la escuela. Yo creo que la escuela hace sus esfuerzos, claro, tiene un manual de convivencia. De pronto harán talleres o algo que permita como trabajar. Pero, si a nivel de la familia tampoco, si ahí no se trabaja, esa forma de interacción violenta se va a repetir en la escuela. Y es lo que uno ve.”* [Entrevista 04 – 1]. Igualmente, las estrategias de promoción de la resiliencia no son percibidas en compatibilidad con métodos educativos tradicionales, es decir, no se percibe que funcione el “dar un taller sobre resiliencia” y hay una preferencia por adelantar procesos integrales en las comunidades y en los jóvenes.

Los participantes perciben limitaciones para articular iniciativas a nivel de organizaciones sociales del sector. Se percibe que muchas veces el trabajo en red no puede realizarse debido a sus dificultades. Articularse con otras instituciones o actores sociales es muy difícil, más que

nada por asuntos de orden administrativo. El obtener una financiación, por ejemplo, implica tener también un tiempo limitado de trabajo, por lo que hay menos disponibilidad para establecer acuerdos con otros actores sociales. El trabajo en red requiere *“paciencia, tener tiempo para escuchar, implica reflexiones. Tu puedes no estar de acuerdo conmigo, vamos a discutirlo. Eso genera que el proceso sea mucho más lento”* [Entrevista 01 – 1] lo que lleva a muchas instituciones a preferir trabajar de forma individual.

*“nos damos cuenta que somos muchas organizaciones y realmente como que nos centramos en una mirada muy de túnel. Solamente miro lo mío, pero no nos damos cuenta de otras realidades, cada organización desde su organización política, de misión, tiene unas miradas que pueden complementar, pueden divergir, generar divergencia, pero también pueden complementar varias cosas”* [Entrevista 01-1]

## **6.2.Representación social de la violencia juvenil: Estructura**

El presente subcapítulo corresponde a la presentación de los resultados del análisis cuantitativo, y de su integración con la estructura resultante del análisis cualitativo. Desde el punto de vista de la corriente estructural, se considera que una indagación por el contenido de una representación social es insuficiente para reconocerla y especificarla, por lo que es necesario dar cuenta de la organización interna y del núcleo central (Abric, 2001a). Se expondrán a continuación las tendencias que pueden identificarse en torno a la organización del contenido de la representación social.

### **6.2.1. Acercamientos a la centralidad**

Los resultados del análisis de las elecciones sucesivas por bloques, como puede verse en la tabla 4 en el apéndice A, muestran que las unidades semánticas cuya priorización fue mayor entre los participantes: *Repetición o reproducción de comportamientos, educación, jóvenes, familia, falta de oportunidades, maltrato, asunto de elección – posibilidad de elegir, inequidad, agresión, daño-daños y dolor*. Es preciso anotar que estos resultados corresponden a una posible tendencia en la organización de los elementos de la representación social, pero el tamaño de la muestra no permite afirmar que sea más que una posibilidad tendencial.

Una lectura de esta organización jerárquica a la luz de las estructuras encontradas en el análisis cualitativo muestra que precisamente las unidades semánticas con mayor priorización coinciden con códigos y familias que se encuentran en las categorías sobre atribuciones causales y sobre las prácticas. Lo que a su vez lleva a realizar un proceso de integración entre los datos cualitativos y cuantitativos para establecer una hipótesis acerca de la estructura de la representación social, como se verá en el siguiente apartado.

### **6.2.2. Hipótesis sobre la composición del núcleo central y red de ideas periféricas**

El análisis del contenido y estructura de la representación lleva a la identificación de elementos con una fuerte tendencia de centralidad. Tanto el análisis de las elecciones sucesivas por bloques como el análisis por teoría fundada dejan entrever que las unidades semánticas con una mayor centralidad se ubican en el plano de las atribuciones causales, mientras que las palabras con un mayor valor descriptivo se ubican en la periferia de la representación. Desde el análisis cuantitativo se consideró aquellos grupos de unidades semánticas con un mayor valor C (centralidad jerárquica), y desde el análisis cualitativo atribuyó mayor peso a las agrupaciones de

códigos que tuvieran mayor cantidad de códigos generados, e interconexiones con las otras categorías. Con esto en mente, se procede a establecer una hipótesis sobre la tendencia que sigue el ordenamiento de los elementos en la representación social.

Cabe recordar que este trabajo constituye una formulación hipotética de las posibles tendencias que siguen, en su estructuración, los elementos hallados en el contenido de la representación social de los actores sociales, en la medida en que lo reducido del tamaño muestral permite.

La violencia, en su relación con los jóvenes, es generada y mantenida por la *repetición y reproducción de comportamientos y patrones*, por elementos presentes dentro de la *familia* y la *inequidad y falta de oportunidades*, las tres categorías encontraron un consenso unánime entre los participantes así como un lugar privilegiado no solo en el discurso explicativo sobre la violencia sino también sobre la generación de estrategias prácticas para intervenir sobre ella. Especialmente la *familia* ocupa un lugar transversal entre las atribuciones causales y las concepciones de la práctica, en la medida en que consideran indisociable el involucrar a la familia para que los efectos de la intervención tengan mayor probabilidad de continuidad.

En segundo lugar, según un criterio de centralidad, se encuentran las condiciones de *vulnerabilidad del joven* y la *definición* de la violencia. La categoría *vulnerabilidad del joven* ocupa un lugar que atraviesa tanto la esfera descriptiva como la explicativa de la representación. En las entrevistas se observa que el hablar de una definición de violencia, específicamente una juvenil, orienta a los participantes a hablar de cómo los jóvenes son particularmente vulnerables a las dinámicas de violencia de la ciudad y pasan a enumerar una serie de causas y determinantes.

En tercer lugar, ocupa también un lugar central el papel de la *resiliencia* y de la *educación*, más que todo en la esfera de las prácticas. Podría resumirse que los participantes muestran que a nivel de actores sociales se dan dos tendencias: una de ellas es promover capacidades resilientes a través de *trabajar con las potencialidades* de los jóvenes y de las comunidades para ejercer cambios en su entorno, y en segundo lugar, a privilegiar la educación como solución a las problemáticas de violencias en la medida en que es la *educación* la que puede transformar los elementos culturales que promueven la violencia en los jóvenes y, en palabras de los participantes, “*mostrarles otra forma*” de ver el mundo y de relacionarse con los otros. Es preciso considerar que la esfera de las prácticas, a juzgar por la interrelación de unidades semánticas, establece lazos con la de las atribuciones causales.

La figura 3 en el apéndice B muestra el sistema categorial final. Como categorías de primer orden se establecen *contenido* y *estructura*, sustentadas teóricamente sobre la teoría de núcleo central de las representaciones sociales (Abric, 2001a). Las categorías de primer orden se ubicaron de forma vertical y horizontal respectivamente, junto con las categorías de segundo orden que les pertenecen, creando regiones de sentido con estas categorías. Las categorías de tercer orden se constituyeron por las familias de códigos producto del análisis con teoría fundamentada. Las categorías de tercer orden fueron ubicadas en las regiones del gráfico de acuerdo a las regiones de sentido que les correspondieran, en especial para mostrar los casos de categorías que tuvieran poder de influencia sobre más de una clasificación.

La figura 4 (en el apéndice B) constituye una aproximación visual a los principales elementos de la estructura de la representación, y además permite hacerse una idea de la cercanía que tienen las familias de códigos de cada categoría con las demás. Esta figura muestra además, una organización en una forma circular, añadiendo solo algunos de los códigos más fuertes para

cada una de las categorías (ya que son muchos), así como un acercamiento a las categorías de tercer orden de acuerdo a su conexión. Las familias de códigos con mayor relación fueron representadas gráficamente con mayor cercanía entre ellas y por líneas que indican con determinados grosores los diferentes grados hipotéticos de interrelación. A medida que las ideas se alejan del núcleo central, estas adquieren no solo un papel menos recurrente en el discurso de los sujetos, sino que también su contenido se diversifica. Temáticas como manifestaciones de la violencia, sus consecuencias, las estrategias para intervenir, son entendidas por los participantes de formas diversas por lo cual el consenso no es predominante.

Estos tipos de diagramas fueron escogidos por dos razones. Primero, porque permiten mostrar un acercamiento general al sistema categorial, siguiendo el modelo de construcción de categorías de Galeano y Aristizábal (2008). Y segundo, porque las representaciones sociales se considera que conforman una estructura (Abrić, 2001a) y las posibilidades espaciales del gráfico permiten ilustrar una idea de la disposición estructural que tienden a adoptar los elementos de la representación; esto implica que pueden mostrarse los elementos no solo de acuerdo a la centralidad que ocuparían, sino también que pueden trazarse líneas de posibles relaciones que ilustran la compleja interconexión entre estos elementos.

## 7. Discusión

Los hallazgos basados en el discurso de los participantes sugieren que es inadecuado hablar de una “violencia juvenil” como objeto de la representación social. En vez de una conceptualización sobre esta, lo que se puede encontrar es una conceptualización generalizada de la violencia, ya sea como un daño intencionado, una obstrucción al libre desarrollo o una forma de atentar contra el bienestar o la felicidad de los otros. Cuando se contextualiza la discusión entre las múltiples conflictividades urbanas de la ciudad de Medellín, permite entrever que los jóvenes se relacionan de muchas y muy diversas maneras con la violencia. Los jóvenes viven una serie de condiciones de vulnerabilidad, sean estas la inequidad o exclusión social, la falta de oportunidades, la necesidad de reconocimiento, entre otras condiciones, que permiten que las conflictividades urbanas los involucren en formas que van más allá de las simples categorías de agresor o de víctima. Los participantes consideran que aún los jóvenes catalogables como agresores se involucran en sistemas delincuenciales que aprovechan sus carencias para incorporarlos a sus filas, todo ello enmarcado en un contexto cultural que naturaliza la violencia y la ilegalidad como un medio legítimo para la consecución de objetivos.

El término “violencia juvenil” puede implicar un sesgo, y es concebir la violencia como algo característico e inherente a la juventud, y que por lo tanto, responsabiliza al joven como un actor violento por sí mismo, por la persecución de sus propias motivaciones, cuando resulta más acertado diferenciar entre violencia contra los jóvenes, violencia entre jóvenes y violencia liderada por jóvenes. Uno de los referentes consultados, en concreto la obra de Fernández (1998), justifica el uso del término “violencia juvenil” porque aborda, por el contrario, otros tipos de violencia situados en un contexto socio-histórico distinto, en concreto los procesos de identidad que se circunscriben en las prácticas violentas de las tribus urbanas o grupos políticos

de jóvenes en la España de finales del siglo XX. Puede afirmarse que hablar de “violencia juvenil” implica atribuir a los jóvenes un papel activo en la génesis y mantenimiento de prácticas violentas. En palabras de Blair (como se citó en Jaramillo, 2001, p. 26) en el contexto socio-histórico que corresponde a la juventud de Medellín, las motivaciones de los jóvenes están cimentadas sobre bases que nada tienen que ver con la ideología política, entendidas como ideas sobre cómo la sociedad debe ser, tal como los casos de violencia juvenil en otras partes del mundo. Por el contrario, las violencias con las que interactúan los jóvenes parten del entrelazamiento entre los problemas derivados del desarrollo juvenil y las condiciones de violencia que los jóvenes encuentran desde sus entornos microsociales de interacción hasta los presentes en las condiciones estructurales.

Es de considerar también que no aparece de forma presente el término “violencia juvenil” en las entrevistas, a excepción de los casos en que es inducido por las preguntas mismas. Este hecho, refleja cómo es entendido y construido el objeto de la representación social, y puede sugerir que la responsabilidad de los jóvenes en sus vínculos con la violencia no es entendida por los participantes como algo inherente a los jóvenes sino algo con lo cual se relacionan debido a presiones provenientes de la cultura, de la familia, de un contexto social inequitativo, de las encrucijadas de la juventud.

Los planteamientos de Flament (2001) en torno a la relación entre la representación social y su objeto sostienen que no es el núcleo central el que reproduce pasivamente un objeto social objetivamente dado. Por el contrario, el núcleo central de la representación es lo que da forma al objeto social, en la medida en que modela la manera como los sujetos lo entienden, se comunican y actúan en pos de él. Por lo tanto la definición que los participantes establecen sobre la violencia en su relación con los jóvenes es crucial para el establecimiento de hipótesis sobre el núcleo

central. Con esto en mente, el punto de partida de la hipótesis del presente estudio debe considerar que, más acertado que definir “violencia juvenil” como objeto social, es considerar que la representación social es realmente sobre “las violencias relacionadas con los jóvenes” o, con aún mayor precisión “las relaciones que establecen los jóvenes con las violencias”. Considerando las funciones del núcleo central según el paradigma estructural, este hecho aparentemente irrelevante puede influenciar en gran medida la articulación de los demás elementos de la representación y las prácticas que consecuentemente se generan.

La construcción de hipótesis sobre el núcleo central, a su vez, debe considerar la importancia de las atribuciones causales que los participantes establecen para las violencias relacionadas con los jóvenes. El análisis de la estructura sugiere, como principal hallazgo, que las explicaciones otorgadas al funcionamiento del fenómeno social podrían constituir un elemento importante dentro de la hipótesis sobre núcleo central de la representación social. Y esta importancia está dada porque, en este caso, las explicaciones orientan las formas de actuar que establecen las instituciones y los individuos que las conforman, en otras palabras, las estrategias de intervención sobre la violencia.

En lo que concierne a las explicaciones o atribuciones causales, una mirada a las investigaciones revisadas en representaciones sociales sobre la violencia revela que el contenido suele incluir ideas o creencias que tienen como función explicar las razones por las que la violencia se produce. La investigación de Cavalcanti, Gomez y de Souza (2006), sobre la representación social de la violencia sexual hacia la mujer en profesionales de la salud muestra que, si bien hay una gran diversificación en las manifestaciones de violencia que hacen parte del contenido de la representación, tales manifestaciones son atribuidas a un reducido número de causas. En el estudio en cuestión, las causalidades se fundan en relaciones de género

inequitativas que promueven el abuso hacia la mujer, la presencia de dinámicas de violencia urbana incrustadas en la cotidianidad de la ciudad y la culpabilización de las víctimas, lo que hace que acepten pasivamente la violencia hacia ellas bajo el supuesto de que la merecen o la propiciaron de algún modo.

El estudio de Ferreira y de Souza (2013), el cual utilizó análisis de contenido a través de Alceste, encontró que la causalidad que la policía civil de Recife atribuye a la violencia delincencional urbana es, primordialmente, la presencia de violencia al interior de las familias. Igualmente, la investigación de Mayora y Castillo (2014), realizada con estudiantes escolares entre 6 y 13 años, también encuentra que los participantes atribuyen las causas de la violencia escolar a las interacciones sociales violentas que se dan en la familia y que se reproducen en el ámbito escolar. Otra aproximación desde la corriente estructural establece que la representación social del delito en mujeres convictas incluye un componente de atribuciones causales que giran alrededor de la situación económica y el desempleo, sumado esto a la falta de oportunidades de trabajo y estudio (Gaviria, 2007). No obstante, no se pudo determinar qué lugar en la estructura de las representaciones sociales ocupan las atribuciones causales.

La investigación de Caicedo (2007), por su parte, hace un análisis lexicográfico en el cual determina la centralidad de unidades semánticas tales como “muerte”, “guerra”, “maltrato”, “agresividad”, “pobreza” y “dolor”, pero sólo la unidad semántica “pobreza” se relaciona con las atribuciones causales encontradas en el estudio, las cuales giran alrededor de la insatisfacción de necesidades básicas y las razones económicas. Otras atribuciones causales no relacionadas a las unidades semánticas consideradas centrales fueron el maltrato en la niñez, razones político-ideológicas y la ausencia de prevención en las instituciones educativas.

Por otro lado, la investigación de Cocco et al. (2012) encuentra lo que los autores denominan “núcleos figurativos” o “de sentido”. Cada uno de estos núcleos hace referencia a alguna de las dimensiones de la violencia escolar identificadas por los sujetos, siendo estas dimensiones conducta antisocial, violencia entre pares, violencia profesor-estudiante y violencia en el contexto social y familiar. En el contenido de estos núcleos figurativos los participantes llegan a establecer un conjunto de causas que son comunes por lo menos a dos de los núcleos figurativos, causas entre las cuales se encuentran: a.) La necesidad de reforzamiento de la identidad de los jóvenes a partir de su pertenencia a *gangs*, el equivalente a pandillas, manifestada en la reivindicación de diferencias sociales y económicas con otros grupos de jóvenes y que fundamentan comportamientos de exclusión. b.) La presencia de frustración debida a necesidades básicas insatisfechas. c.) Las relaciones inequitativas de poder existentes entre pares, las cuales están caracterizadas por la impulsividad, el nerviosismo y las dificultades para la resolución de conflictos a través del diálogo, lo que desemboca en el desarrollo de estos a través de la violencia. d.) La presencia de conflictos familiares que los jóvenes tienden a manifestar en la forma como se relacionan con sus pares en la escuela.

Cabe anotar aquí una semejanza entre las atribuciones causales encontradas por Franco y Gaviria (2007), Cocco et al. (2012), Ferreira y de Souza (2013) y Mayora y Castillo (2014) con el presente estudio. En el aparte de resultados, las atribuciones causales reunidas bajo las familias de códigos “familia”, “reproducción y repetición de comportamientos y patrones” y los códigos “dificultad para entenderse con el otro”, “momento del desarrollo” (que alude a la forma como la necesidad de reconocimiento y búsqueda de identidad inciden a la pertenencia a grupos violentos), “no acceso” y “exclusión” dan cuenta de estos mismos factores en la forma como se relacionan las conflictividades urbanas con la juventud en el contexto de Medellín. Gaviria

(2007) encuentra como atribuciones causales del delito que estas giran alrededor de las duras situaciones económicas, concretamente la pobreza y el desempleo así como la falta de oportunidades de estudio y trabajo, factores enfatizados por los participantes de este estudio como parte de las condiciones estructurales que empujan a los jóvenes a buscar sustento en la vía armada. Los núcleos figurativos de la violencia en la escuela en la investigación de Cocco et al. (2012) se unifican alrededor de las causas mencionadas en el párrafo anterior, tocando temas como la encrucijada generacional de la búsqueda de identidad y pertenencia, la incapacidad para la negociación; pero además, la presencia de violencia dentro de la familia así como aspectos macro como la falta de oportunidades.

Así, esta investigación encuentra unas atribuciones causales que, en la representación de sus participantes, contienen nociones desde lo macro hasta lo micro (usando el vocabulario del enfoque ecológico). Esto es, desde condiciones socioeconómicas que afectan a los jóvenes hasta las interacciones del entorno microsocioal de la familia y la escuela, y del papel de la repetición y reproducción de comportamientos que lleva la lógica de relaciones violentas de la primera hacia el escenario de la segunda. En la presente aproximación, el conjunto de atribuciones causales también contiene factores que afectan a la juventud a gran escala, tales como la inequidad y la exclusión, y que le afectan en los contextos reducidos como la familia que se reproducen en la escuela; en este caso, todos estos factores se encuentran atravesados por una legitimación de la violencia que involucra a la cultura en todos esos niveles. Por último, el factor causal encontrado en la investigación de Mayora y Castillo (2016) también hace referencia a la presencia de violencia en el seno de la familia y que forman modelos de actuación que se reproducen en la escuela.

Es de notar que los participantes en todos los estudios terminan por hallar explicaciones y causalidades a las dinámicas de violencia que viven o presencian. Abric (2001a) explica que las representaciones sociales detentan una función de saber:

El saber práctico de sentido común – como le llama Moscovici, permite a los actores sociales adquirir conocimientos e integrarlos en un marco asimilable y comprensible para ellos en coherencia con su funcionamiento cognitivo y con los valores a los que se adhieren (Abric, 2001<sup>a</sup>, p. 15).

Por lo tanto, debido a sus funciones, parece ser muy común encontrar atribuciones causales en el contenido de las representaciones de la violencia. Sin embargo, la referencia teórica no determina si las tales atribuciones causales tienden a predominar en la conformación del núcleo central. Podría proponerse considerar que lo causal puede estar tanto en los elementos más centrales como en los más periféricos, pero los antecedentes encontrados son escasos en acercamientos desde el enfoque estructural con los cuales se pueda ubicar con claridad el lugar que las atribuciones causales ocupan dentro de la estructura de la representación social sobre la violencia. Lo que sí puede concluirse es que unas investigaciones encuentran muchas más atribuciones causales que otras y que, en el caso de las representaciones sociales sobre violencia, aquellas tienden de los mismos dos tipos: explicaciones desde lo macro que gravitan sobre la pobreza y falta de oportunidades, y explicaciones desde lo micro que se condensan en la violencia intrafamiliar y la reproducción de estos aprendizajes. Pueden incluir uno de ellos, o ambos.

Al fin y al cabo, las representaciones sociales tienen dimensiones grupales e históricas que son influidas, como afirma Giménez (1999), por las circunstancias contingentes y por factores como el lugar que ocupan los actores en el espectro social y la historia de los individuos

y grupos. Y tomando en consideración dichas dimensiones, puede proponerse considerar que en algunas representaciones las atribuciones causales pueden ocupar un papel mucho más constitutivo en el núcleo central que en otras representaciones. En algunas puede pesar más lo causal mientras que en otras lo actitudinal o lo descriptivo.

Aunque este estudio no incluyó en su objetivo develar los procesos de objetivación y anclaje, el trabajo realizado permite obtener pistas acerca de cómo se dan estos procesos. Atendiendo al análisis de elección sucesiva por bloques, en la estructura de las representaciones sociales se puede observar que los elementos más centrales corresponden a lo que en el análisis cualitativo aparece como explicaciones causales, y, además de que son más unánimemente compartidos, mientras más se alejan del centro las unidades semánticas se vuelven más concretas y precisas, más susceptibles de identificación a casos concretos.

En orden de centro a periferia, las unidades semánticas con menor priorización aparecen como maltrato, agresión, daño, dolor, rabia, muerte, golpes, venganza, peleas. Esto da pistas acerca del proceso de *objetivación*, porque son manifestaciones concretas y tangibles de la violencia, unidades semánticas que corresponden menos a lo abstracto y formal y más a lo observable y con lo cual los actores ejemplifican la violencia en lo que ven diariamente. El concepto de objetivación según Jodelet (1984) implica dotar las ideas de una estructura material corporeizándolos así en la vida cotidiana. Es decir, así como “amor” puede corporeizarse a través de significantes como gestos afectuosos, sensaciones corporales, etc., violencia es objetivado como maltrato, agresión, daño, dolor, etc.

Mientras tanto, la mayoría de las unidades semánticas más centrales de acuerdo con la matriz de priorización pertenecen al repertorio de ideas relacionadas con las causas, tales como “repetición y reproducción de comportamientos”, “educación”, “jóvenes” y “familia”. Es decir,

conceptos abstractos que no tienen como función dar cuenta de una manifestación tangible de la violencia, sino explicar de forma general muchas de las violencias. Es más, retomando la discusión sobre si el papel de las atribuciones causales podría más central en unas representaciones que en otras, es muy posible que esto esté dado por la forma cómo los procesos de objetivación y anclaje se dan.

Por otro lado, la presencia de esas unidades semánticas mencionadas en el nivel de abstracción de atribuciones causales (suponiendo que estas sean más abstractas que las demás en la medida en que hacen parte de un sistema de interpretación del objeto social) sugiere que tales unidades han pasado por una serie de procesos para llegar a dicho nivel. En otras palabras, el análisis también arroja pistas sobre el proceso de anclaje. Jodelet (1984) entiende como anclaje un proceso que articula tres funciones básicas de la representación social: la integración de lo que es nuevo, la interpretación de la realidad y la generación de prácticas.

Hay dos elementos que se acercan a la comprensión del anclaje, y lo hacen por una o más de estas razones: En algún momento fueron experiencias nuevas para los actores, han pasado a ser parte de su esquema de atribuciones causales, y han generado unas prácticas. El primer elemento es la experiencia en el trabajo con jóvenes. En el discurso, especialmente en la categoría de contenido referente a la práctica, se observa que las categorías centrales se fundamentan latentemente en frases como “hemos observado que”, “hemos descubierto que”. Esto se entremezcla con un segundo elemento que es el abordado en la codificación axial bajo el código “fundamentación teórica”. El discurso de los sujetos, dado el carácter de las instituciones a las que representan, está mediado a su vez por discursos institucionales, influenciados por el discurso de la sociedad del conocimiento. El que los participantes afirmasen trabajar desde un enfoque de salud pública, o tener formación en alguna disciplina de las ciencias sociales, o el

participar a nivel institucional investigaciones o construcciones de conocimiento para fundamentar las intervenciones, incide de alguna manera en la óptica que los actores tienen sobre el problema, así como la forma como entienden lo que funciona y lo que no funciona desde un plano de intervención.

Estos dos hechos permiten establecer tres hipótesis complementarias acerca del anclaje. Primero, que las experiencias del trabajo con sus comunidades se anclan al cuerpo de la representación de la violencia, formando ideas de lo que funciona y lo que no a la hora de intervenir así como las condiciones particulares que la causan; segundo, que en sus procesos de reflexión incorporan conceptos y modelos de las disciplinas en que fueron formados (o de otras disciplinas) a la estructura formada con sus experiencias. Una tercera hipótesis apunta a que esta integración entre ambas fuentes de saber (el práctico y el teórico) es el origen de la forma como entienden las prioridades y procederes de la intervención y, dada la diversidad de formaciones y experiencias entre los actores y participantes, esto lleva a que las instituciones tiendan a trabajar cada una sobre aspectos diversos como lo individual, sobre lo relacional, o sobre lo comunitario, o se enfoquen a fortalecer las estrategias de resolución de los conflictos o a potencializar las capacidades individuales.

Pasando al relacionamiento de los hallazgos con los referentes teóricos, una observación moderada permite encontrar también una serie de relaciones entre los esquemas causales de la representación social de los actores y el saber científico generado a nivel local y nacional. Al fin y al cabo, comparten lo que Jodelet (2008) denomina “esfera trans-subjetiva”, esto es, el universo de referentes que es común a todos los miembros de una colectividad, que son dados por supuestos en el intercambio verbal, y que está compuesto de las condiciones materiales de existencia como el sistema social, las normas y mentalidades, el espacio social y público, en una

palabra, lo histórico. Lo trans-subjetivo en este caso corresponde a la ciudad de Medellín y la particularidad histórica de las conflictivas urbanas con las que todos los habitantes se relacionan de una forma u otra, en otras palabras, unas violencias que son referente para los sujetos a nivel de ciudad. Dado este contexto, la investigación sobre violencia en Medellín presenta una prelación por entender la violencia relacionada con los jóvenes a partir de la violencia barrial y delincuencia ligada al narcotráfico y al territorio, o bien de la violencia escolar en forma de matoneo y acoso, o bien violencia dentro de la familia (Jaramillo, 2001).

Sin embargo, se observa en el discurso de los participantes menciones a otras violencias tales como las barras bravas y los movimientos estudiantiles violentos que, a pesar de que son tipos de violencia consolidadas dentro de la ciudad y en la que los jóvenes tienen una participación multitudinaria y protagónica, no son abordados a profundidad desde ninguna de las dos orientaciones. Ni de los participantes, ni de los estudios sobre violencia en la ciudad. Estas otras agrupaciones violentas tienen otras lógicas de significación, otras dinámicas y otras prácticas, que no son propiamente indagadas o abordadas, y esto puede deberse a que la investigación en violencia en Medellín tiende a centrarse en aquella que se estructura alrededor del narcotráfico, como reflejo de un enfoque de política pública que entiende la violencia como un tema de inseguridad, provocando a su vez que el estudio de la violencia relacionada con los jóvenes, como muestra el estado del arte de Jaramillo (2001), tienda a ir por la vía de estos intereses y estas percepciones de lo que es problemático.

La dinámica de las violencias se enmarca en una serie más amplia de factores contextuales, en el que desde diversos niveles del ecosistema pueden encontrarse procesos legitimadores de prácticas violentas. Tomando como base el estado del arte realizado por Martínez, Robles, Utria y Amar (2014), la sociedad colombiana en la que se enmarca la sociedad

de Medellín posee, en los distintos entornos (macrosocial, mesosocial, microsocioal), una compleja multiplicidad de aspectos que legitiman la violencia.

En el nivel más amplio se encuentra una cultura que posee actitudes y creencias ampliamente compartidas sobre la violencia como mecanismo válido para la protección, como método de educación y crianza, como método de defensa de sí mismo y de la familia, y que es reforzado por unos medios masivos de comunicación en los que se valida la violencia como método de resolución de conflictos. En este caso, cobra especial importancia el papel de las comunidades barriales, sobre todo las que presentan condiciones de exclusión social, considerando que “la inmersión crónica de los niños en una comunidad violenta funciona como un fuerte contexto de aprendizaje del sistema de creencias normativas sobre la violencia, lo que genera una aceptación y normalización de las respuestas violentas” (Martínez et al., 2014, p. 144). El joven, desde sus etapas tempranas de desarrollo, está expuesto a las prácticas sociales de violencia consolidadas en el barrio tales como las fronteras invisibles, los asesinatos, la extorsión, y durante su crecimiento las naturaliza como algo dado. Por último, a nivel individual, se presenta la desconexión moral, definida por Bandura (2002) como un proceso en el cual el sujeto reduce el conflicto de valores internos y justifica sus prácticas violentas, lo cual se complementa con lo comentado anteriormente acerca de cómo los factores contextuales y los procesos de significación aportan a desarrollar un sistema de valores favorable a la violencia.

La familia de códigos “repetición y reproducción de comportamientos y patrones” da cuenta de la forma como simbólicamente se adopta una serie de valores culturales que justifican la aparición de la violencia. Este proceso simbólico puede relacionarse y explicarse, a su vez, con los planteamientos de la teoría social cognitiva acerca de cómo se establecen sistemas morales

favorables a la violencia. Bandura (1977) plantea que los modelos de comportamiento contribuyen a aprendizajes que construyen el sistema de autorregulación moral del individuo.

Vital importancia es otorgada, en el discurso de los participantes, a los procesos de identificación de figuras que existen en los micro y mesosistemas, el observar la presencia de figuras dentro de la misma familia que no solo utilizan la violencia y el maltrato dentro del hogar como un medio legítimo para el ejercicio del poder, sino que también participan en diversas formas de las redes delincuenciales enraizadas en los barrios; igualmente, la presencia en los barrios, en la ciudad y en la televisión de elementos de una “cultura narco”, que contiene unos valores sociales e ideales relacionados al rápido enriquecimiento y la justificación de la ilegalidad, y que legitiman la participación en actividades ilegales para obtener reconocimiento, querer ser como el “duro” del barrio o ser aceptado dentro de grupos de iguales.

Bandura (1977) también afirma que la incorporación de estas pautas de comportamiento se acentúa cuando se aprende de la observación de personas significativas. En el discurso de los participantes se da cuenta de figuras significativas que se encuentran dentro de la familia, como primos, tíos, hermanos que pertenecen a combos; y fuera de la familia, como amigos que satisfacen una necesidad de afiliación social, identidad y pertenencia, y que al estar involucrados a situaciones de violencia involucran al joven también. Una vez dentro, hay unas redes de relaciones donde puede obtener diversos reforzamientos, tales como el reconocimiento dentro del combo o la banda, por sí mismo o a través de las figuras de autoridad.

En otras palabras, tanto el modelo de desarrollo ecológico como la teoría social cognitiva compatibilizan con la forma como los actores entienden la influencia de los diversos niveles del contexto sobre la adaptación del joven al medio, y contribuye a explicar por qué las condiciones

de vulnerabilidad e inequidad en su combinación con el peso de la cultura están relacionadas con una mayor probabilidad de aparición de la violencia.

El planteamiento de los actores acerca de la espiral de exclusión sirve para integrar la forma como la reproducción de comportamientos y las situaciones de inequidad se juntan para acrecentar el riesgo del joven de participar en comportamientos violentos. La violencia juvenil reviste una complejidad que trasciende los estatutos de víctima y agresor, dado que el joven de Medellín es a su vez afectado por unas condiciones de violencia cultural y estructural que, aunado a la constitución de un sistema moral que justifica la aparición de la agresión, se pone en la posición de agresor sin dejar de ser víctima. El joven es víctima y agresor a su vez.

Pasando al plano de las prácticas, en la literatura existe discusión sobre la mutua influencia entre prácticas y representaciones, es decir, si son más determinantes las prácticas sobre la construcción de representaciones sociales o si son estas últimas las que determinan las primeras (Abric, 2001c). No obstante, este autor explicita que hay dos situaciones en las cuales el peso de las representaciones sobre la determinación de las prácticas es mucho mayor. Una de ellas es cuando hay una carga afectiva fuerte y donde la referencia a la memoria colectiva es necesaria para mantener o justificar la identidad, la existencia del grupo o prácticas grupales. La otra es cuando se trata de actores que disponen de una autonomía relativa respecto a las obligaciones a los que la situación social les deriva, o respecto al sistema de relaciones de poder en que se encuentran. La presente investigación, contextualizada en este segundo tipo de situaciones, cuenta con la participación de actores sociales que efectúan iniciativas con una finalidad política. Esta finalidad consiste en incidir positivamente en la transformación de la realidad social interviniendo sobre las problemáticas de violencia, a través de la promoción de resiliencia y la participación en los procesos de formulación y ejecución de políticas públicas.

Retomando a Sabatier y Jenkins-Smith (1999) los procesos de agrupación de actores y la movilización de sus recursos están mediados por la existencia de un sistema de creencias en mayor o menor medida compartido; las políticas públicas, que representan la respuesta social y política hacia lo que es considerado como problemas sociales, se transforman a partir de fuerzas que actúan en un subsistema. Estas fuerzas son encarnadas por los mismos grupos de actores, los intereses que persiguen y los recursos con los que cuentan, por lo tanto, son fuerzas que están dotadas de una autonomía relativa en el entramado de relaciones de poder que conforma la sociedad. Esto implica que los actores sociales de este estudio buscan intervenir sobre la realidad social de acuerdo al sistema de creencias que los guía.

La interacción entre las prácticas y el contenido de la representación social confirma en cierta medida lo expresado por Abric (2001c). Los hallazgos muestran una estrecha relación entre la estructura de atribuciones causales de las que dan cuenta los participantes y las acciones que utilizan para intervenir. Concebir la violencia como fundamentada en el aprendizaje de formas de relacionarse que la promueven (como dan cuenta los códigos “familia” y “repetición y reproducción de comportamientos y patrones”) lleva a formular intervenciones que buscan modificar estas formas de relacionamiento, e igualmente, reconocer el papel que juega la educación en este proceso de cambio. Por otro lado, el adoptar el enfoque de resiliencia en su comprensión del problema lleva a algunos actores a incorporar acciones que giran alrededor de fortalecer las potencialidades de los sujetos a través del trabajo sobre el proyecto de vida; esto sumado a comprender la violencia en la magnitud de sus implicaciones barriales, también despierta un reconocimiento de la importancia de promover la resiliencia a nivel comunitario.

Por último, otra mirada a algunos de los antecedentes muestra que investigar sobre representaciones sociales de la violencia puede arrojar ideas no sólo acerca de las causas, sino de

ideas en cuanto a cómo intervenir sobre el problema. La investigación de Oehmichen (2013) coincide con el pensamiento de los participantes de esta investigación en que, según las representaciones predominantes, la educación es vista como una de las soluciones a las situaciones de violencia, al igual que contar con más instalaciones deportivas e instructores capacitados para promover que los jóvenes tengan un mejor aprovechamiento del tiempo libre y se alejen del consumo de drogas, catalogado también como uno de los factores de incremento de la violencia según el saber construido por los habitantes urbanos. La investigación de Cocco et al. (2012) también muestra que los mismos estudiantes que viven la situación de violencia escolar consideran que una de las soluciones sería promover la resolución de conflictos a través del diálogo. Por lo tanto, puede identificarse que las representaciones sobre la violencia, a medida que generan atribuciones causales sobre su génesis, también pueden generar ideas acerca de alternativas de cómo intervenir sobre ella y generar prácticas asociadas.

### **7.1.Limitaciones y oportunidades**

En primer lugar, es necesario aclarar que el alcance de la investigación fue descriptivo-analítico, por lo tanto, no se abarcó el tercer tiempo lógico de investigación estructural en representaciones sociales, el cual requeriría de otra serie de métodos cuantitativos para la comprobación de hipótesis y establecimiento de un sistema explicativo (Abric, 2001b) así como una selección muestral más amplia que permitiese realizar inferencias aplicables a la población, por lo tanto, los hallazgos que corresponden a la estructura de la representación pueden considerarse en mayor o menor medida hipotéticos, con lo cual se establece un punto de inicio para investigaciones posteriores. Es necesario hacer la salvedad de que los resultados que aquí se muestran se condensan en una hipótesis sobre ciertas tendencias de la estructura de representaciones sociales sobre la violencia juvenil en el grupo de actores sociales escogido.

Tanto el alcance del estudio como la limitada representatividad de la muestra no permite establecer un saber confirmatorio, mas sí mostrar unas orientaciones posibles sobre la forma de representar la violencia en el grupo de actores de la Mesa de Resiliencia.

En segundo lugar, se presentó una limitación logística concerniente al acceso a la población. La Mesa de Resiliencia fue un espacio de libre asistencia, en el que la participación era completamente voluntaria, y los compromisos de participación estaban determinados por los intereses sobre resiliencia a nivel de ciudad y los procesos de acción colectiva puestos en marcha. Los actores sociales tenían la libertad de unirse o desvincularse voluntariamente, y sus representantes tenían la libertad de dejar de asistir. Esto dificultó hasta cierto punto el acceso a la población de algunas de las actividades. Una de las instituciones fue descartada del estudio precisamente porque dejó de participar en el espacio. Igualmente, entre las estrategias de recolección se programó varias veces un grupo focal que se desarrollaría en una de las sesiones de la Mesa, pero en ninguno de los casos asistieron más de dos de los participantes del estudio, actividad posteriormente descartada en el proceso de recolección.

Esto lleva a una tercera limitación en el estudio, de relevancia teórica. La teoría de las representaciones sociales en gran medida corresponde a una herramienta para determinar la posición que un determinado grupo tiene acerca de un aspecto de la realidad social hacia el cual todos sus miembros guardan una relación relativamente homogénea (Jodelet, 2008). Se puede discutir si la Mesa de Resiliencia puede o no categorizarse como un grupo, debido a que carece del poder coercitivo y estabilizador que es atribuido a los grupos naturales. Sobre el estatuto de “grupo” Rouquette (2011) afirma que los grupos se caracterizan porque normalmente preexisten al individuo, y este se construye a partir de los esquemas y normatividades del grupo. Los esquemas cognitivos y normativos de los grupos, a la manera de entender de Abric (2001a)

suelen ser impuestos y suelen tener una fuerza coercitiva, mientras que en la Mesa las relaciones eran libres y negociadas así como los saberes e interpretaciones disímiles y diversos, sumado a que la resiliencia como tema de interés que los agrupa no constituye necesariamente un referente de pertenencia.

La Mesa de Resiliencia obedece más a la descripción de una red. El paradigma sociológico de las redes comprende que los individuos e instituciones se vinculan entre sí como si fuesen nodos o puntos, unidos por lazos o cuerdas que unen todos o parte de los puntos; las redes a su vez se interconectan con redes más amplias y tienen diversos grados de estabilidad, siendo esta dependiente de los condicionantes sociales, culturales y laborales que permitan establecer marcos de referencia; por lo tanto, se comprende que haya redes muy unidas, estructuradas de muchas relaciones, así como redes menos unidas compuestas de relaciones menos cercanas (Ballester, Pascual y Vecina, 2014). Esto sumado a que, en el proceso de formulación y ejecución de políticas públicas, las redes sociales cumplen un papel preponderante en el flujo y engrosamiento del capital social (Ballester et al., 2014). Sin embargo, no se consideró que la falta de estatuto grupal opacase la relevancia estudiar los contenidos de la representación social de la violencia relacionada con los jóvenes en este grupo de actores. Comparten en común que se encuentran expuestos a un mismo contexto sociocultural con especificidades en cuanto al comportamiento de problemáticas tales como la violencia y la vulnerabilidad de los jóvenes a ella, así como también comparten una intencionalidad de acción social en lo que corresponde a diversas problemáticas de ciudad que involucran a jóvenes. Según Castorina (2003, p. 12) “lo que permite calificar de sociales a las representaciones no son tanto sus soportes individuales o grupales como el hecho de que sean elaboradas durante los intercambios comunicativos y la interacción en las instituciones”. De todos modos, hubo

intercambios reflexivos y significantes sobre la temática de violencia juvenil en las sesiones de la Mesa de Resiliencia, que se ven reflejados en el análisis de las entrevistas. El énfasis puesto sobre la Mesa de Resiliencia en la etapa de delimitación de participantes, se estableció en la medida en que, al igual que cualquier otro tipo de grupo, posibilita intercambios discursivos entre actores sociales alrededor del interés sobre la resiliencia en función a las problemáticas de ciudad, considerando una serie de condicionantes de sus procesos de acción social que, aunque no hay visos de que condensen una identidad, los unen en una causa común.

Por último, la realización de esta investigación deja vías abiertas a nivel de la investigación en representaciones sociales. Por un lado, se obtuvieron valiosos aprendizajes en lo que corresponde a la forma como puede ser abordado el estatuto de los grupos en la estructuración de las representaciones, y sentando interrogantes para indagar cómo se desarrollan las representaciones en grupos de actores que obedecen más a la descripción de redes.

Por otro lado, otorga una base para establecer un estudio de tipo explicativo para abordar un tercer tiempo lógico según el esquema multimetodológico de Abric (2001b) contemplando una muestra mayor para establecer inferencias confirmativas sobre la estructura de la representación, o bien continuar procesos de investigación procesual con el fin de profundizar en los mecanismos de objetivación y anclaje que influyen sobre esta estructura de representaciones.

## 8. Consideraciones finales

Los hallazgos del presente acercamiento al proceso psicosocial de representación de la violencia juvenil puede resumirse en los siguientes aspectos:

- ❖ Como hipótesis, se llegó a establecer que la representación social de la violencia tiene como elementos centrales un conjunto de explicaciones causales sobre la violencia, que están estrechamente ligadas con la forma como los actores orientan las prácticas sociales expresadas en sus estrategias de intervención, y de una definición compartida de lo que se considera como violencia. Los elementos periféricos son diversos y son, principalmente, ideas acerca de las manifestaciones y consecuencias de la violencia, una variedad de estrategias de intervención y percepciones sobre las acciones que se ejercen sobre el problema.
  
- ❖ El razonamiento de los participantes no comprende la *violencia juvenil* como un tipo particular de violencia. Lo que existe realmente es una forma particular de afectación a los jóvenes a partir de las dinámicas de violencia presentes en el contexto, lo cual lleva a trascender las categorías de víctima y victimario para entender la relación entre jóvenes y violencia.
  
- ❖ El concepto de violencia se resume en todo acto que revista una *afectación* dirigida a la integridad física y psicológica de una persona, comunidad o institución y que afecte el bienestar y la felicidad de los seres humanos al igual que constituya una limitación al libre desarrollo.

- ❖ El núcleo de la representación podría estar dominado por las explicaciones causales sobre la violencia, resumido en dos pares de familias semánticas, las cuales son “repetición y reproducción de comportamientos y patrones” y “familia”, por un lado, y “vulnerabilidad del joven” e “inequidad y falta de oportunidades” por el otro. El primer par da cuenta de que la violencia es entendida desde los procesos culturales que se dan en los niveles de socialización más cercanos a individuo y que, a través de las figuras y relaciones sociales significativas reproduce un sistema valórico en el que se adopta justifica la agresión. El segundo, que la violencia surge como respuesta a una serie de factores estructurales y sociales como el narcotráfico, la pobreza, la exclusión y la inequidad, a los que los jóvenes son especialmente vulnerables por la falta de oportunidades, por las exclusiones que con más fuerza se dirigen hacia a ellos, y por su necesidad de pertenencia grupal, identidad y reconocimiento. La inequidad y la exclusión son entendidas como violencias indirectas que desde lo cultural y estructural afectan al joven.
  
- ❖ Así, las prácticas sociales, entendidas como las formas de intervención de los actores, basan sus elementos centrales sobre las atribuciones causales. Por lo tanto, gran parte de las estrategias de intervención se dirigen aquellos factores que influyen el proceso de transmisión de estos valores culturales, como la familia y la educación, a través de las cuales se puede trabajar desde las potencialidades de los jóvenes y comunidades, así como hacer interiorizar en ellos formas de ver el mundo, ver al otro y de resolver conflictos alternas a las relacionadas a la violencia y que promueven la convivencia. Lo que se diversifica son las ideas periféricas sobre las estrategias concretas para hacerlo posible.

- ❖ En las investigaciones consultadas sobre violencia en Medellín, como en los discursos de los entrevistados en este estudio, el conjunto de manifestaciones concretas de la violencia en la que participan jóvenes gira alrededor de la violencia delincuencia y barrial ligada al narcotráfico, seguida de la violencia escolar, siendo dejadas en segundo plano las violencias de barras bravas y movimientos estudiantiles que pueden tener dinámicas de simbolización diferentes, aunque relacionadas. Esto, indirectamente, muestra lo que en el entorno puede estarse considerando como importante, y potencialmente puede privilegiar más un enfoque reactivo y de seguridad en lo que corresponde a la forma como en el entorno se diseñan políticas públicas para intervenir sobre la violencia.

## Referencias

- Abric, J-C. (2001a). Las representaciones sociales: aspectos teóricos. En: J-C. Abric (ed.), *Prácticas Sociales y Representaciones*. México D.F.: Coyoacán
- Abric, J-C. (2001b). Metodología de recolección de las representaciones sociales. En: J-C. Abric. *Prácticas Sociales y Representaciones*. México D.F.: Coyoacán.
- Abric, J-C. (2001c). Prácticas sociales, representaciones sociales. En: J-C. Abric. *Prácticas Sociales y Representaciones*. México D.F.: Coyoacán.
- Araya, S. (2002). *Representaciones Sociales: ejes teóricos para su discusión*. San José de Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO.
- Ariza-Sosa, G.R. (2011a). Las representaciones sociales de la violencia en las relaciones de pareja en Medellín en el siglo XXI. *Revista CES Psicología*, 6 (1). 134 – 158.
- Ariza-Sosa, G. R. (2011b). *La violencia en las relaciones de pareja en Medellín y sus representaciones sociales*. Tesis Doctoral. Bogotá: Doctorado en Salud Pública Universidad Nacional de Colombia.
- Ballester, L., Pascual, B. y Vecina, C. (2014). Redes sociales, políticas públicas y capital social. *Aposta, revista de ciencias sociales*, 61.
- Banchs, M.A. (2000). Aproximaciones procesuales y estructurales al estudio de las representaciones sociales. *Papers on Social Representations*, 9.
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (2002). Selective Moral Disengagement in the Exercise of Moral Agency. *Journal of Moral Education*, 31 (2), 101-119.

- Bandura, A. (2004). Social cognitive theory for personal and social change by enabling media. En: A. Singhal, M. J. Cody, E. M. Rogers, y M. Sabido (Eds.), *Entertainment-education and social change: History, research, and practice* (pp. 75-96). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum. Disponible en: <https://www.uky.edu/~eushe2/Bandura/Bandura2004Media.pdf>
- Bandura, A., Ross, D., y Ross, S. A. (1961). Transmission of aggression through imitation of aggressive models. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 63, 575-582. Disponible en: <http://psychclassics.yorku.ca/Bandura/bobo.htm>
- Barrero, E. (2003). *Las representaciones sociales en la Psicología Social de la liberación*. Bogotá: Universidad Incca de Colombia.
- Barrero, E. (2008). *De Macondo a Mancuso: Conflicto, violencia política y guerra psicológica en Colombia: Una aproximación desde la psicología social crítica*. Bogotá: Cátedra Libre
- Barrero, E. (2011). *Estética de lo atroz*. Bogotá: Cátedra Libre.
- Blair, E. (2004). *Muertes violentas: La teatralización del exceso*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Blair, E.; Grisales, M. y Muñoz, A.M. (2009). Conflictividades urbanas vs. «guerra» urbana: otra «clave» para leer el conflicto en Medellín. *Universitas Humanistica*, 67. 29 – 54.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Briones, G. (1988). *Métodos y Técnicas avanzadas de investigación aplicadas a la educación y a las ciencias sociales*. Bogotá: ICFES PIIIE.

- Bronfenbrenner, U. (1979). *The Ecology of human development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Caicedo, S. (2007). *Representación Social de la violencia en estudiantes universitarios de la Universidad de Antioquia. Tesis de Pregrado*: Medellín: Universidad de Antioquia.
- Camacho, A. (1995). Cinco tesis sobre el narcotráfico y violencia en Colombia. En: G. Sánchez y O. Peñaranda (comp.) *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: IEPRI – CEREC.
- Cavalcanti, L.; Gomez, R. y de Souza, M.C. (2006). Representações sociais de profissionais de saúde sobre violência sexual contra a mulher: estudo em três maternidades públicas municipais do Rio de Janeiro, Brasil. *Cad. Saúde Pública, Rio de Janeiro*. 22 (1): 31 – 39.
- Castorina, J.A. (2003). *Representaciones sociales. Problemas teóricos y conocimientos infantiles*. Buenos Aires: Gedisa.
- Catalano, R., Berglund, L., Ryan, J., Lonckzak, H. y Hawkins, D. (2004). Positive youth development in the United States: Research Findings on Evaluations of Positive Development Programs. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*. 591. 98 – 124.
- Cejudo, G. (2008). En: M. Merino y G. Cejudo (comp.) *Problemas, decisiones y soluciones: Enfoques de Política Pública*. Mexico D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Cerdá, H. (2000). *Los elementos de la investigación*. Bogotá: El Búho.

Cocco, M., Bastos, E., Carmo, A., Sartori, I., dos Santos, M. y Moraes, C. (2012).

Representações sociais da violência escolar na expressão de jovens estudantes. *Revista Eletrônica de Enfermagem*, 14, (3): 514 – 22.

Crabtree, B. F. y Miller, W.L. (1992). Clinical Research: A multimethod typology and qualitative roadmap. En: B. Crabtree y W. Miller. *Doing qualitative research*. London: SAGE.

Duque, L.F.; Sierra, C. y Montoya, N. (2009) Las violencias en Medellín y los municipios vecinos. En: Previva (ed.) *La violencia en el Valle de Aburrá: Caminos para la Superación*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Fernández, C. (1998). *Jóvenes Violentos: Causas psicosociológicas de la violencia en grupo*. Barcelona: Icaria – Antrazyt.

Fernández, C., Revilla, J., Domínguez, R., Ferreira, L. y Silva, J. (2013). Explicaciones y representaciones de la violencia de jóvenes escolares brasileños. *Revista de Educación*, 361.

Ferrándiz-Martin, F. y Feixa-Pampols, C. (2004). Una mirada antropológica sobre las violencias. *Alteridades*, 14 (27).

Ferreira, L. y de Souza, M.F. (2013). Representações sociais de violência urbana entre policiais civis. *Revista Psicologia: Teoria e Prática*, 15(2), 76-91.

Flament, C. (1992). Request to all researchers in the field of Social Representations. *Papers on Social Representations*. 1. [Disponible en: <http://www.psr.jku.at/frameset.html>].

- Flament, C. (2001). Estructura, dinámica y transformación de las representaciones sociales: En. J.C. Abric (ed.) *Prácticas Sociales y Representaciones*. México: Coyoacán.
- Franco, L.A. y Gaviria, D. Y. (2007). *Representaciones sociales del delito en las mujeres que cumplen su condena en el centro de reclusión El Buen Pastor de la ciudad de Medellín. Tesis de Pregrado*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Galeano, M.E. y Aristizábal, M.N. (2008). Cómo se construye un sistema categorial. *Rev Estudios de Derecho*, 65 (1).
- Galtung, J. (1969). Violence, Peace and Peace Research. *Journal of Peace Research*, 6 (3).
- Galtung, J. (1990). Cultural violence. *Journal of Peace Research*, 27 (3).
- García, E. (2007). El concepto de actor. Reflexiones y propuestas para la ciencia política. *Andamios*, 3 (6).
- Giddens, A. (1994). *El Capitalismo y la Moderna Teoría Social*. Barcelona: Labor.
- Gil, M.Y. (2014). Medellín en su laberinto: Criminalidad y Violencia en los comienzos del siglo XXI. En: A.M. Jaramillo y C.M. Perea (ed.) *Ciudades en la Encrucijada: Violencia y poder criminal en Río de Janeiro, Medellín, Bogotá y Ciudad Juárez*. Medellín: Corporación Región.
- Giménez, G. (1999). Importancia estratégica de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales. En: R. Reguillo y R. Fuentes (coords.) *Reflexiones desde la cultura*. Zapopan, Mexico: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 71 - 96
- Gracia, E. y Musitu, G. (2000). *Psicología social de la Familia*. Buenos Aires: Paidós.

- Grisales, H.; Márquez, F. y Rojas, J.C. (2014) Construcción de un índice de desarrollo para jóvenes de 14 a 26 años, Medellín, Colombia. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 35 (4). Disponible en: [http://www.scielosp.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1020-49892014000400002](http://www.scielosp.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1020-49892014000400002)
- Guba, E.G. (1990). The alternative paradigm dialog. En. E.G. Guba (ed.) *The paradigm dialog*. Newbury Park: Sage.
- Guimelli, C (1994). Transformation des représentations sociales, pratiques nouvelles et schèmes cognitifs de base. En: C. Guimelli (Ed). *Structures et transformations des représentations sociales*. Paris: Delachaux et Niestlé, 171-198.
- Gutiérrez, S. (2005). Políticas culturales y representaciones sociales. En: *Anuario de Investigación año 2004. Universidad Autónoma Metropolitana*. México. D. F.: UAM-X, CSH.
- Gutiérrez, S. (2007). Las representaciones sociales: Panorama bibliográfico. *Revista Versión*, 19. 315 – 340.
- Guzmán, G., Fals Borda, O. y Umaña, E. (1977). *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social. Tomo I*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, P. (2010), *Metodología de la Investigación*. México D.F.: McGraw-Hill.
- Hurtado de Barrera, J. (2010). *Metodología de la Investigación: Guía para la comprensión holística de la ciencia*. Caracas: Quirón.
- Ibañez, T. (1988). *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona: Sendai.

- Jaramillo, A.M. (2001). *Acerca de los estudios sobre conflicto armado y violencia urbana en Medellín (1985 – 2009). Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*, Medellín: Universidad de Antioquia. Disponible en:  
[http://www.region.org.co/images/publicamos/documentos/Acerca de los estudios sobre conflicto armado y violencia urbana en Medellin.pdf](http://www.region.org.co/images/publicamos/documentos/Acerca_de_los_estudios_sobre_conflicto_armado_y_violencia_urbana_en_Medellin.pdf)
- Jaramillo, C. (2012). *Pacto de Reconocimiento Mutuo para Convivir al Derecho desde la Escuela: Las representaciones sociales sobre la violencia escolar de los estudiantes del grado séptimo de básica secundaria de la institución educativa Alcaldía de Médellín. Tesis de Pregrado*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Jodelet, D. (2008). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. *Cultura y Representaciones Sociales*, 3 (5). 32 – 60.
- Jodelet, D. (1984). Les représentations sociales: phénomènes, concept et théorie. En: S., Moscovici (ed.) *La Psychologie Sociale*. Paris: PUF.
- Krause, M., Torche, P., Velásquez, E. y Jaramillo, A. (2014). Social representations of violence among young Chileans involved in violence. *Psicoperspectivas: Individuo y Sociedad*, 13 (2), 55-66.
- López, H. (2001). *Investigación Cualitativa y Participativa: Un enfoque histórico-hermenéutico en psicología y educación ambiental*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- López, R. (2009). *Representaciones de violencia y paz que los niños y las niñas significan a través de noticieros de televisión: estudio con alumnos y alumnas de grado 5to de primaria del Instituto Cultural RioSucio. Tesis de Maestría en Educación*. Manizales: Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud CINDE.

- Luthar, S., Cicchetti, D. y Becker, B. (2000). The construct of resilience: A critical evaluation and guidelines for future work. *Children Development*, 71 (3): 543 – 562.
- Martín-Baró, I. (2003). *Poder, Ideología y Violencia*. Madrid: Trotta.
- Martínez, M., Robles, C., Utria, L. y Amar, J. (2014). Legitimación de la violencia en la infancia: un abordaje desde el enfoque ecológico de Bronfenbrenner. *Psicología desde el Caribe*. 31 (1). 133 – 160.
- Mayora, F. y Castillo, M. (2014). Representaciones sociales de la violencia en escolares de instituciones educativas venezolanas. *Revista de Investigación*, 81 (38).
- Milgram, S. (1980). *Obediencia a la autoridad*. Barcelona: Desclée de Brouwer.
- Ministerio de Protección Social (2006). *Ley 1090 de 2006*. Bogotá: Congreso de Colombia.
- Moreno, R. (2003). Conflicto y violencia urbana en Medellín desde la década del 90: algunas valoraciones. En: B. Balbín y B. Harrys, *Violencias y conflictos urbanos: un reto para las políticas públicas*. Medellín: Instituto Popular de Capacitación.
- Moscovici, S. (1979). La representación social: Un concepto perdido. En: S. Moscovici (ed.). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.
- Moscovici, S. (1988). Notes towards a description on social representations. *European Journal of Social Psychology*, 18.
- Oehmichen, C. (2013). La “violencia de siempre” representaciones de la violencia delincencial en un barrio popular de la Ciudad de México. *Anales de Antropología*, 47 (1).
- Organización Mundial de la Salud (2003). *Informe sobre la violencia y la salud*. Washington, DC: Organización Panamericana de la Salud.

- Ortiz-Molina, B.I. (2011). Violencia escolar: la mirada de los maestros sobre las relaciones de colegaje. *Magis*, 4, (8). 369 – 382.
- Packer, M. (2013). *La ciencia de la Investigación Cualitativa*. Bogotá: Ed. Uniandes.
- Previva (2009). *La violencia en el Valle de Aburrá: Caminos para la superación*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Previva (2013). *Boletín #1 Proyecto Caminos para la Resiliencia*. Disponible en: [https://issuu.com/resilienciamed/docs/bolet\\_n\\_1\\_proyecto\\_caminos\\_a\\_la\\_re](https://issuu.com/resilienciamed/docs/bolet_n_1_proyecto_caminos_a_la_re)
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD (2003). *El Conflicto, callejón con salida. Informe Nacional de Desarrollo Humano para Colombia*. Bogotá: PNUD.
- Rateau, P. y Lo Monaco, G. (2013). La Teoría de las Representaciones Sociales. Orientaciones conceptuales, aplicaciones y métodos. *Revista CES Psicología*, 6. (1). 22 – 42.
- Reguillo, R. (2007) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.
- Restrepo-Ochoa, D. A. (2013). La Teoría Fundamentada como metodología para la integración del análisis procesual y estructural en la investigación de las Representaciones Sociales. *Revista CES Psicología*. 6 (1).
- Riaño, P. (2006). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín: Una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: ICANH.
- Rockefeller Foundation (2015). 100 Resilient Cities. Medellín's Resilience Challenge. Disponible en: <http://www.100resilientcities.org/cities/entry/medellins-resilience-challenge#/-/>

- Rodríguez, T. (2003). El debate de las Representaciones Sociales en la Psicología Social. *Relaciones*, XXIV (93) 53 – 80.
- Rodríguez, T. (2007). Sobre el estudio cualitativo de la estructura de las representaciones sociales. En: T. Rodríguez y M. de L. García (coord.) *Representaciones Sociales. Teoría e Investigación*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Romero, D.R. (2012). *Representaciones Sociales de la Violencia escolar entre pares en estudiantes de tres instituciones educativas públicas de Bogotá, Chía y Sopó, Cundinamarca. Tesis de Maestría*. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia.
- Roth, A.N. (2002). *Políticas Públicas: Formulación, Implementación y Evaluación*. Bogotá, D.C.: Aurora.
- Rouquette, M.L. (1994). *Sur la connaissance des masses. Essai de psychologie politique*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.
- Rouquette, M.L. (2010). La teoría de las representaciones sociales hoy: esperanzas e impases en el último cuarto de siglo (1985 – 2009). *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 6 (1). 133 – 140.
- Rouquette, M. L. (2011). ¿Qué hay de social en las representaciones sociales? *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 3 (1).
- Rubio, R. y Rosero, A. (2010). El Advocacy Coalition Framework de Paul A. Sabatier: un marco de análisis de política pública basado en coaliciones promotoras. En: A.N. Roth (Ed.) *Enfoques para el análisis de políticas públicas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 183 – 212.

- Ruiz, J., y Vélez, B. (2004). *Medellín: Fronteras Invisibles de Exclusión y Violencia*. Medellín: Editorial Centro de Estudios de Opinión Universidad de Antioquia.
- Sabatier, P. (1998). The Advocacy Coalition Framework: Revisions and Relevance for Europe. *Journal of European Public Policy*, 5. 98 – 130.
- Sabatier, P. y Jenkins-Smith, H.C. (1999). The advocacy coalition framework: an assessment. En: P. Sabatier (ed.) *Theories of Policy Process*. Boulder, CO, USA: Westview Press.
- Salazar, A. (1990). *No nacimos pa' Semilla*. Bogotá: CINEP.
- Sandoval, C. (1996). *Investigación Cualitativa*. Bogotá: ICFES.
- Silva, A. (1992). *Imaginario Urbano: Cultura y Comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Spink, M.J. (1993). Qualitative research on social representations: The Delightful world of paradoxes. *Papers on Social Representations*, 2. 1 – 74.
- Strauss, A. y Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Torres de Galvis, Y., Salas-Zapata, C., Sierra-Hincapié, G.M. y Agudelo-Martínez, A. (2012) Factores asociados a la violencia en Itagüí (Colombia). *Revista CES Medicina 2014*; 28 (1): 61-76
- Vergés, J. (2010). *Privatización de Empresas Públicas y Liberalización*. Documento de Trabajo Doctorado en Empresas Públicas, Privatizaciones y Regulación. Dept. Economía de la Empresa UAB.

- Zapata, K. y Pérez, M. (2010). *Las representaciones sociales del acoso escolar – Bullying – en el contexto educativo. Tesis de Pregrado*. Universidad de Antioquia.
- Vásquez, M. (2015a). *Relatoría Mesa de Discusión en Temas de Resiliencia y Juventud. Resiliencia: una apuesta de articulación y acción sin daño para Medellín*. Relatoría No. 06 Mesa de Resiliencia dirigida por Corporación Proyectarte. 15 de Julio de 2015.
- Vásquez, M. (2015b). *Relatoría Mesa de Discusión en Temas de Resiliencia y Juventud. Matriz de diagnóstico de intervención institucional en Medellín con apoyo Corporación Presencia Colombo Suiza*. Relatoría No. 07 Mesa de Resiliencia dirigida por Corporación Proyectarte. 4 de Agosto de 2015.
- Vásquez, M. (2015c). *Relatoría Mesa de Discusión en Temas de Resiliencia y Juventud. Planeación Prospectiva y Estratégica de ciudad resiliente en clave de sostenibilidad*. Relatoría No. 09 Mesa de Resiliencia dirigida convocada por Caminos para la Resiliencia del programa Previva y Proyecto Ícaro de la Secretaría de Juventud. 29 de Septiembre de 2015.

## Anexos

## Apéndice A. Tablas

Tabla 1.  
*Síntesis de antecedentes*

Según Línea Paradigmática		Según diseños metodológicos	
Enfoque procesual	4	Cualitativos (multimétodo, teoría fundamentada, otros)	14
Enfoque estructural	4	Cuantitativos (Análisis lexicográfico, técnicas asociativas, otros)	1
Enfoque sociocultural	0		
No definida	6		

Tabla 2.  
*Sistema categorial preliminar*

Objetivos específicos	Categorías de primer orden	Categorías de segundo orden
- Describir el contenido de las representaciones sociales en torno a la violencia juvenil.	<i>Contenido</i>	- Definiciones de violencia juvenil.
		- Atribuciones causales de violencia juvenil.
		- Prácticas en torno a la violencia juvenil.
- Analizar la organización y relaciones existentes entre los elementos que conforman la representación.	<i>Estructura</i>	- Núcleo central
		- Elementos periféricos

Tabla 3.  
*Contenido organizado en categorías de segundo orden, familias de códigos y principales códigos*

<b>Contenido de la representación social de la violencia juvenil</b>		
Categoría	Familias de códigos	Principales códigos
Descripción	Violencia definida	-Afectación al bienestar -Violencia juvenil
	Manifestaciones y Consecuencias	-Ruptura de tejido social -Daño – Golpe -Violencia familiar -Violencia escolar
Atribuciones causales	Repetición y reproducción de comportamientos y patrones	-Carga histórica -Cultura -Figura del narco -Dificultad para entenderse con el otro -Personas significativas
	Familia	-Identificación -Resolución de conflictos -Círculo de violencias
	Vulnerabilidad del joven – jóvenes	-Momento del desarrollo -Factores de riesgo -No acceso -Exclusión
	Inequidad y falta de oportunidades	-Inequidad en Medellín -Carga histórica
Prácticas	Familia	-Transformación creativa de conflictos
	Educación	-Mostrar “otra forma”
	Resiliencia	-Trabajo con las potencialidades -Comunidad
	Estrategias	-Mostrar “otra forma” y trabajo con las potencialidades -Trabajo en red
	Percepción de otros enfoques	-Políticas asistencialistas y cortoplacistas

Nota: La repetición de algunos códigos en más de una familia o categoría se debe a que algunos de ellos son en mayor o menor medida transversales. Es decir, son pertinentes en más de un tema. Esta transversalidad se puede entender mejor en la figura 3 del apéndice B.

Tabla 4.  
Resultados elecciones sucesivas por bloques.

	(+2)	(+1)	(-1)	(-2)	Centralidad jerárquica (C)
<i>Repetición o reproducción de comportamientos</i>	5				10
<i>Educación</i>	4	1	1		8
<i>Jóvenes</i>	3	1			7
<i>Familia</i>	1	5			7
<i>Falta de oportunidades</i>	3				6
<i>Maltrato</i>	1	2			4
<i>Asunto de elección - Posibilidad de elegir</i>	1	3		1	3
<i>Inequidad</i>	2	1	2		3
<i>Agresión</i>	1	2	2		2
<i>Daño – Daños</i>		3	2		1
<i>Dolor</i>	1		1		1
Rabia		2	2	1	-2
Muerte	1	1	1	2	-2
Golpes		2	1	2	-3
Venganza		1	3	1	-4
Ruptura temporal	1		1	3	-5
Posibilidad de mejora		1	1	3	-6
Pelea – Peleas		1	2	3	-7
Estancamiento			1	4	-9
Manifestación			3	3	-9

Participantes: 6

Apéndice B. Figuras

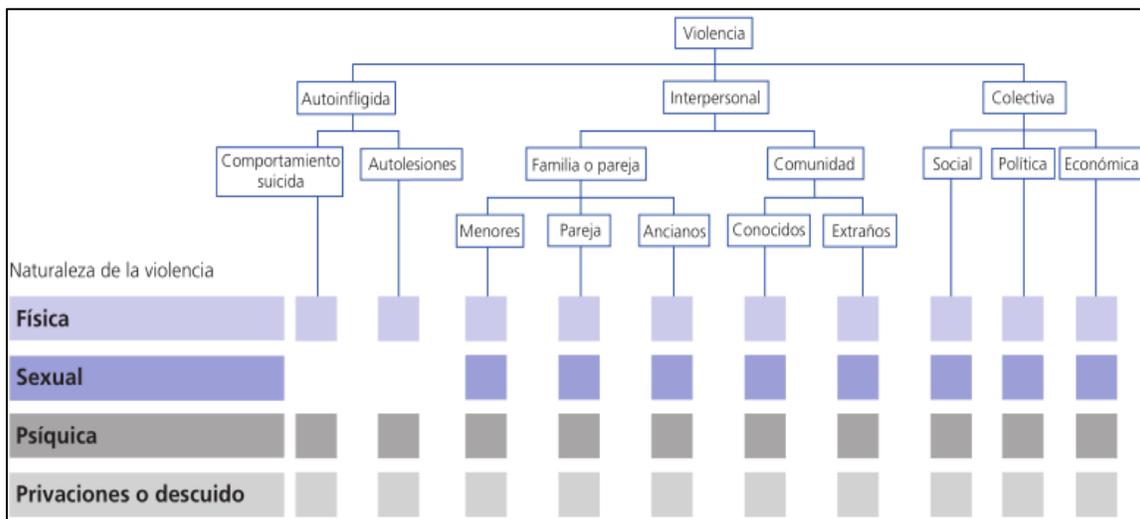


Figura 1. Clasificación de las violencias según la OMS.

Adaptado de Organización Mundial de la Salud (2003) *Informe sobre la violencia y la salud*.

Washington, DC: Organización Panamericana de la Salud.

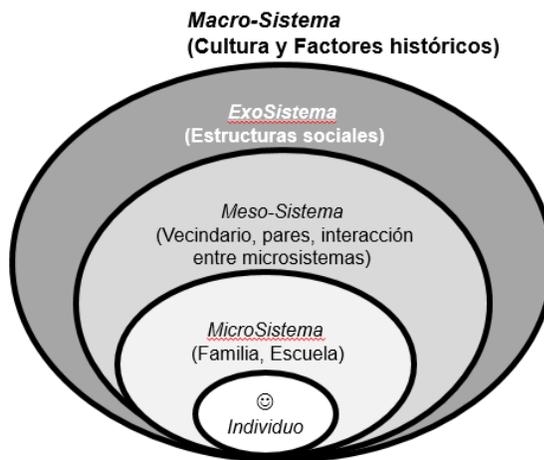


Figura 2. Modelo ecológico del desarrollo humano.

Adaptado de Bronfenbrenner, U. (1979) *The Ecology of human development*. Cambridge, MA:

Harvard University Press.

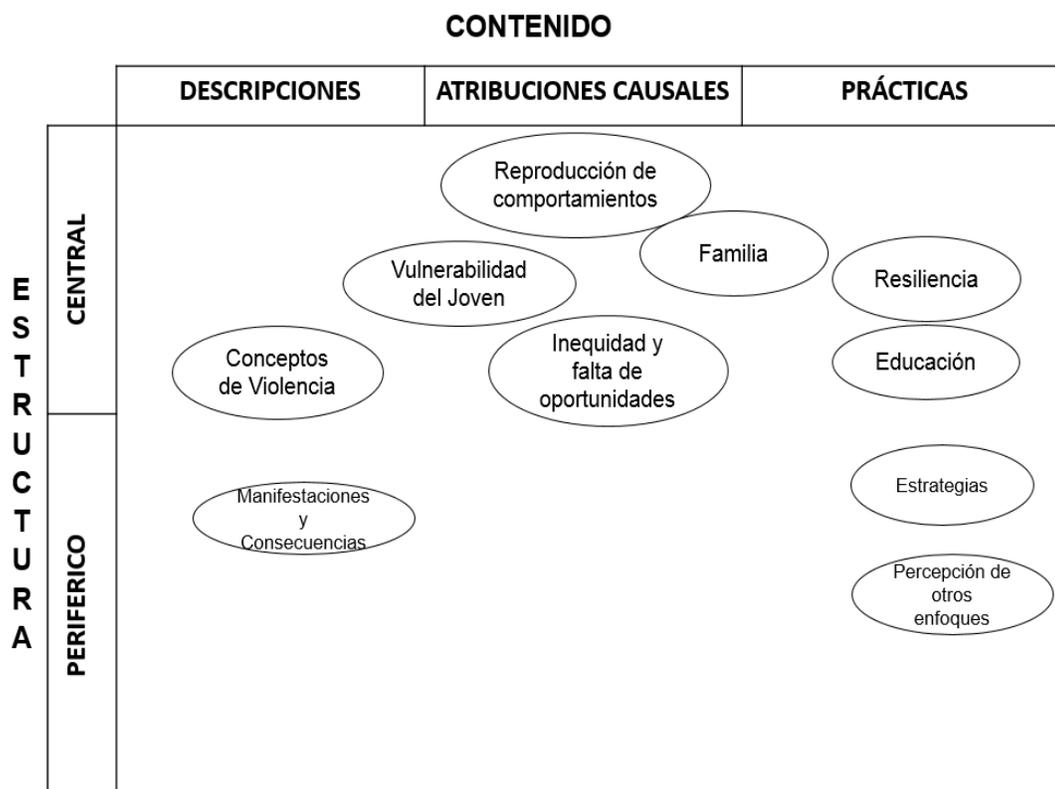


Figura 3. *Sistema categorial final: contenido, categorías y centralidad.*



Figura 4. *Hipótesis sobre la organización estructural de la representación social.*

## Apéndice C. Instrumentos

### Instrumento 1: Consentimiento Informado

#### CONSENTIMIENTO INFORMADO



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**  
1 8 0 3

*Documento de Consentimiento informado para participantes de investigación para trabajo de grado.*

Saludos,

Le invitamos a hacer parte del proyecto de investigación “*Representaciones sociales en torno a la violencia interpersonal juvenil en actores sociales que intervienen desde un enfoque de resiliencia*”, el cual es un ejercicio investigativo desarrollado para la Universidad de Antioquia como opción a trabajo de grado.

Este proyecto tiene como finalidad conocer algunas de las opiniones, conocimientos, experiencias que usted y su organización han adquirido a raíz del trabajo con jóvenes en contextos desfavorables desde un enfoque de resiliencia, y que deseen compartir con nosotros.

Su participación en esta investigación es completamente voluntaria, no supone riesgo de ningún tipo, y ningún dato personal, nombre propio o de la organización será compartido bajo ninguna circunstancia. La información adquirida a través de las diversas actividades tendrá un uso exclusivamente académico. Para algunas de las sesiones se contará con un dispositivo de grabación con el fin de analizar la información que nos comparta, para la cual se garantizarán las mismas condiciones de protección de la confidencialidad.

Nos interesa construir un modelo conceptual acerca de los sistemas de creencias acerca de cómo entender y actuar frente a la violencia juvenil que predominan en los actores sociales que intervienen con enfoque de resiliencia, y nos gustaría contar con su participación. Igualmente, este modelo será socializado en una de las sesiones de la Mesa de Resiliencia, por lo que se le garantiza tendrá acceso pleno a los resultados de esta investigación si lo desea.

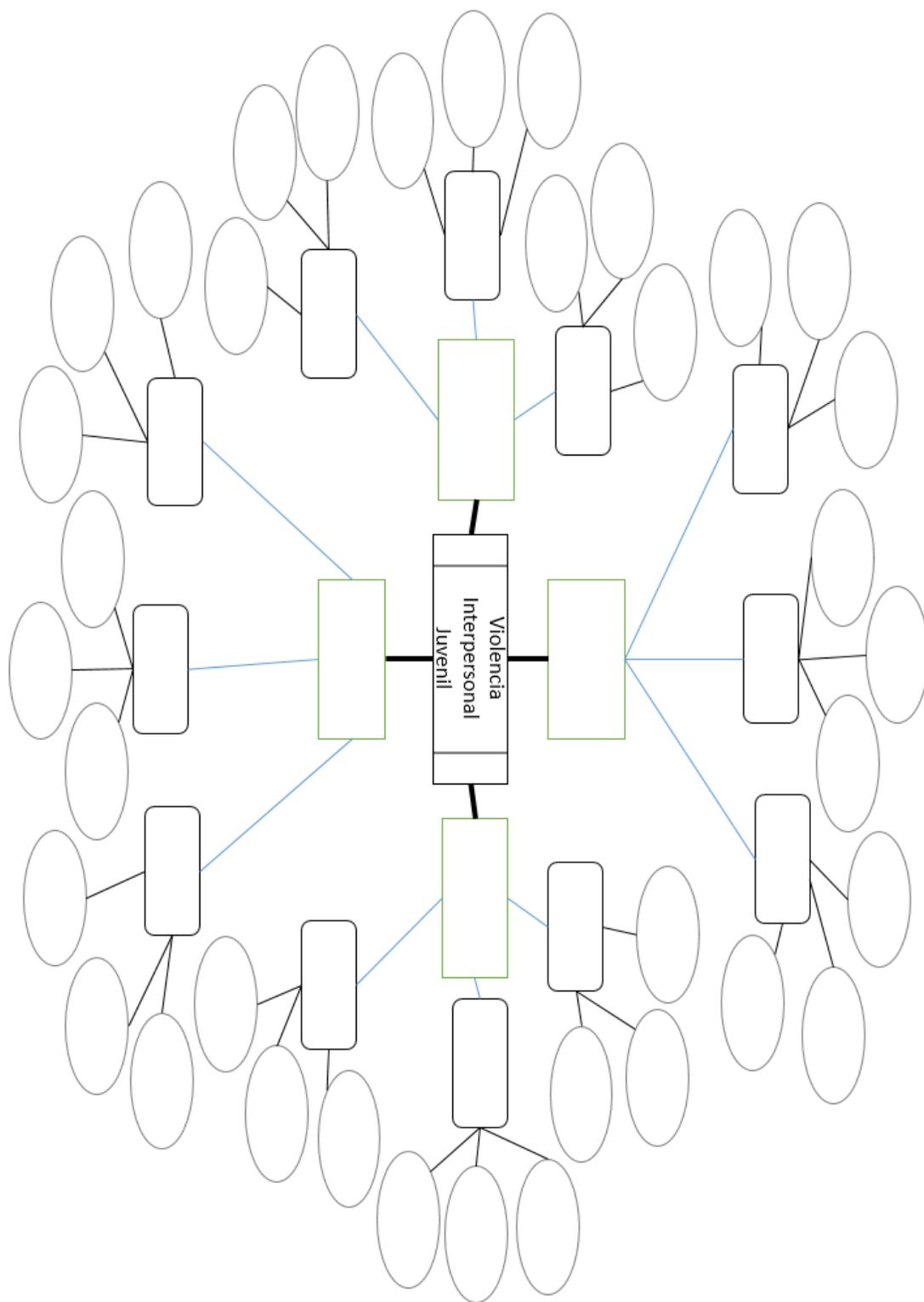
El presente documento no es más que una evidencia de la participación libre y voluntaria de su organización en el proyecto de investigación. Le agradecemos infinitamente su participación.

Nombre: \_\_\_\_\_

Organización: \_\_\_\_\_

Firma:

Instrumento 2: Carta Asociativa



### Instrumento 3: Guía de Entrevista

#### GUIA DE ENTREVISTA PARA SESIÓN #2.



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

Investigación: “REPRESENTACIONES SOCIALES EN TORNO A LA VIOLENCIA INTERPERSONAL JUVENIL EN ACTORES SOCIALES QUE INTERVIENEN DESDE UN ENFOQUE DE RESILIENCIA”

La siguiente es una guía de entrevista semi-estructurada con el fin de profundizar en el contenido de las representaciones sociales. Esta guía es provisional, y tiene como objetivo realizar un acercamiento a lo que los participantes construyen en torno a la violencia juvenil. Se sugiere analizar las cartas asociativas para generar nuevas preguntas orientadoras.

Guión: “A continuación se le realizará una serie de preguntas acerca de las temáticas de las cuales estuvimos conversando en la sesión anterior. Reiteramos que nos interesa conocer sus opiniones, percepciones y experiencias acerca del tema.

1. ¿Qué entiende por violencia juvenil?
2. ¿Cómo se comporta la violencia? / ¿Qué manifestaciones? / ¿Qué cosas observa que puede nombrar como violencia juvenil?
3. ¿Cuáles son las causas? (Ahondar en aquello que aparezca)
4. ¿Qué hace el joven / comunidad / instituciones / estado con eso? ¿Qué prácticas evidencian en el contexto?
5. ¿Qué acciones llevan a cabo y persiguiendo qué objetivos?

## Instrumento 4: Matriz de Elecciones Sucesivas por bloques

**ELECCION SUCESIVA POR BLOQUES**

A continuación encontrará una lista de términos relacionados con el tema, y debe escoger cuáles le parecen más importantes en el tema de la Violencia Juvenil.

Primero, escoja las 4 más importantes, marcando +2. Y las 4 menos relevantes en el tema marcando - 2.

Después, de las 8 restantes, marque las 4 más importantes con + 1 y las 4 menos relevantes con - 1.

<b>Término</b>	<b>Valor</b>			
Maltrato	+ 2	+ 1	- 1	-2
Educación	+ 2	+ 1	- 1	-2
Daño – Daños	+ 2	+ 1	- 1	-2
Estancamiento	+ 2	+ 1	- 1	-2
Jóvenes	+ 2	+ 1	- 1	-2
Agresión	+ 2	+ 1	- 1	-2
Ruptura Temporal	+ 2	+ 1	- 1	-2
Venganza	+ 2	+ 1	- 1	-2
Pelea – Peleas	+ 2	+ 1	- 1	-2
Falta de Oportunidades	+ 2	+ 1	- 1	-2
Rabia	+ 2	+ 1	- 1	-2
Repetición o Reproducción de Comportamientos	+ 2	+ 1	- 1	-2
Asunto de Elección – Posibilidad de Elegir	+ 2	+ 1	- 1	-2
Manifestación	+ 2	+ 1	- 1	-2
Posibilidad de Mejora	+ 2	+ 1	- 1	-2
Dolor	+ 2	+ 1	- 1	-2
Familia	+ 2	+ 1	- 1	-2
Inequidad	+ 2	+ 1	- 1	-2
Muerte	+ 2	+ 1	- 1	-2
Golpes	+ 2	+ 1	- 1	-2

## Instrumento 5: Matriz de Elecciones Sucesivas por bloques versión online

**ACTIVIDAD DE ELECCION SUCESIVA POR BLOQUES**

Agradecemos de nuevo su participación en el proyecto “REPRESENTACIONES SOCIALES EN TORNO A LA VIOLENCIA JUVENIL EN UN ACTORES SOCIALES QUE PARTICIPAN EN LA MESA DE RESILIENCIA”.

Nos gustaría contar con su colaboración para jerarquizar algunos de los elementos del estudio, a través de la siguiente actividad. Lea atentamente las instrucciones.

En la columna de términos de la derecha encontrará 20 elementos que se relacionan con la Violencia Juvenil.

*Primero.* Identifique los **4** que le parezcan más importantes para entender la Violencia Juvenil y escriba “+ 2” en la columna Valor.

*Segundo.* Identifique los **4** menos importantes, menos relevantes o menos pertinentes de toda la lista y escriba “- 2” en la columna Valor.

*Tercero.* Entre los 12 términos restantes que le quedaron sin marcar, escoja entre ellos los **4** que le parezcan más importantes y escriba “+ 1”.

*Cuarto.* Escoja de entre los 8 términos restantes, los **4** menos importantes y escriba “- 1”. Los últimos 4 restantes puede dejarlos sin marcar.

*Quinto:* Remita la encuesta respondida al siguiente correo electrónico: [ernestosolanoleon@outlook.com](mailto:ernestosolanoleon@outlook.com) No es necesario que provea datos personales o de la institución.

Muchas gracias por su participación en el proyecto.

<b>Término</b>	<b>Valor</b>
Maltrato	
Educación	
Daño – Daños	
Estancamiento	
Jóvenes	
Agresión	
Ruptura Temporal	
Venganza	
Pelea – Peleas	
Falta de Oportunidades	
Rabia	
Repetición o Reproducción de Comportamientos	
Asunto de Elección – Posibilidad de Elegir	
Manifestación	
Posibilidad de Mejora	
Dolor	
Familia	
Inequidad	
Muerte	
Golpes	